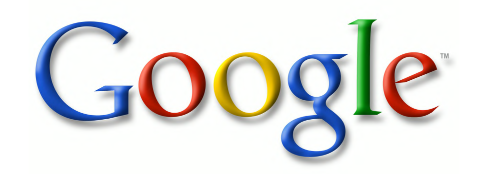
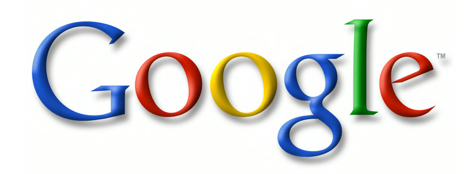
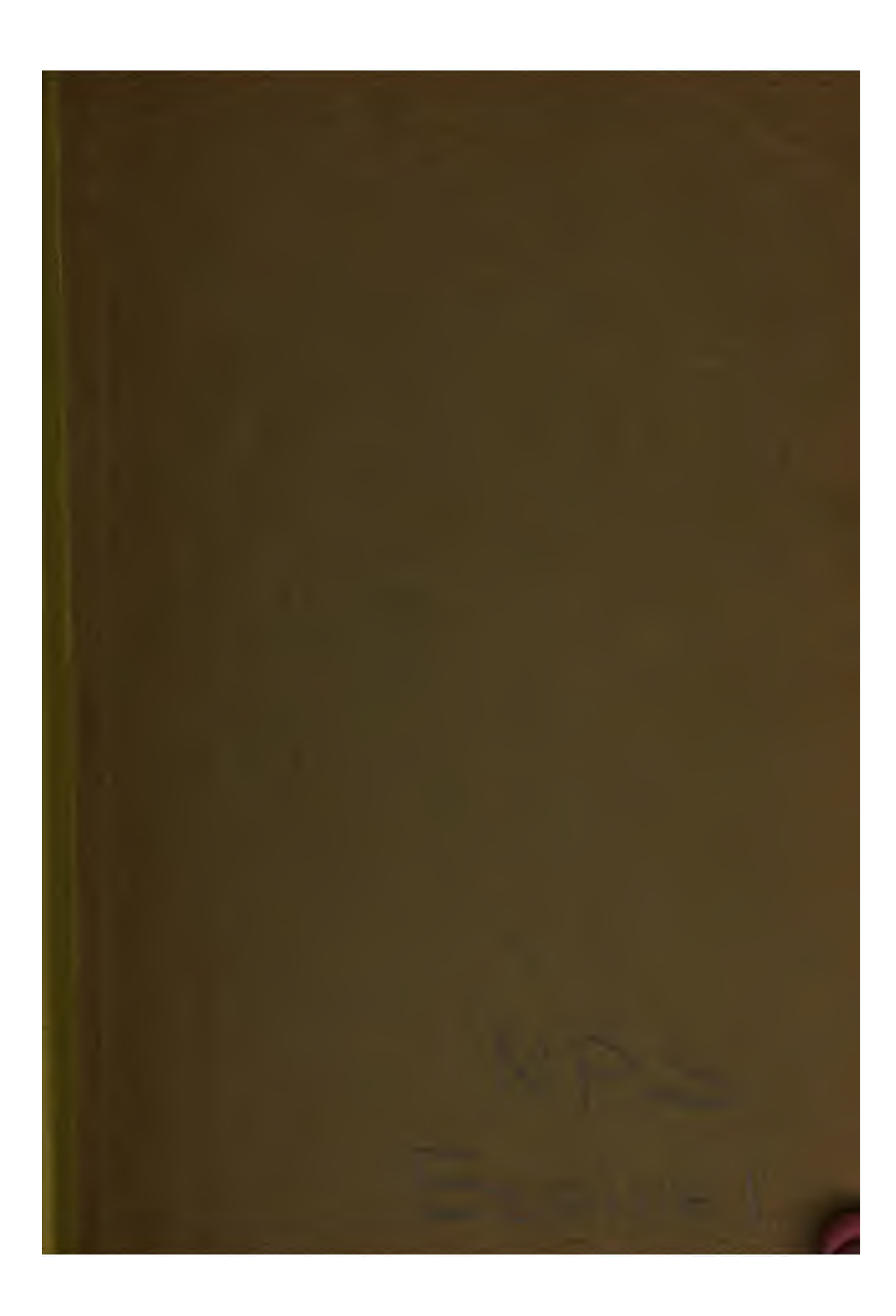
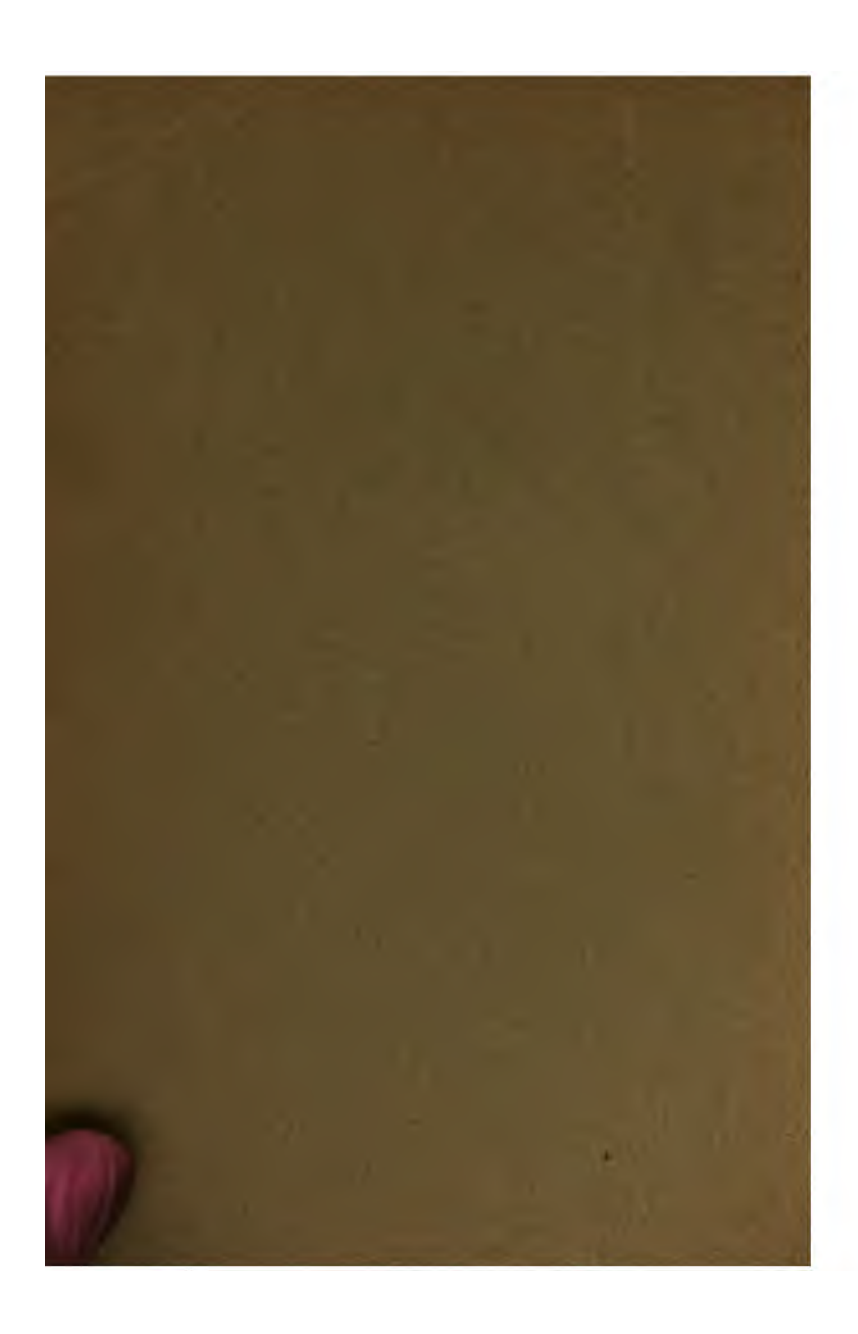












El Premio de la Constancia,

Y

Pastores de Sierra Bermeja

POR

Jacinto de Espinel Adorno

(2.ª EDICIÓN)

Publícala D. Manuel Perez de Guzman y Boza

Marqués de Xerez de los Caballeros.

SEVILLA

Tip. de EL UNIVERSAL, O'Donnell, 34.

1894

Tirada de 145 ejemplares no puestos á la venta.

Ejemplar N.º ______

Al Excmo. Sr. D. Manuel Perez de Guzmán
Y BOZA,
Marqués de Xerez de los Caballeros.

Señor Excelentísimo:

Dos sentimientos generosos han sido parte principal para que vuelva á ver la luz pública la novela de Espinel Adorno "El Premio de la Constancia y Pastores de Sierra Bermeja;" á saber, el amor patrio y la amistad; sin contar, y es omisión señalada, la afición de V.E. á todo linaje de libros, así los viejos como los nuevos (más particularmente los añejos si por acaso son raros y curiosos), y su propósito de salvar del olvido frutos del ingenio humano merecedores del trato y la estimación de los hombres.

Bien lo sabe V. E.: nuestro malogrado amigo D. José Vazquez y Ruiz, á quien Dios tenga en su santa Gloria, tomó á empeño la reproducción de esta novela, no tanto por ser contados los ejemplares de la misma que corren por esos mundos, cuanto porque el lugar en que el novelista puso los sucesos de su peregrina fábula es el mismo en que Vazquez vió la luz del dia; rinconcillo donde compiten delicias del cielo con primores de la tierra.

Quiso aquel nuestro llorado compañero rendir amoroso homenaje á su pueblo natal y avivar en la memoria de los amantes de las Letras el recuerdo de Espinel Adorno. De perlas pareció á V. E. éste intento, y dispuso la nueva edición de la novela. V. E. ha visto logrado su deseo: Vazquez bajó al sepulcro sin ver el término de su obra.

Tal vez al encomendar V. E. á mi torpe pluma la tarea de escribir éste prefacio, consideraba que, por triste

privilegio. de todos los buenos amigos de Vazquez fuí yo el que recogió su último suspiro, el que cerró sus ojos y elevó á Dios la primera oración por el eterno descanso de su alma.

¿Recuerda V. E. la noche tristísima en que, desolado, acudió al lugar donde yacía el cadáver de aquel hombre, cuanto honrado y laborioso, desdeñado de la fortuna? Allí, sobre humilde lecho deparado por la beneficencia pública, rodeado de curiosos, á quienes había atraido la noticia de una muerte repentina, veíase á nuestro infeliz amigo dormido al parecer, muerto en realidad. La desgracia, que meció su cuna, no se separó de él ni en sus postreros instantes. Faltáronle en el trance supremo los brazos de su amante esposa, las tiernas caricias de sus hijos, los consuelos de la amistad y los auxilios de la religión.

La muerte le asaltó cuando estaba más seguro de la vida. ¡Quién nos hubiera dicho, en aquella tarde en que él

y yo, paseando por lugares apartados del bullicio de las gentes, departíamos de nuestras aficiones, trazando planes para lo porvenir y doliéndonos de las angustias de la vida; quién nos hubiera dicho que para él, á los pocos momentos, todo habría de acabar en la tierra! Hablábame de su propósito de visitar, como en todos los años lo hacía, el santuario de *Consolación de Utrera*, cuando se sintió acometido de terribles angustias y congojas. Luego, la ciencia fué impotente para salvar aquella vida, y Vazquez murió sin exhalar una queja, puesto acaso su pensamiento en la Santísima Vírgen venerada con la advocación de Nuestra Señora del Consuelo.

V. E. fué testigo del doloroso espectáculo de una esposa que vuela á recibir el último aliento del compañero de su vida y sólo encuentra restos inanimados, despojos de la muerte; el dolor en toda su crudeza.

¡Infortunado amigo del alma! Ni su

honradez ni su laboriosidad fueron parte á ahuyentar de su hogar el infortunio. Huésped molesto, la pobreza se sentó á su mesa para amargar las horas de los afectos íntimos. Huérfano desde muy niño, vió ancho campo para sus aspiraciones en el ejercicio de las armas, é ingresó voluntariamente en las filas de aquel ejército que en Africa reverdeció laureles de Otumba y de Pavía. Cuando terminó la gloriosa campaña que tan alto puso el nombre español, dando paz á las armas se aplicó á los libros. Poco despues llegó á Sevilla y en esta ciudad libró batallas harto más trabajosas que lo fueron para él las africanas. Abandonado á su propio esfuerzo, sin deudos ni amigos que lo amparasen, logró, punto ménos que por milagro, un título académico, y de lleno entró en la enseñanza del latin y las humanidades, en la que fué perito como pocos.

De su afición á los libros ¿he de ha-

blar yo á V. E., qué vió dia por dia cómo aquel nuestro amigo hurtaba horas al sueño y al esparcimiento, con menoscabo de su salud, para dedicarse al estudio; y, lo que es más, cómo se privaba de lo necesario para la vida por adquirir un manuscrito ó un papel impreso que pasase por curiosidad bibliográfica? V. E. pudo apreciar mejor que yo cuántos desvelos y cuántos sacrificios costó á Vazquez reunir en su humilde morada peregrinas ediciones de libros raros y curiosos. V. E. tambien, juntamente con su hermano el señor Duque de T'Serclaer, le auxilió en aquellas lides bibliográficas en las que esgrimió las armas de su inteligencia, de su perspicacia y de su laboriosidad nunca fatigada.

Empero ¡qué valieron su inteligencia y su labor de bibliófilo comparadas con la bondad de su corazón! Sólo en las almas buenas, en los pechos nobles, nace y crece la amistad, flor que

encuentra muy pocos terrenos abonados. Vazquez fué amigo verdadero; como fué buen esposo, como fué buen padre, como fué buen ciudadano. Hombre de otros tiempos, chapado á la antigua, sabía que los generosos sentimientos del alma son como el oro viejo, que se guarda en el fondo del cofre y sólo se saca en los días de las grandes solemnidades; no como el cobre nuevo, que sirve para facilitar el comercio diario entre los hombres.

¿Qué he de decir yo, mi ilustre amigo, de la novela "El Premio de la Constancia y Pastores de Sierra Bermeja?" Digan otros de la peregrina invención de la fábula y de la viveza de las descripciones; ponderen el estro poético de Espinel Adorno, de quien no conocemos otra obra, á pesar de haber tomado parte su autor en algunos certámenes; investiguen si los hechos que refiere so capa de novela fueron los de su propia vida, y den, por último, á este

libro el puesto que de justicia le corresponde entre las novelas pastoriles.

Propicia ocasión se me ha presentado para evocar la dulce memoria de un amigo del corazón, y no he querido desaprovecharla.

De V. E. servidor humildísimo

Luis Montoto y Rautenstrauch.

EL PREMIO
DE LA CONSTANCIA,
Y PASTORES DE
SIERRA BERMEIA.

A D. DIEGO DE AÑAYA Y MENDOZA,
hijo del Señor Bartolome de Añaya Villanueua, del Consejo de su Magestad, y su Secretario en el Real de Guerra.

POR IACINTO DE
Espinel Adorno.

Año  **1620**

CON PRIVILEGIO

EN MADRID, **Por la viuda de Alonso Martin.**
A costa de Domingo Gonçalez mercader de libros.

Suma del Priuilegio.

Tiene priuilegio por diez años Iacinto de Espinel Adorno, para imprimir este libro, del *Premio de la Constancia, y Pastores de Sierra Bermeja*, como consta de su original: la data en san Lorẽço el Real, en diez y nueue dias del mes de Setiembre de 1620. firmado de Pedro Contreras.

Suma de la Tassa.

Los señores del Consejo tassaron este libro del *Premio de la Constancia, y Pastores de Sierra Bermeja*, a quatro marauedis cada pliego, de que dio fé Diego Gonçalez de Villaroel, escriuano de Camara de su Magestad, a 27. de Otubre 1620., tiene veynte pliegos.

Erratas.

Fol. 1. pag. 2. tal mano, lee, no al alma, no, en la misma pag. soñauan, dirá sonauan, fol. 8. pag. 2. Elicie, ha de dezir Clicie, fol. 9. pag. 2. priessa, dirá prissa, fol. 10. pag. 2. so, dirá sobre, fol. 16. pag. 1. dando, dirá dado, fol. 18. pag. 21. Taura, dirá Aura, fol.

23. pag. 1. congelen, dirá angelen, fol. 70. pag. 1. ingrata, dirá grata.

Con estas erratas concuerda con su original. En Madrid a 26. de Otubre de 1620.

El Licenciado Murcia de la Llana.

Aprovacion.

Por comission de los señores del Consejo vi este libro, intitulado, *Premio de la Cõstancia*, y no hallé en el cosa contra nuestra Fé, y buenas costumbres, puedesele dar la licencia que pide su autor. En Madrid á 24. de Agosto 1620.

El Doctor Mira de Amescua.

Aprovacion por comission del Ordinario.

No hallo en este libro cosa contra nuestra santa Fé, es entendido y curioso para descanso de ocupaciones mas graues. De su argumento se han valido siempre los que tratan buenas letras, para este linage de diuertimiento.

Fr. Hortensio Felix Parauesino.

A Don Diego de Añaya

y Mendoça, hijo del señor Bartolome de Añaya Villanueua, del Consejo de su Magestad, y su Secretario en el Real de Guerra.

AVNQUE la desconfiança deste pequeño trabajo, me apartaua el animo, y reprimia el atreuimiento de sacarle en publico: comunicando en mi pecho vna intrinsea guerra, instandome, y aquexandome, con diuersos pensamientos de pareceres, que sobre el imaginaua: con todo aquesso la gloria que de ofrecerle ante essos pies se me recrecia, me daua prissa, dando manifiesto indicio del valor de tan ilustre persona, bien digna de mayores estudios, y de ofrecerle mas sutiles obras para amparo suyo, y que con su fama queden illustradas, a pesar de la variedad de los tiempos. Por lo menos quando esta no lo sea (que no lo

dudo) vuessa merced como tan gran cauallero, recebirá mas la voluntad de su dueño, que el artificio della: autorizando con esta generosidad la de aquel famoso pintor antiguo Apeles: que presentandole otro vn quadro, si bueno absolutamente, de mucho menos primor que el que pedia ser presentado a tan perfeto maestro; pero bien claramente colmado de desseos de seruirle: el qual si bien le recibio con grandissimo gusto, no con menos benignidad, mas mirando la voluntad con que se daua, que no a la sutileza de los pinzeles. Pero mirando la nobleza de vuessa merced, heredada de sus insignes mayores, y padre, que tan ilustremente procede en el seruicio de su Magestad, con general aplauso de todos, bien confiado me allego, considerando que de tan heroycos troncos, es fuerça que salga vn pimpollo tan esclarecido, que honrando con su sombra, verifique las virtudes, y grandezas de su honrosa estirpe, cubriendo con ella este humilde retrato, que a

vozes esta manifestando mi desseo. Vuessa merced le reciba y honre como suele a todos los que se allegan a fauorecerse de su persona, que siendo este primero trabajo mio, es ensaye de lo que adelante con cosas de mas consideracion pienso seruirle. Dios guarde á vuessa merced, y acreciente en los estados y honras que merece.

Seruidor de Vm.

Iacinto de Espinel
Adorno

De Diego Velez de

Gueuara, al libro, y autor.

Qvando del arte el natural presuma
El oro christalino articulado,
Diafana omission, fatal cuydado,
Trono de plomo, tribunal de pluma.
Quando enfrenando desbocada espuma
Desconfie raudal desesperado,
Por algunos delitos despeñado,
O por alguna fiebre de la bruma.
Arte, ni fiebre credito permita
Iluminando espiritu brillante,
Que soberanidades acredita.
Dulce si voz de anhelito sonante,
No solo a suspension Sirena escripta
mas a creer sin fé, deidad bastante.

De Don Diego Varaona

ARANDA, REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE RONDA, AL LIBRO, Y AL AUTOR.

BREVES de amor, cantando dulcemente
Con plectro heroyco, con sonoro acento,
No en la tierra la fama, si en el viento,
Suspendes tanto, quanto amor lo siente:
Ligera gira por estraña gente
Canora eleua, quando el instrumento
La tuya dize, que admirando siento
Etereas salas, y a Timbreo ardiente.
Flora apercibe para Arsindo flores,
Guinarda Daphne, para quien le escriue,
Pues le eternizas tanto en la memoria,
Las musas para entrambos mil olores,
Que pues ya Arsindo por Iacinto viue,
Goze por el Iacinto tanta gloria.

Del Licenciado Don

IUAN SERRANO BROCHERO, ADMINISTRADOR DE LA ARMADA REAL POR SU MAGESTAD, AL AUTOR.

Si en vuestro verso pintays,
como en prosa descriuis,
lo que passays, y sentís,
parece que os retratays:
no pienso que en esto errays,
ni en deziros creo yo,
que mi pluma agora erro,
pues es la vuestra pinzel
con que pintays el laurel
que la Constancia premio.
Si el otro Espinel fue digno
de ser diuino en el mundo,
vos soys Espinel segundo
por ser dos vezes diuino:
no os transformays peregrino
mas de en el nueuo dezir,

pues sabeys tambien fingir,
que deue naturaleza
el arte a vuestra destreza,
la vida a vuestro escriuir.
Destas letras flores bellas
formays un culto vergel,
mas si vos soys Espinel,
seran Espinelas ellas:
si alguno quisiere olellas
hallará tantos olores,
quantos entre los pastores
varios los conceptos son,
que dirá con gran razon
que vuestro libro es de flores.
Si alguno no os conociere
(que lo dudo) la verdad,
le dirá con claridad
el libro si lo leyere,
enseñarle ha si quiere
vuestro ingenio mas que humano
con estilo soberano:
a lo escrito me remito
pues nos lo days por escrito,
firmado de vuestra mano.

Del Licenciado Pedro

DIAZ DE HURTADO, AL AUTOR.

CIRCULOS de cristal en nuue densa,
La fama altiua de tu nombre eterno,
Liquida voz desata, joven tierno,
Al ayre vago, que el favor dispensa:
Canora en Monarquia le condensa
Del dulce coro que emulando auerno,
Primauera promete sin inuierno,
Timbre de Apolo, quanto ciencia extensa.
Lustros promete, eternidades miro,
Templos insignes, si diademas bellas,
De quantas Daphne ramas, ya tremola,
Con purpureo explendor, si bien de Tiro,
De brilladoras candidas estrellas,
Aquessa pluma, que en primores sola.

Al lector.

Aqui te presento (si asaso el leer desdichas gustas) vnas, que si bien las consideras, podrá ser te obligen á leerlas mas vezes: solo por tomar escarmiento en suerte de hombre tan infelize. Si acaso la inuencion, y lenguage no te contentare: aduierte que un corto ingenio como el mio no puede dar mas: si voluntad se puede admitir, y gustas dello, recibela, que te prometo es muy grande de acertarte á seruir: y si acaso los pastores te parecieren rusticos, y el mio que no te deleyta, no te espantes, pues solo llora desgracias, y siente desuenturas, que incendios de amor llegan tales fines. Vna cosa te quiero pedir, y es, que leas todo el libro, y vayas con cuydado en algunas partes, que van palabras trocadas, y no por mi culpa, prin-

cipalmente en la primera foja á la buelta, dize tal mano, (disparate bien claro con lo que se sigue) ha de dezir, no al alma, no; como se verá por las erratas, y en otra foja, que es la octaua, tambien á la buelta dize, Elicie, ha de dezir Clicie. Hete aduertido, porque si hallares mas alguno notable, infieras por estotros, que no lo dixe assi: recibelo con piedad, como a nueuo, y como a quien se humilla a otra censura, que, yo quisiera tener el feliz ingenio del Fenix de España, Lope de Vega (honra de nuestra nacion, y oraculo de las estrangeras) para alegrarte con sus sublimes conceptos. Dios te guarde (. ? .)



EL PREMIO DE LA CONSTANCIA
Y PASTORES
DE SIERRA BERMEJA

LIBRO PRIMERO

¿A dónde con tan presuroso paso encaminas el curso violento de mi desdicha, término fatal del rigor? ¡Oh suerte contraria! Con qué apriesa me amenazas, tormento aparente con que aguijoneas, pecho que si no desea vivir, es por estar á pique de tantos incendios que muestran el trance duro en que estoy puesto: ¡infelice daño, terrible pena, fragoso tormento, temeraria fatiga! todos juntos contrarios, no temidos de este desdichado, venid, venid, y dad fin al cuerpo que entre aquestos riscos, solitarias grutas, y cavernosas

peñas, aguarda el triste golpe de la parca rigurosa, para conmigo ingrata, no á tal alma, que esa si bien es inmortal queda ausente con el dueño querido suyo. ¡Oh cielo! y qué poco que te costara apresurar la carrera de tus movibles ejes, para que el tiempo diese fin á días y horas que no pasan, sino entre cuidados y desventuras. ¡Oh planetas que á trechos, argentando, y tachonando vais esos prados azules que pisa el ignifero timbreo; ¿cómo es posible que podais influir vida larga, donde la alegría dura tan poco? Los campos adulados de naturaleza, ¿quién creerá que donde tanto gusto se encierra, podais sustentar tantos infortunios como sobre este miserable cargan? Mas, ¡ay de mí! que el cielo, tiempo, planetas, campos, todos juntos, y cada uno de por sí á porfía, pretenden para más sentimiento mío alargarme la vida, si bien con la pena, con los tormentos que sobre mí vienen cada hora. De

esta manera, el triste cuanto mal afortunado Arsindo se quejaba al pié de unos altos peñascos, adonde parece que con violencia los vientos (súbditos á Eolo) si no hacían espantoso estruendo, á lo menos sonaban con mediano ruido, entre las peñas y concavidades de aquel agradable sitio, no avaro de los bienes de naturaleza, bañado y refrescado con algunos cristales corrientes, que á pedazos deslizados de entre sus resquicios, hacían un murmurio tan agradable cuanto de bellos pasamanos agironaban las verdes alfombras que Amaltea había prestado, y Flora adornaba de odoríferos hilos de densas flores, interpoladas con algunas yerbas, que á la vista formaban un espacioso y ameno jardín.

Aquí, pues, se quejaba entre lamentos descubridores de sus interiores pensamientos, cuando cansado de batallar con ellos, estaba el pecho ronco de las voces y querellas referidas, se dejó caer

entre los verdes ramos de un mirto, que extendidos por el principio, casi le formaban á propósito lecho regalado, descanso amable, si acaso lo podía haber donde tantos males se encerraban. Dejóse caer en ellos, poniendo un zurrón por cabecera, y á penas se recostó cuando el blando sueño discurrió por sus sentidos, y el dios Morfeo le ligó los ojos con la venda de su libre sosiego. Quedóse finalmente dormido, y esto en tiempo que iba en su medio curso la noche, y la blanca Diana, remontada en la celeste esfera á dar vista á los antípodas, pasó la cuarta y quinta parte de la noche en este reposo. Y cuando la roja aurora, multiplicando la blanca luz, y apartando los crepúsculos por las puertas del Oriente, ahuyentando las cortinas de la lóbrega y obscura noche, vino asomando con celajes purpúreos, como nuncio alegre del hermoso resplandor del hijo de Latoüa: recordó con un furioso so-

bresalto, como aquel que, si dormia, era ofuscado entre tantos y diversos pensamientos, cubierto el rostro de un sudor frío, anhelando suspiros, si inflamados hijos de propios temores, y levantándose en pié, comenzó á hacer locuras ó á decirlas, representando con las palabras el dolor intenso; estando en el cual tránsito, llegaron dos pastores al sitio donde él estaba, saludándole con amorosas razones y corteses pa'abras obligatorias, si no á amansar su fatiga, por lo menos á sosegarle, de modo que le hicieron sentar, y ellos tambien, comenzando el uno á hablar de esta manera:

Si el abrigo humilde, hijo de una voluntad sincera, y deseos más verdaderos que finjidos ¡oh garzón hermoso! que te ofrecemos, obligan que el dolor exterior que muestras, reciba algún género de alivio, procurando entretener tu pena con la relación de tus trabajos, te rogamos, ya que no por las

obligaciones debidas por los futuros servicios que prometemos, tomes algún consuelo bastante á entretener algún tanto tu fatiga, ya que no del todo á desarraigarla de tu corazón, y repasándola en la memoria, divirtiéndola algún tanto, á nosotros nos des gusto y á tí parte de entretenimiento, que te afirmo por mí, y por este bello serrano que conmigo ha venido, de ayudarte y servirte en todo lo qne posible fuere, pues tu talle, tu rostro y persona, no dignos de semejantes penas, obligan á quererte y á procurar el fin de desasosiego tan injusto.

A estas razones del pastor Felino que así se llamaba, había estado atento el desgraciado Arsindo, cuando acabando el último acento, le respondió con un profundo suspiro, salido de lo intrínseco de las entrañas, testigo bien claro de su fatigoso tormento, diciendo:

Si el agradecimiento nace de los

pechos nobles, no aun de los bienes recibidos, mas tan solamente de los manifestados, creedme podreis, amigos, que sin duda lo tengo, pues quisiera en este momento que fuese mi caudal muy en abundancia para poderos gratificar la merced que me haceis conocida, bíen por las palabras como por las obras, y que mí terrible dolor no fuese tan espantoso, para que diese lugar á condescender con vuestro gusto, que os prometo, que si bien es grande, no pequeñas las causas que le aguijonean, y además de las que ordinariamente me ofenden, el furor con que me vistes quejar cuando aqui llegastes, fué de pasión eslabonada nuevamente con las viejas, imaginada y criada en un leve sueño que aquí cerca tuve, aunque pesado y triste con las imaginaciones que me ofrecían.

Dijo Arselio, que así se llamaba el otro pastor, por tu vida, joven discreto, que ahuyentes la pasión que te

aflige, zozobra que te ofusca y memoria que te cansa, que de ellas no podrás sacar sino una breve vida, y una desesperación temeraria, la cual es una cruel homicida del alma y un atrevido verdugo del cuerpo, y procura engañarte y reprimirte de esa pena en este monte y hermosa sierra, abundantes de flores, y colmados de soledad sin otro ruido que el de este manso arroyuelo que entre guijuelas de nàcar su agradable murmúreo lleva el contrapunto á las parleras aves que entre las frondosas ramas cantan dulces motetes, y el regalado Favonio, entretejido entre sus hojas, llena los agradables acentos de sus últimos ecos, lugar bien propio de quejas.

Por cierto (respondió Arsindo) que no se pudo hallar otro lugar más acomodado á mi pensamiento, por ser amigo de la soledad, cosa tan querida y deseada de todos los hombres discretos y filósofos antiguos y modernos

que ha habido en el mundo; y á mi parecer, la más querida vivienda así para el alma como para el cuerpo; dichoso aquel que goza en paz y quietud de ella, apartado de las pompas y vanaglorias del mundo, y pluguiera al cielo desde que nací hubiera pasado en ella los años tristes de mi amarga vida, pues sé que no hubiera gustado de tantas penalidades como me han sobrevenído.

Aquí (dijo Felino) engañamos la vida lo mejor que podemos, nunca faltamos de gusto, ni agenos del regalo, por ser esta vida la más amada y más quieta que todas. Aquí estamos alejados y remontados de los negocios y pretensiones de los que andan hechos camaleones de los poderosos príncipes. Aquí estamos, ya guardando nuestros ganados, ya arando y cultivando los campos y heredades que fueron de nuestros mayores, cogiendo y abarcando cada uno menos aún de lo que puede, estando

alegres y contentos con solos los bueyes, más que con grandes tesoros los ricos Monarcas. Aquí no tenemos los sobresaltos que en los recios combates los discipulos de Marte tienen con el zumbido de las lluvias espesas de balas, reliquias de bombardas y culebrinas, parte donde cada cual encoge sus miembros, aunque más el ánimo se dilate, no dejando de tener algún genero de temor cada uno con su incierta suerte. Aquí no formamos las querellas que el marinero, cuando entregado el navío á la inclemencia de los vientos, aguarda que se sumerja aquel edificio naval en el centro de Neptuno. Ya refrescado de aquellas azotadas olas del inclemente Boreas, levantada la proa en montes de agua á la región del aire, y ya bajándole (casi mostrando la quilla) á su profundo seno. Solo entretenemos la vida en horas deleitosas: ya desposando los álamos y las vides, con junta halagüeña y enredando sus cre-

cidos sarmientos pampanosos, con sus ramas levantadas para que se sustenten y juntamente se adornen los matices y colores del fruto ópimo de sus uvas, ya unas veces blancas, ya otras negras, ya otras rubias, ya otras jaspeadas y bermejas. Ya miramos los ganados y rebaños de toros y vacas que andan dando bramidos, vagando por los campos espaciosos y valles amenos y abundantes, sí de pastos, no avaros de aguas. Ya cortando con una hoz los inútiles ramos de los fructíferos árboles para que nazcan otros más acopados y de frutos más sabrosos é ingiriéndoles en ellos. Ya recogiendo las mieles en orzas y vasijas exprimidas de los fertiles panales, dividiendo á una parte la miel y á otra la cera. Ya esquilando las ovejas mansas y domésticas, ocupaciones todas del hermoso verano y caluroso Estío. Ya cnando llega el Otoño, levantando y descubriendo su cabeza fresca y abundante de frutos

sabrosos y suaves, cogiendo la pera gualdada que casi da envidia al mismo Otoño que la injirió y fructíficó. Ya la uva, que á porfía compite con la pùrpura en color, premios bien dignos para gratificar y ofrecer al dios Priapo, y al padre Siluano, tutor y amparo de los extremos de estos jardines. Ya otras veces se nos antoja el recostarnos debajo de la sombra de una antigua y acopada encína, cuyo suelo vestido de grana nos sirve de entretenernos con blando sustento, convidando á dulce sueño el deslizamiento de las aguas que de las altas rocas bajan con leda y sosegada corriente. Ya oimos quejarse las aves con sus cantos, emboscadas entre las espesas ramas de estas selvas, respondiéndose unas á otras con particular y acordada armonía. Ya al bajar las aguas, hacer estanques de cristalinas linfas con deleitoso y apacible ruido.

En el tiempo del Invierno, cuando

más el cielo truena y relampaguea, y cuando los vapores gruesos de la tierra congelados antes de convertirse en agua, mediante el frio que los condensa en la región del aire, se derraman á copos, á manera de espuma, y sus níferos pedazos hechos hielos, parece que á porfía quieren consumir la tierra, entonces encerramos fuertes jabalíes en lazos y redes, sin que puedan hacer repugnancia con su veloz huida, ó ya cuando ponemos diferentes mallas y lazos engañosos para los tordos glotones, donde acontece de ordinario hallar en vez de tordo la cobarde y temerosa liebre; y además de esto, cuando cansados nos vamos á nuestras pobres chozas, donde hallamos los fuegos abundantes de leña, donde tendidos mitigamos el cansancio de la caza, estos y otros muchos regalos, que por no cansarte no digo, se gozan en la amada soledad y en esta dulce vida; bien digo dulce, pues lo es la en que se goza

de una quietud tan grande de cuerpo y alma, porque eso es lo amable, lo que no daña al alma ni al sosiego, y este mundo es todo engaño, todo vanidad, todo envidia, todo murmuraciones, y aquí aunque es mundo, no se ven sus efectos, porque la soledad trae consigo el acomodarse un hombre con lo que tiene y el vivir cómodamente cada uno con lo que la naturaleza le hizo merced; ¿qué pensais que es el mundo? A los hombres iguorantes é insanos, dulce, y á los prudentes y discretos, amargo, porque los unos no le conocen, y los otros saben quién es, y aquellos que huyen de él hacen muy bien, aunque más les ame, porque tanto es peligroso, cuanto más familiar se muestra, y los aborrecidos de él le pueden tener por felicidad, porque les aparta de que no gusten sus acíbares y ponzoñas; acuérdome que he leido, que tiene el mundo tanto tino en sus desatinos, que nos trae á todos desatinados, y la más ver-

dadera victoria que hay contra él es el vencerlo sin huirle.

A todas estas razones estuvo atento Arsindo, echando de ver con cuanta verdad alababa los dulces ratos de la soledad, centro mismo de descanso, aunque otros digan que es principio de la imaginacion que concedo, pero tambien suele ser de ordinario alivio de cuidados, y donde más se divierten con las ocupaciones de la vista florida de los amenos lugares; despues de las cuales cosas, respondió, que le habian aficionado tanto las excelencias de la soledad, que casi determinaba quedarse en su compañía si le quisiesen hospedar por algunos días, porque en ellos imaginaba impedir algunas memorias que le daban notable fatiga, á lo cual respondió Felino, que lo que tendrían á feliz suerte, quisiese honrarles sus personas y aquellas heredades suyas, si bien suyas no avaras, para ofrecerlas en su servicio, que aunque estaban en

aquella aspereza de tierra, eran fértiles de todo regalo.

Agradecido Arsindo, pasando algunos cumplimientos, al fin de los cuales dijo Arselio: que si bien se acordaba, le habia oido decir al principio, que un sueño le habia alborotado de aquella manera, que le habian hallado, que le rogaba en nombre de Felino y suyo lo dijese, pues cosa que le habia causado tanto dolor no podía dejar de ser algún prodigio, á lo cual respondió Arsindo: Por vuestra vida que no me mandeis ahora me acuerde de cosas que siento me han de dar grandísimo disgusto, que aunque es breve, es fuerza que renovándolo, haya de darme algún cuidado. Dijo Felino: yo os prometo de si os entristeciéreis, alegrarcs con los placeres que vereis, demás de que nos entretendreis un rato; callaron ambos, obedeció Arsindo, y acomodándose de nuevo, comenzó de esta manera:

Cansado de la riguridad del camino, y fuerza de mi hado, llegué bien tarde anoche á aquesta sierra y lugar donde me hallastes, aborreciendo más la vida que apeteciendo algun alivio; sentéme sobre una peña, no por mitigar el cansancio, no por poderme tener en pié, donde como obligacion (por el sosiego del cuerpo) comenzaron de nuevo mis ansias á fatigarme, formé algunas querellas, que por ser tantas me rindieron de nuevo y me hicieron sujetar al blando sueño: recostéme sobre las ramas de un verde arrayan, que conmovido me ofreció sus hojas para que la muerte hurtase al todo lo que pudiese; finalmente, quedéme dormido, y donde pensé hallar reposo, me sobrevino más daño y fué, que á los ojos interiores del alma se me representó una fantasía bien estraña, que me pareció veia subir del suelo á la region del aire un vapor grueso, y que arriba formaba una nube, ni muy pequeña ni muy grande,



parando junto otra nube que en la misma región, á la parte superior de arriba, estaba blanca, y á trechos roja, y que á la parte diestra tenía otra nube mucho más hermosa que no ella; llegó la nube parda (que este color tenía la que subió) y casi con atrevimiento quiso meterse en medio y disjuntarlas, que antes que ella se formase estaban juntas y altas, sobre lo cual tuvieron grande contienda, de modo que la de arriba hizo bajar con la misma soberbia que había subido, desbaratándola y haciéndola espesa lluvia para que tornase á su centro, y al fin de esto la nube rutilante de la parte diestra se fué bajando, y cuanto más se iba llegando á la tierra, más hermosa iba pareciendo; llegó abajo, y delante de mí tomó figura, no sé si diga hermosa, nó, que es poco, sería divina sin duda, porque el mucho resplandor y hermosura que mostraba, parecía un serafín celeste, y habiéndose parado, poniendo

en mí los ojos, me dijo: Arsindo, oye lo que te digo, si quieres gozar en una hora lo que has pretendido en muchos años, ten firme y no te muden los infortunios ni trabajos que pasares; tuya he de ser, y tuya soy aunque le pese á la envidia, mírame bien y conóceme.

Yo, que á estas razones había alzado el rostro, así que reconocí las últimas palabras, fuime á arrojar á decirle: espera, espera, dueño mío, no huyas con tanta velocidad esos ardientes rayos, que aun cuando no me tuvieran abrasado, bastarán ahora para rendirme y humillarme ante esas cristalinas plantas: pero como huyó velozmente, y yo quise moverme para detenerla, recordé con aquel sobresalto, y de sentimiento comencé á hacer y decir las locuras que me vistes; este es el sueño.

Por cierto, dijo Felino, bien extraño, y bien con razón las voces y querellas que formabas; mas no creas en sueños, que siempre son unas fantas-

mas ó visiones imaginadas, que al que duerme se le representan y de estas las más veces es la causa la frialdad que aprieta y reprime los sentidos interiores, induciendo sueño, y como aquesta se junta con el mal humor que se causa del manjar corrompido, altera el color natural, y se estiende y dilata por las partes exteriores, y con él juntamente representa las imaginaciones y fantasmas de lo que habemos percibido, y esta frialdad que tú pasaste anoche con el cansancio que traias, puede ser que formase en ti esa nueva visión: de cualquiera manera que sea (dijo Arsindo) no me deja de dar algún cuidado; pero haré por olvidarlo con el nuevo gusto que me ofreceis.

En semejantes demandas y respuestas se les había pasado ya casi la primera parte del dia cuando volviendo los ojos, vieron venir guiando unos blancos cisnes dos hermosas zagalas, cuyos divinos rostros, sino oscurecían

los brilladores rayos del rutilante Sol, era porque antes que saliesen había rendido ante sus plantas las claras y lucientes hebras, adorno de su cabeza, ignífero esplendor del orbe, las cuales venían suspendiendo el viento, deteniendo las cristalinas aguas de los plateados estanques, y admirando las flores con el canto que de esta manera comenzaba Amarilis y respondía Grisalda:

Amarilis.

Dichoso amor aquel que está seguro
Sin gustar de tu fuego,
Breve vida sin fin, desasosiego
En lóbrega tiniebla, en mármol duro,
Pasando ufana vida
Exento del temor fuerte homicida,
En la gruta más honda,
Si bien silencio entre su sitio esconda.

Grisalda.

¡Oh bien felice, aquel que está sujeto
Al amado cariño
Del niño alado, si en regalos niño,

Siguiendo pasos del pastor de Admeto,
Que Tracia selva admira,
Cuando por Daphne, con razón suspira,
Y si á su Elicie goza
Eliseos huella, y burlador retoza!

Amarilis.

Eumenides encierra en tierno pecho
¿Quién tus pisadas sigue,
Sin que el sosiego á tu calor mitigue?
Siempre entre penas rígidas deshecho,
O á lo menos en daño
Que no admite, si justo el desengaño,
Emulo de esperanza,
Gusto apacíble del que tarde alcanza.

Grisalda.

Alegres ratos, que transforma en gloria,
Tu gusto, aunque tirano,
Pródigo espende, si con larga mano
Avaro, no de libertad notoria,
Alegre movimiento
Do remontado vuela el pensamiento,
Memoriosa alegría
Presente siempre, porque amor porfía.

Amarilis.

Disgustos tantos, tantas da tu fuego
Penas terribles donde
Por más que engañe, males corresponde,
Efectos tristes de la espuma ciego,
Hijo si le vé ingrato,
De Etna fogoso, ignífero retrato:
¡Ay del que á tí se allega,
Pues tempestivo mar, siempre navega!

Grisalda.

Al que tus gustos siempre solicita
Diademas de oro brillas,
Que en fuentes de cristal delante humi-
llas,
Premio que á tu deidad es bien compíta,
Y es tu poder tan justo,
Que á la lealtad tan solo paga al justo:
Pues sinceros suspiros
Estimas en más que alfombras de zafiros.

Amarilis.

Prado hermoso, si abundante ameno
De odoríferas flores,
Donde Amaltea ostente sus primores,
Simulacro de Chipre, pensil lleno

De alfombras, qué divinas:
Las rosas muestran lirios, clavellinas,
Con visos carmesíes,
Rodeados de blancos alelíes,
Linfas sonoras, frigidos raudales,
Que entre leda corriente
Durmiendo vais sonando dulcemente,
Convirtiendo las quejas en cristales,
Y sin hacer espumas,
Le ves corriendo más que en viento plumas,
Alegres dais despojos,
Efectos de Grisalda y de sus ojos.

Grisalda.

Febo luciente, que brillante sale,
Alegre al caso justo,
Pasando al campo de africano adusto;
Pulcro esplendor, que á su deidad señale
Girando por el cielo,
Melena roja, purpurado velo,
Fertilizando montes,
Y en frutos varios, varios horizontes,
Y la tierra adornada y guarnecida
De prestados asientos,

Laberintos de propios pensamientos.
De Flora bella, de clavel vestida;
Todos con grande priesa
Coloran campos y rebozan risa,
Siendo alegres despojos
Efectos de Amarilis y sus ojos.

Al último acento de su dulce canto se hallaron junto de los pastores, y Arsindo que detrás de las ramas de un enmarañado lentisco les habían estado oyendo, atónitos los pastores, y Arsindo en éstasis, con la suavidad de las voces y repentina música, saliéronles al encuentro, diciendo Felino: El alto cielo que os dotó de tan supremo donaire y gracia, os conceda una vida tan larga y feliz, que dando gloria con ella á nuestros campos y heredades, sirva de envidia á la naturaleza y al tiempo, pues con la armonía tan acordada de vuestros sonoros instrumentos y dulcilocuas voces, os prometo, bellísimas zagalas, que nos habeis admirado y dejado absortos, tanto cuanto mo-

vido con suavidad vuestro cándido ganado sin necesaria guia.

Como les cogieron súbitamente oyendo estas razones, Grisalda y Amariles, mostraron en aquel instante los hermosos rostros, si bien matizados con el purpurado color del murize, tan bellos y agradables, que los claveles y blancos nácares se escondieran de vergüenza, cuando no por grado, por obligación precisa, á las hermosas hebras que de aquella cumbre divina se esparcieron sobre la bien proporcionada espalda, en trenzas tan brilladoras, que si no causaban el efecto que las de Apolo, era por matar más espacio con contemplación y veneno más dulce, á las cuales cosas, respondió la discreta Amarilis con un donaire divino y desenfado agradable:

—Por vida mia que ha estado bueno así el sobresalto, como la adulación, pues cuando no estuviera tan aparente lo contrario, aún parece que se pudiera

creer algo de lo que decís, pero como tan apasionados en el gusto nuestro, quiero creer ser más voluntad que verdadera justicia.

—No confesamos tal, dijo Arselio, porque si la adulación ó lisonja nace las más veces de engañosos pensamientos y mentiras cifradas con cubiertas de verdades, y la verdad de sí misma se engendra y obliga á que le alaben, siéndola todo lo que dijo Felino, y áun mucho más, como se muestra de vuestras personas, claro se vé ser obligación de verdad, más que voluntad apasionada.

—El argumento, dijo Grisalda, es bueno todo, y cada cosa de por sí muestra bien vuestros buenos ingenios; pero dejemos cumplimientos y vamos ahora á lo más importante. Decidme donde teneis el ganado, y como os estais aquí tan fuera de cuidados, porque nosotras íbamos hácia la fuente del Acebuche con nuestros blancos cisnes, para co-

miendo allí en aquel prado verde, pudiésemos pasar el calor de Febo, á la sombra de aquellos acopados sáuces.

—Rato ha, respondió Felino, que lo encaminamos hácia allá y nos quedamos nosotros hablando con este bello mancebo, que cerca de aquellos árboles hallamos esta mañana; pero pues vais ó llevais el camino que nosotros, vámonos todos y pasaremos unas pocas horas de gusto, tratando algunas cosas.

—Como querais, respondió Grisalda, y quiera ese gallardo mancebo forastero; venid, vamos en buen hora.

—Debo decir, dijo Arsindo, que será para mí dia, si bien alegre, de grande gusto, por el mucho que tendré sirviéndoos, pues de ordinario la mayor felicidad que tuve fué el ser primero en semejantes actos, profesando siempre el servirles á tan hermosos sugetos como los vuestros.

—Ahora, pues, dijo Arselio, vamos pues está cerca, antes que acabe de

llegar á su medio curso el hijo de Latona, y de aquí allá cántese algo para entretener el camino.

—Con tu acostumbrado donaire puedes tú cantar, dijo Amarilis, pues es ciencia que tambien alcanzas.

—Esa pudiera yo decir que era lisonja, respondió Arselio.

—Haz lo que te dice Amarilis, dijo Felino, y no repliques, pues bien sabes tú que sabes, y nosotros que sabes.

—Y áun lo peor es eso, dijo Grisalda.

—Yo lo recibo todo, respondió Arselio, como de quien me hace tantos favores siempre; pero ya que se me ha mandado, obedeceré.

Sale el sol por las cumbres del Oriente
Para llenar el mundo de alegría,
Y en la distancia de tan solo un día
Su curso gira, y llega al Occidente.
Sigue la noche luego velozmente,
Muestra su manto azul de argentería,

Diana sale que en su plata fía
Del cielo al suelo puesta frente á frente.
Sale risueña la rosada Aurora,
Y la mañana que los campos dora,
Vuelve á llenar los prados de contento
El sol con su dichoso nacimiento,
Y todo tiene fin, que es sombra vana
El sol, la noche, el alba y la mañana.

—Por cierto, dijo Arsindo, que con razón todos han alabado vuestro donaire y primor, siendo las obras tales, que lo merecen, y áun pienso que no se hubieran adelantado cuando lo hubieran ponderado más.

—Mercedes son esas, que áun las tengo por pagar, respondió Arselio, pero remítome á lo que de aquí adelante pienso serviros las muchas que os debo.

—No me dan lugar á que responda, dijo Arsindo.

—Quédese ahí, dijo Felino, y sentémonos á la orilla de esta fuente; y

vosotras, zagalas, bien podreis descuidar con vuestro ganado como soleis, estando aquí nosotros; demás, que ya están paciendo con su acostumbrada mansedumbre.

—Idos acomodando, dijo Grisalda, que ya nosotras estamos sentadas.

—Haz cuenta que tambien nosotros, dijo Felino, y vaya de entretenimiento.

—Pues que estamos acomodados todos, dijo Grisalda, quiero preguntar un enigma que ni lo es, ni deja de ser.

—Vaya, dijo Arselio.

—Esta es, dijo Grisalda.

Cual es la cosa en rigor
Que obliga en un solo instante
A vacilar con ardor,
Y la que siendo inconstante
Da la constancia mayor?

Al principio da regalo,
Y en el medio siempre ofusca,

Y á la variedad se igualo,
Y todo el mundo le busca,
Con ser en extremo malo?

—No es dificultoso, dijo Arselio, que me parece está bien claro.

—Pues dilo, dijo Felino, si te atreves á declararlo.

—De un ingenio como el de Arselio, dijo Arsindo, no se puede entender menos de que distintamente diga lo que significa.

—Pues declárelo, dijo Amarilis, que yo prometo que no lo entiendo.

—Es, dijo Arselio, el desdén.

—Gran presunción, dijo Grisalda, para no acertar.

—¿Cómo nó? respondió Arselio; ¿la cosa que más presto causa fuego, no es el desdén, pues se abrasa y quema aquel á quien no tan solamente no corresponde su dama, pero desdeñándole y al tiempo de esta inconstancia de ella, no la causa mayor en el amante?

—Hasta ahí bien has ido, respondió Grisalda, pero en lo demás es fuerza que no aciertes, por no llevar camino de ello. Diga Felino, el cual dijo:

—Es la memoria, porque demás de lo que ha dicho Arselio, ¿qué es la cosa que dá mayor regalo al principio que la memoria, y en llegando á revolver el medio, vacila el entendimiento, sin acertar á salir de él, pues en variedad tambien es grande, pues buscarla tambien no se yo quién no se huelgue de tener memoria, pues malo por lo que tiene de atormentar, cual más? Paréceme que he acertado.

—Nó, dijo Grisalda. Diga el forastero, que yo pienso acertará, por lo que me parece muestra de callado y discreto.

—Yo me encomiendo á Minerva, dijo Arsindo, y va mi pensamiento: el amor me parece que es.

—Acertó, dijo Grisalda, porque venid acá: ¿quién puede tener poder en

el mundo para en un momento abrasar su pecho con la facilidad que el amor, y la inconstancia dónde se encierra sino en él, pues hiriendo con la dorada flecha, mayor firmeza hay que el tal amante tiene? No por cierto. Cuando enciende hace mil caricias, promete mil gustos y pasatiempos en llegando á estar encendido; forma mil quimeras en imaginaciones y todos le buscan con diligencia y cuidado, porque quién hay que no tenga amor y le busque por su camino. Pues malo, ¿quién lo hay màs que él? Todos te ofrezcan premios, pastor discreto, los que estamos aquí, pues acertastes lo que estos no alcanzaron.

—Agradezco, dijo Arsindo, lo mucho que me favorecèis, graciosa serrana, pues mi ingenio no tiene más de la merced que vos le haceis y la que amor le ha hecho, aunque más es desdicha que no beneficio, porque todos sus gustos son acibarados con penas y enojos.

—Trátese de amor un poco, dijo Feliciano, que gustaré de oir los efectos que causa.

—A mí me toca eso, dijo Arsindo, por haber sido apasionado tanto suyo y más maltratado de su castigo. Digo, pues, que amor es nombre común para muchas cosas, por ser indignación con que el alma desea apetecer todo aquello que le parece bien, según los estremos á que se inclina, son diversos los amores de que se adorna, y con diversos significados llamados. Amor de los bienes, se llama codicia, y si es supérfluo, avaricia. Ambición el del honor. El de los hermanos, amistad. Y el del hermoso rostro se dice amor por grandeza, y aqueste se define en que es un deseo de poseer la hermosura agena, y éste es un poder del alma que lo llaman apetito natural, porque con él apetece aquello que entiende ser bueno aunque no lo sea. Amores ó Cupidos fingieron los antiguos, tres. El prime-

ro, hijo de Mercurio y Diana. El segundo, hijo de Mercurio y Venus. El tercero de Marte y Venus. Los que entendieron ser de Marte y Venus, aludíanlo al apetito sensual, porque según imagino aquestos planetas le influyen. El que imaginaron hijo de Mercurio y Venus, entendieron ser el amor lascivo y pintáronlo con alas por ser de pensamientos leves, con guirnalda de rosas, porque todo es flores cuanto ofrece desnudo ó porque no puede encubrirse, ó porque deja desnudos á los que se le allegan. Niño, porque á los más prudentes y sabios los transforma en niños, careciendo de gobierno, y haciendo locuras de tales, con arco y saetas; porque desde sitio apartado hiere, y apunta siempre al pecho. El que pensaron ser hijo de Mercurio y Diana lo tuvieron por amor útil, inclinado á las riquezas y bienes temporales. De todos aquestos, el más dañoso es el hijo de Marte y Venus, porque éste hace olvi-

dar de la razón y acercar á la cara. Este tiene sus efectos ó grados. El primero es la vista; el segundo, el deseo; el tercero, la conversación; el cuarto, el tacto; el quinto, los abrazos; el sexto y último, el concubito. Y aunque de todas estas cosas goce un amante, de ordinario anda con temor, con sobresalto, con fatiga, lleno y rodeado de infinitos pensamientos, no come con gusto, no cena con sosiego, no duerme con reposo, nunca le faltan celos, y cuando sea tan dichoso que nadie se los dé, del aire que blandamente refresca el rostro de su dama, formó querellas, pareciéndole que no era digno de llegar á tan sagrado lugar; oh amor! qué medicina hay que se aplique á sanar tu llaga! Traidor, tirano, ¡qué pecho mortal hay que no fuerces á amar si una vez le hieres! ¡Cuán fácil eres de entrar en un corazón, tan difícil eres de salir! Varios son tus efectos, y tan varios los que obras, que no hay len-

gua humana que lo pueda explicar ni lo acierte á decir. ¡Qué de cosas sufre un amante por un pequeño gusto! Mal haya amen el que tus pasos sigue, pues viene á hallar en ellos su perdición. Que riesgos hay por difíciles que sean á que un amante no se ponga, pues aunque goce y esté cierto de fidelidad, si acaso miró su dama al que le hizo cortesía, con buenos ojos ó se riyó, aquí entran unos que se llaman celos, secreto fuego que el corazón en sí mismo enciende, con que se va consumiendo poco á poco; una polilla que, metida y emboscada en las entrañas, perpétuamente está royendo y atormentando el corazón, sin que hasta la muerte pueda eximirse ni apartarse de él. Eterno desasosiego, inquietud perpétua, mal que hasta dar fin de una persona, no tiene fin, y hasta entonces dura; ¡qué de imaginaciones forma, qué de pensamientos cifra, qué de traiciones engendra! ¡Oh, terrible tormento!

No quiera Dios, pastores, que le tengais algún dia, porque no sintais los efectos que digo. Miradme bien, el mayor gusto de los que amor ofrece, pesado con el menor disgusto y zozobra que dá, viene á ser más el peso del disgusto muchos quilates.

Admirados estaban oyendo las cosas de amor, cuando al cabo de un rato que estuvieron suspensos, dijo Felino:

— Sin duda hablas como experimentado en las cosas de amor. ¿Quién creyera tal de un niño tan pequeño? Yo aseguro que tu venida fuera de tu patria, es la causa de él. Dímelo por tu vida.

—Bien adivinaste, respondió Arsindo, ¡pluguiera al cielo y nunca le conociera para no salir tan maestro de agravios!

—Siendo de aquese modo, dijo Amarilis, bien hago yo de no amar, ni sujetarme á yugo tan fuerte y pesado.

—Dichosa tú mil veces, dijo Arsindo, pues gozas de la más quieta vida que jamás mortal vivió.

—No se puede llamar dichoso, dijo Grisalda, el pecho que no ha sido tocado algún tanto de amor, porque ni todas son penas, ni todas glorias; alguna fatiga ha de haber para que sea el gusto más estimado.

—Bien has dicho, dijo Arsindo, si despues de muchas fatigas diera un alivio de alegría, que durara solo un día. Mas tambien quiero decir que no se pudiera vivir si no hubiera amor.

—Dejemos estar ya á amor en Chipre, dijo Arselio, ó donde está, y comamos alguna cosa que sustente el cuerpo, que es el verdadero amor, porque ya el sol casi parece que declina hácia la parte Occidental.

—Eso es lo que importa, respondió Felino; tiéndase aquel paño mío, y sáquense de los zurrones aquellos tasajos, y comamos, que aquesta clara fuen-

te nos servirá de dar el licor dulce para honor de nuestra comida.

—Levántese Amarilis como más ligera, dijo Grisalda, ó como más diligente.

—¡Qué me place! dijo Amarilis, que como quiera que toque al gusto vuestro, haré yo aún más de lo que pueda, y áun si por acrecentaros lo pudiera mudar en piedra, aunque segunda vez, á Aglauros lo hiciera, ó en estátua de mármol.

—Huélgome, respondió Grisalda, que seas tan humanista y curiosa. Apúntese esta transformación, porque ha de ser el postre de la comida.

Riéronse mucho los pastores de ver el donaire con que Grisalda dijo las referidas palabras.

Sentáronse á comer la pastoril comida, no con pequeño gusto, porque de cuando en cuando, la nativa fuente con agradable murmurio les brindaba con su cristal en conchas de nácar, que

ellos recibían con muy grande gusto, al fin de la cual y de dadas gracias al cielo por la merced recibida, dijo Grisalda:

—Ahora Amarilis, con su discreto estilo, nos dé el postre alegre, contando su fábula ó metamórfosis.

—Antes, dijo Arselio á Felino, en nombre mio y de la agradable junta, ruego cante alguna canción de gusto.

—Cosa es, dijo Arsindo, que no se puede negar ni áun escusar.

—Reirse quiere Arselio, dijo Felino, pero mi defensa la encomiendo á todos.

—Antes hablas de confiado, dijo Amarilis; obedece y calla.

—Digo que así lo hago, respondió Felino, y templando las cuerdas de su rabel, cantó así:

Angel divino, lucido farol,
Estrella hermosa y en las gracias mil,
A cuyo rostro hermoso el vario Abril
Flores ofrece, como al campo el sol:

Raro milagro, que de su crisol
Naturaleza al mundo dió gentil,
Dando entre perlas, nácar y marfil,
Dulces orillas llenas de arrebol.

Pues el cielo le ha dado su caudal,
Y puedes darme gloria á mí con él,
Duélete, dueño mio, de mi mal.

Muestra conmigo tu clemencia en él,
Que pues yo soy tu esclavo natural,
Hasta gozarlo he de penar por él.

—Bien muestras tu mucho ingenio, dijo Arselio, así en la música como en las demás cosas, pues dices en verso todo cuanto siente el pecho.

—No vale tu voto, respondió Felino, por ser tan apasionado mio; aunque tocas en cosa que aunque yo diga mucho, quedaré corto.

—Todo es conforme de tí se esperaba, dijo Arsindo, pues prometo, si estuvieras mucho cantando, me pareciera un momento.

—Todos han dicho muy bien, dijo

Grisalda, pues es premio merecido á tu estremada gracia.

—Donde tan buenos entendimientos hablan, dijo Amarilis, no puedo yo hablar.

—Bien haces, replicó Felino, porque no te canses para la narrativa que has de hacer. Déjense ya las palabras, y diga Amarilis su fábula.

—Aun todavia pienso que os burlais de mí, respondió Amarilis.

—Apártense á un lado, dijo Grisalda, las retóricas, y comience esta transformación.

—Digo, que supuesto que haya de ser, respondió Amarilis, comenzaré, pero no sé si me he de acordar bien por haber mucho que la oí de mi padre, que como curioso la solía decir; comienzo:

Entre las muchas provincias é insignes ciudades que hay en la Grecia, hay una ciudad que se llama Atenas, fundada y engrandecida por el Rey Cecrope, dando nombre por la diosa Pa-

las, en la cual, despues de muchos reyes que tuvo, hubo uno llamado Eritheo, el cual tuvo tres hijas tan hermosas cuanto discretas, y tan gallardas como bellas. La una llamada Panderose; la otra Herse, y la otra Aglauros. Estas y las demás doncellas del lugar, como era costumbre todos los años, hacian fiestas á Palas y le ofrecían sacrificios, y en una de estas tales, estándolas celebrando, llevando cada una en una cesta de flores coronada su víctima.

El dios Mercurio quiso mirar tanta belleza como allí se juntaba, y para esto escogió estar desde la región etérea mirándolas, y entre las cosas que más le agradaron y parecieron bien, fué la hermosa Herse, así por la gala y primor que tenía en ofrecer su sacrificio, como por su notable hermosura. Enamorado al fin de ella, comenzó á volar con blando vuelo sobre los alcázares de la famosa Atenas, nunca perdiéndola de vista; suspendido y abra-

sado con ella llegó abajo, y dejando su apariencia divina, confiando en su mucha hermosura, tomó forma humana peinándose el cabello, poniéndose sus ropas orladas y recamadas con flecos de oro, y tomando en su mano diestra el caduceo, se fué acercando al aposento de Herse, cuya casa con la de sus hermanos era toda una, y de tersos cristales y remendados jaspes, la cual tenia una bóveda en el medio, toda de marfil liso, labrado y adornada con grande primor, en que estaban los tres aposentos de las tres hermanas: el de la diestra mano era el de Panderose, el de la siniestra el de Aglauros, y el de enmedio el de Herse, y como viese y notase Aglauros al referido dios, yendo á entrar por sus aposentos, saliole al encuentro y preguntóle quién era y á qué venía, á la cual pregunta satisfizo el nieto de Athlante é hijo de Maya de esta manera:

—Yo soy, hermosa ninfa, el emba-

jador de los sacros dioses; aquel que tanto puede con mi padre Jùpiter, el que por cuya mano se escriben y confirman todos los concilios y decretos de los habitadores del eterno Olimpo, llamado Mercurio, á quien ya conocerás el poder; la causa á que vengo, es que por mi mal ó por mi bien, por mejor decir, viendo las fiestas que vosotras, vírgenes, haceis á vuestra diosa Palas, me hirió el hijo de Venus y nieto de la espuma, con una dorada flecha mi sacro pecho, tirada de los bellos ojos de tu hermosa hermana Perse, y como tal, abrasado vengo á procurar el remedio que semejante mal admite. Suplícote, por quien eres y por quien soy, me ayudes y favorezcas en aquesta empresa que intento, pues sirviéndome tú de tercera, no puedo temer peligro alguno ni cosa que no sea muy en mi favor.

Estuvo atenta Aglauros, y comenzóle á mirar con ojos no muy propicios, y al cabo de un rato le dijo:

—Si tú quieres que yo condescienda á lo que me pides, pues eres tan poderoso dios, dame una suma de oro con que pueda formar un templo con él, sirviendo él solo de cimientos, basas, paredes y techos, que yo prometo entonces hacer lo que me pides, y en el ínterin vete allá fuera mientras lo trato.

Belona que había estado atenta, y oyendo las palabras y desconsuelos de Aglauros contra Mercurio, incitado de la venganza de haber descubierto un secreto que le había encargado, ármase de furor, y sacudiendo su escudo, levántase por el aire rabiando de cólera, vá á la casa de la envidia que estaba en un hondo valle, cóncavo y escondido, lleno de lóbregas sombras, azotada de los aires y con mucho frio, vacía de calor y abundante de humo. Aqui, pues, llegó á las puertas, tocando en ellas con la taza, ábrense de par en par y ve dentro á la envidia, sustentándose de víboras y serpientes, comida de sus vicios; llá-

mala, y al eco de la voz alza el rostro, levántase poco á poco, y con mucha pereza sale fuera, y así como vió á Minerva tan hermosa y tan gallardamente armada de sus rutilantes armas, dió un grandísimo gemido en ver tan rara belleza, y estar ella tan amarilla y flaca, nunca mirando derecho, los dientes negros, los pechos verdes con la hiel, y con veneno la lengua. Finalmente, habiéndola contemplado, le preguntó le dijese lo que quería, y ella respondió:

—Yo te mando que salgas de aquese funesto albergue y vayas sín tardanza alguna á la ciudad consagrada á mi deidad y llenes de veneno á Aglauros, hija de Eriteo, de modo que se abrase, aflija y consuma, pagando justas penas de delitos cometidos.

Acabado de decir esto, apunta con la lanza en tierra y levántase en el aire aprestando su camino para ver el presagio de la ingrata Aglauros.

La envidia aprestóse para hacer su

mandato, y toma su báculo ó bordón, todo rodeado de agudas espinas, caminando con unas densas nubes llenas de horror y miedo. Sí pasa por los floridos prados, marchítalos, abrásalos, derriba pimpollos de yerbas, sin obstáculo ni impedimento alguno. Con solo un soplo corrompe cindades y pueblos contrasta.

Llega al fin al alcázar hermoso de la ciudad de Atenas, y casi se comíenza á lamentar, mirando cosas no dignas de lágrimas sino con aumento de alegría. Entra en la cuadra y aposento de Aglauros, y con la mano teñida de hollin toca su pecho é hínchale de temerarios abrojos, y échale en el ánimo una ponzoña dañosísima, y por los miembros un veneno negro; y porque más su muerte le atormente con la dilación, pone delante de sus ojos á Mercurio con un simulacro muy hermoso, y á su feliz hermana en el agradable cónyugio; con las cuales cosas, ella incitada de un tormento y dolor oculto, comienza á

penar y remorderse. Gime la noche, rabia el dia, y va consumiéndose con la ponzoña lenta que las médulas le traspasa, y como sobrepuja el yelo al calor poco, así ella se abrasa y quema con el gusto de la hermana, y por no ver tal espectáculo, llama con voces presurosas la muerte, que le acabe de matar; dejóse caer sobre un poste, quiere levantarse, y aunque más pelea y forcejea con el gran peso que tiene, no puede al fin; derrámasele un temerario frio por el cuerpo, ponénsele yertas las rodillas, amarillas las venas, ahuyentando la sangre; va á hablar, no puede, fáltale el aliento, llega el cuello á la piedra dura, vase el rostro endureciendo y queda hecha estátua de mármol, no blanco, sino negro y bien vil.

Queda vengado Mercurio, Palas contenta, y juntos tienden las alas, y con un manso vuelo girando por ese aire, llegan guiados del taura fresco á pisar los alcázares de Júpiter, quedando ella

con el justo pago de su ingratitud.

—Por cierto, dijo Felino, que la elocuencia con que lo has dicho, es como de tu ingenio se esperaba; las pinturas y palabras con que lo has adornado, son muy semejantes á tu persona y divino rostro.

—No entiendas, dijo Arselio, que lo pondera mucho Felino, discreta Amarilis, pues aun no dice una parte de las muchas buenas que en si encerró tu narración.

—Sea de por mí, respondió Amarilis, el fin de mi alabanza la honra que me haceis y el favor que siempre me habeis hecho, que con aqueso me tendré por bien pagada y satisfecha.

—Yo no quiero, dijo Arsindo, decir nada donde ya está todo sobrado, pues cuando dijera algo, fuera alabar más á la naturaleza que se esmeró tanto en vuestro sugeto y con mi rudeza de estilo humillaros á vos.

—Todo es justo premio, dijo Gri-

salda, del donaire de Amarilis.

—Verdaderamente, dijo Arsindo, bien considerado, fué cruel castigo, pero comparado con la ingratitud, cualquiera por grande que sea es muy pequeño, porque este es un pecado grave y abominable, no digno de estar en personas racionales, más entre tigres y oncas, y otros semejantes animales. ¿Por qué Aglauros, había de descubrir el secreto que Belona le fió, aunque hubiese ocasión bastantisima? Ya sabemos de cierto que el que confía de otro su secreto, es por quererle demasiado y tenerle grandísima amistad, y aun es beneficio el descubrir un hombre el secreto por la confianza que hace; y así, el que no lo agradece, ni lo guarda, es el que nunca supo hacer bien á otro.

Entre todos los notables varones que nacieron en Lacedemonia, salió uno tan científico filósofo, que ninguno se le igualó en ciencia y erudición, que

fué Ligurgio, ni en entereza de vida, el cual aborrecía grandísimamente la ingratitud, abominándola y exhortando que ninguno la admitiese en su pecho, y preguntando algunos amigos suyos al oráculo Delphico de Apolo, en qué opinión tenía á Ligurgio, respondió: dudo si le pondré en el número de los supremos dioses ó le contaré en el de los hombres. Todo aquesto por ser tan agradecido á cualquiera beneficio por pequeño que fuese.

Pregunto yo una cosa: ¿hay mayor virtud en un hombre que el agradecimiento? no por cierto.

—Cosa es, dijo Felino, lo que más han alabado los filósofos, y de la que más carecemos todos los hombres.

—Yo prometo, dijo Arsindo, que es cosa que me duele en el alma esto de la ingratitud. Vereis algunos que tasadamente tienen dos maravedís de caudal, cuando se ponen hinchados y piensan que todo se lo deben.

—Nunca habia de pasar, dijo Grisalda, aquel siglo de oro donde no hallaban asiento estas cosas ni otras de que está lleno el mundo ahora.

—Por el contrario, cuan aborrecido, dijo Arsindo, es uno siendo ingrato, es tanto más amado siendo agradecido; porque es notado un hombre así de honrado, como de bien nacido, y así como la ingratitud es hija de la soberbia, así el agradecimiento es hijo de la humildad; y como agradecido un hombre, había de hacer lo que hacía Tales Milesio, aquel grande sabio: dar cada dia tres veces gracias á Dios por las mercedes que le hizo; la primera, porque le hizo hombre y no bestia; la segunda, porque le hizo varón y no hembra; la tercera, porque le hizo racional y no bárbaro, pues descubrir el secreto quién lo hace sino un bestial pecho, un hombre sin conciencia, un bárbaro ignorante.

Cuatro cosas le compelen á una per-

sona á que guarde el secreto: la ley natural, la amistad, la justicia y la caridad; el silencio es cosa amable, y es vestidura y ornato del hombre prudente.

Los egipcios adoraban al silencio por Dios, debajo de este nombre Harpócrates ó secreto: y pintábanlo con el dedo en la boca, siempre enseñando con cuanta veneración se había de guardar el secreto, y el hombre sabio, había de tener á la entrada de su aposento ó sa'a: Mi secreto para mi: Y mirad de cuánta sustancia es el secreto, y qué cosa tan preciosa, que estando preso Anaxágoras, aquel gran filósofo, por cierto delito ó por querer libertar á su patria matando al que la tiranizaba, lo pusieron en un tormento, y porque no le venciese el dolor de los cordeles, él propio con los dientes se cortó la lengua para que aunqne quisiese despues descubrirlo no pudiese.

—Yo confieso, dijo Arselio, que es

cosa de gran consideración, y que debía de ser estimada por los que profesan tener entendimiento.

—Pues acerca de esto se me ofrece una historia, dijo Arsindo, breve.

—Pues dila, dijo Grisalda, que como persona que abomino el mucho hablar, me huelgo de oir alabar el silencio.

—Acostumbraban en Roma, dijo Arsindo, los senadores llevar algunos de sus hijos al Senado, para que aprendiesen á guardar secreto. Y tratando un negocio muy grave, dilatóse y dejóse para el dia siguiente, y con la alteración salieron muy tarde; de modo que una matrona romana, con deseo de saber que se habia tratado en el Senado, cogió á un niño hijo suyo, llamado Papirio, y preguntóle qué negocio había pasado entre los senadores, que les hubiese hecho salir tan tarde, y él escusose de no poderlo decir por tener grande pena, y como la privación suele

causar más apetito, le amenazó la madre con castigos porque se lo dijese, y el niño, engañando á la madre, por librarse de ella, le dijo, que para aumento de las Repúblicas se había tratado, si convenía, dar á cada hombre dos mujeres, ó á cada mujer dos hombres, y ella dándole crédito, por la mañana avisó á muchas matronas romanas, que fueron todas juntas á la puerta del Senado á pedir y rogar no se hiciese ley tan injusta, como el tener un hombre dos mujeres, sino por el contrario.

Fueron cuando sintieron habian entrado ya en el Senado. y dando voces comenzaron á alborotar casi á Roma y el Capitolio. Los senadores asomáronse á las ventanas, espantados de aquella súbita alteración, y llamándolos Papirio, dijo lo que le había sucedido con su madre, lo cual entendido, las sosegaron y mandaron que de allí en adelante no entrasen más niños en el Se-

nado, solo Papirio, dándole por paga de su mucha discreción el entrar aun desde niño á las consultas, que requerían ancianos entendimientos. En tanto como aquesto estimaban el secreto.

—Por cierto, dijo Felino, que fué caso estraño, cuanto grande el advertimiento del niño. Ahora en nuestros tiempos nacen unos, no digo de tanto entendimiento, pero aun de mayor, mas no lo saben aplicar á lo que les importa tambien como aquese, sino á malicias y bellaquerías, porque tasadamente tienen ocho ó diez años, cuando saben ir á la fuente ó al prado detrás de las zagalas requebrándolas. ¡Oh, válgame Dios y cómo va declinando el mundo y nos va llevando sin sentir al fin, dando señas de que se acaba ya! A lo menos paréceme á mí que antiguamente castigarían más á los niños que en nuestro tiempo, y por eso salían ajustados á la virtud y seguían sus pisadas.

—Gran cosa, dijo Arselio, es el castigo para los muchachos, pues si les comienzan á sufrir un poco y otro poco, se vienen por allí haciendo mayores atrevidos, cuando va supetrando la juventud, y si les enseñan la humildad, salen tan retenedores de ella, que cuando vienen á ser hombres, siguen con más voluntad y diligencia el camino de la virtud, y perseverando en ella vienen á alcanzar victoria de muchas adversidades.

—Tú dices muy bien, dijo Arsindo, no hay muchacho que se mueva por el castigo; antes de no castigar á su tiempo, vienen á seguirse grandes inconvenientes. Y no hay mayor castigo en esta vida que no ser en ella castigado.

—Como no hablas, Amarilis, dijo Grisalda, parece que estás divertida, ¡oh, triste de tí! alégrate y entretente con la conversación.

—Es tan buena, respondió Amarilis, que no me dá gana de interrumpir-

la con mis necedades, por ser materia la que tratais tan abundante de bienes y que màs se habia de seguir.

—Pues yo sé, dijo Felino, que hay alguna persona ingrata en la rueda que no paga ni satisface la deuda de amor que debe, siendo tan grande, que merecía como precisa obligación satisfacción igual.

—Bien sé yo, respondió Grisalda, que aun es más la paga que la deuda, aunque las obras no se muestran.

—Parece, dijo Arsindo, que te has parado el rostro colorado y matizado con la púrpura, muestra de tu honesta vergüenza.

—Es propia condición suya, dijo Amarilis, el mudarse en ese color á cualquier palabra.

—Ya es bien tarde, dijo Arselio, y nunca nos hemos acordado de preguntarle á este mancebo discreto, cómo se llama, de donde es, y la causa por qué salió de su patria.

—Habeis andado como discretos, respondió Arsindo; porque para qué quereis saber desdichas, donde tantas felicidades hay, como es el gozar de los hermosos rostros de estas bellas pastoras, cosa con que el más fatigado puede tener alivio y descanso. Dichoso yo mil veces, pues he venido á hallar remedio á mi desventura, tan cerca, y donde jamás entendí llegar. No quisiera acordarme de las desdichas pasadas, porque no renovasen en mí el triste llanto.

—Has apuntado, dijo Felino á Arselio, muy bien, pero con el entretenimiento agradable se nos ha ido de la memoria; no quiero decirte que nos la cuentes ahora por ser ya tarde é irse recostando el sol debajo de las ondas del mar y haciéndose hora de recoger el ganado, mas que quede apuntada para que la digas mañana, estando juntos todos como ahora estamos, y si más se llegaren.

—Tambien yo, dijo Grisalda, los suplico de mi parte, que creo nos harás merced como hombre de tanto talento y buen discurso.

—De la mia yo, dijo Amarilis, es fuerza que lo ruegue, suplicándote con estos mis compañeros aceptes el ruego.

—Verdaderamente, respondió Arsindo, que me causará notable pena referir mi historia triste, mas por complaceros lo haré, volviéndonos mañana á juntar en este apacible lugar.

Estando en estas razones, alzaron todos los rostros y vieron que los perros hacían un gran ruido y que hácia ellos se venía acercando un pastor, al parecer sin juicio, y detrás de él otros dos pastores deteniéndole y haciendo fuerzas él para escapárseles. El cual así que vieron, dijo Felino:

—Este es el pastor Roselio, que ha dos ó tres dias que hace locuras, cuando no de loco de hombre tocado de alguna pasión, y los otros dos son el vie-

jo Penicio y su hijo Laureano, que le vienen deteniendo; vamos todos, lleguemos allá.

Fueron corriendo, y así como llegaron, oyeron que el furioso Roselio hablaba así:

—¿Qué os he hecho yo, verdugos de mi quietud, que quereis quitarme el gusto que con mi muerte tendré? Apartaos de mí, huir de mi rabia, no querais que os consuma el fuego que me abrasa: y os destruya el veneno que traigo en este desdichado pecho; ¿es posible, Atrops, atrevida, que de cuantas vidas injustamente cortas, ésta que desea acabar su triste curso, la alargas y dilatas, dándome pesar y atormentándome con ella? Mas qué es lo que digo; ¿no soy yo aquel que puede trastornar estos árboles en ceniza y coger sus ramas, y en un momento echarlas de esa otra parte del mar Egeo?

¿No soy yo aquel que puede tener esas volátiles aves y encerrarlas en es-

tos puños, ahuyentándolas de su región? ¿No soy yo aquel que puede coger estos montes y abrasarlos con los rayos de mi cabeza, de modo que congelen fuego como nuevos Etnas y volcanes? ¿No soy yo aquel que puede desmenuzar esas nubes que forman capotes de tristeza, y echarlos en el profundo seno de la tierra, madre universal de todos?

Si soy yo quien tiene este poder: ¿cómo, ¡oh desleales! no quereis dejarme vista mis insignias reales y ponga corona áurea sobre mi cabeza? Mas bien haceis, porque en viéndome en mi trono, es fuerza haberos de anegar en el profundo centro del mar, justo castigo á vuestro loco atrevimiento.

Hola, Febo, que aprisa te acercas ya al Occidente, ¿cómo no me prestas tus caballos y tu veloz carroza como sueles, para que me vaya á espaciar por los campos Elíseos? Mas, ¡ay de mí! que tú tambien no haces cuenta de mí, co-

mo me ves en este trance fuerte, en este riguroso martirio y en este doloroso paso. Salid, lágrimas mias; rasgad, rasgad esas venas de este pecho, que no es razón esté encubriendo la causa de mi infelícidad.

—Tened, por Dios, dijo el anciano Senicio, pastores á este pobre mozo no se deshaga, y la locura que tiene le acabe.

—¡Oh, desdichado pastor! dijo Laureano, qué desdicha es la que te ha cogido todos tus miembros, haciéndote penar y á nosotros sentir tu tormento.

—¡Oh, villanos! dijo Roselio, yo soy pástor, haré pedazos vuestras infames vidas; así mi deidad aniquilais; asi contrastais mi imperio. Hola, crueles furias, que habitais el lobrego reino del espantoso Plutón, subid arriba, que yo os lo mando y encerraos en los pechos de estos aleves fratricidas de mi honra. Hola, harpías de Tineo, acercaos más, y henchid vuestros hambrientos estó-

magos de la carne cruel de estos rústicos ignorantes.

—Qué dices, loco, dijo Senicio, ¿qué deidad, qué imperio, qué furias, qué reino de Plutón, qué locuras son estas que juntas? Tú eres sino Roselio, vuelve en tí. Llega tú, Felino, y desengaña á este loco.

—Por tu vida, Roselio, dijo Felino, que vuelvas en tí y mires lo que dices, no te juzgue tu imaginación sobre los aires que tienes en tu cabeza.

—¡Oh qué lindo ignorante soy! dijo Roselío, á un hombre como yo decís aqueso, a un hombre que tiene poder sobre los montes más encumbrados del orbe, á un hombre que desciende de la antigua casa del viejo Saturno; andad, andad, muy bueno sois para ensalmador, no pareis más delante de mí, que mandaré á Medusa os transforme en sierpe.

—Bravo rigor, dijo Arsindo, oh imaginación tirana, con qué eficacia

sobrepuja al entendimiento; mira lo que dices, pastor, vuelve en tí, no te atormente y acabe ese pensamiento último.

—Tambien este me agrada, dijo Roselio, basta que me tienen en poco; ahora, pues, dejadme, que quiero volar al cielo y destruiros á todos.

Hizo fuerza por soltarse, bregando tanto, que vino á caer en el suelo cansado, cogiéndole el cuerpo un profundo éxtasis, de que quedó casi dormido, y viéndolo tal, dijo Arsindo:

—Hora es ya de que vais recogiendo vuestro ganado y nos acerquemos á la aldea, porque no nos coja la oscuridad en este campo.

A lo cual respondió Felino que decia bien,—y así tú Arselio, por tu vida que llegues hácia aquel prado y nuestro ganado y los cisnes de aquestas bellas zagalas recojas mientras quedamos con este Roselio, aquí, por si volviese en su locura.

—Yo voy, pues, dijo Arselio, protestando venir muy presto.

Fuese y quedaron los demás, que despues de poco espacio, preguntó Grisalda á Senicio,—que de qué le había procedido aquella locura á Roselio con tanta furia.

El respondió—que no sabía más de que había dos dias que había dado en imaginar, y que aquel dia le había tocado con tanto rigor, que le había hecho hacer y decir aquellas locuras que habían visto, que su hijo Laureano como tan amigo suyo pudiera ser saberlo.

A que respondió Laureano:—que tampoco lo sabía, pero que según imaginaba, eran cosas de amor.

—Pues, dijo Felino, quédese para mañana ó para otro dia el ventilar eso, que nos veamos en la fuente del Acebuche.

Dijo Laureano,—podrá ser él esté mejor y por su boca lo contará y dirá.

—Mucho me holgaría yo, dijo Arsindo, por aliviarme oyendo desdichas, que según el efecto no pueden dejar de ser como las mias.

A este tiempo ya había llegado con el ganado junto á Arselio y disponiéndose para venir hácia la aldea, ordenaron de tomar el furioso, entre Senicio y Laureano, y llevarlo á su choza que estaba cerca. Y Felino dijo,—que por despedida de aquel dia se fuesen entreteniendo con alguna música de las buenas canciones que solían cantar.

A lo cual, dijo Grisalda:

—Amarilis, como suele con Arselio, puede cantar ahora y darnos este dulce rato.

—Como tú nos sirvas de Maestro de capilla, respondió Amarilis, yo estoy contenta.

—Por hacernos á todos merced, dijo Arsindo, lo hará la bella Grisalda.

—Aunque vamos nosotros cargados, dijo Laureano, tambien nos cabrá

parte del gusto de la armonía.

—Será eso aliviarnos el camino, dijo Senicio, con tal entretenimiento.

—Ahora bien, dijo Felino, no se gaste más tiempo, sino comiéncese el canto.

—Templa los rabeles, dijo Grisalda, Arselio.

—Ya el mio está templado, respondió Arselio, mas váyanse tocando las cuerdas para que se conformen en voces, y digamos aquella égloga del otro dia.

—Norabuena, respondió Grisalda.

Templáronlos confirmándolos en las voces, y luego comenzaron á cantar así:

Arselio.

En dulce verso, y en canoro canto,
Himnos de amor, dulcísimo deseo,
Ninfa hermosa, si funesto llanto
Celebre en Syra ignífero Timbreo,
Con plectro de canente voz sonora,
Que acentos suyos lleguen hasta Alfeo.

Amarilis.

El fértil campo que el Abril colora,
Con penachos de flores adornado,
Purpúreos pasos siga del Aurora.
Y formando capillas en el prado
De Acaya bella, do Aretusa es fuente;
Sonoras de aves cántenle su hado.

Grisalda.

Al agradable son de la corriente
Que entre cristales blancos convertida,
Dormida el agua, si correr se siente;
Fértiles plantas, abundantes mida,
Fertilizando flores de su historia,
Repase y sienta la fatal caida.

Arselio.

Ay de mí! diga, oh pérfida memoria
Como me acuerda tu rigor exento,
Trágico fin de mi beldad notoria:
Entre las ninfas, que en el verde asiento
De la abundante Acaya, viven juntas,
Pisando rosas á pesar del viento,
Dándole al blando céfiro las puntas
Que de colores rojas mira Apolo
Hebras de su cabeza casi asumptas:

Su curso estando de uno y otro polo,
En medio ya la tierra de su ardiente
Calor, hinchendo, si fogoso, solo.

Amarilis.

Cansado de herir el más valiente
Oso que en la espesura atravesaba,
Flechando el arco, casi de repente,
Y el gamo, que la grama se holgaba,
Sin que su ligereza le sirviera
De recibir la muerte que le hallaba.
De fuego el rostro lleno, que no viera,
Un rio ví de lejos, que corría
Manso, por trasparente vidriera,
Y á trechos el cristal que se salía
Por entre verdes juncias, dulce asiento
De escamado escuadrón, que en él se fía.
Llegueme á él. *Gris.* El paso deten lento
Porque vas á perder de tu hermosura
La flor hermosa y el suave aliento.

Amarilis.

Aquesta voz oí de una espesura,
Y como el pecho en fuego arderse siente,
dije: Quien eres, muestra tu figura,
Respuesta fué, porque se ostente.

Gris. Tente.

Amarilis.

¿Al calor no le alivia el cristal puro?
Gusto tomar, no se consiente?

Gris. Siente.

El agua: huye el eco, aunque seguro,
Tu desdicha temiendo te lo avisa,
Esto es verdad, por tu hermosura juro.

Amarilis.

Mas como la beldad nunca se frisa
con la facilidad, no me dió pena,
Que ahora lloro lo que tuve en risa.
Dejo el vestido en la menuda arena,
Meto los piés en el ardiente fragua,
Que me consume y vuelve de mi agena,
Llego al mediano sitio de aquel agua,
Sumerjo el cuerpo enel mediano centro
Que ya tras mi corriendo se desagua.
Apenas entro, cuando siento adentro
Cierto ruido, que me hizo afuera
Salir teniendo, riguroso encuentro
Cuando oigo aquesta voz. *Ars.* Espera,
espera.

Hermosa Aretusa mia,

Si á amarte así te atreves,
No huyas las plantas leves
Que me causan alegría,
Pues moriré en este dia.
  Si en aquesta confusión
No temas mi corazon
Como lo abrases y quemas;
Espera, mi bien, no temas,
Pues tan bella no es razón.
  Ay de mí! que si esos ojos
No me vuelven á dar lumbre,
Ni quiero la mansedumbre,
Ni víctimas, ni despojos,
Pues si tú me das enojos,
  Apartándote de mí,
Como tendrá vida aquí
El corazón que te adora,
Que es gloria contigo ahora,
Y muerte será sin tí.
  Fuerte efecto de tu hechizo
En un momento abrasarme
Y sin potencia dejarme
Con que amor se satisfizo,
Ya al campo no fertilizo,

Que tu rostro de clavel
Me ha transformado ya en él,
Y será cierta ventura
Gozar más de tu hermosura
Que de Amaltea el pincel.
Ten los pasos, no apresures
Mi vida en ellos, que ya
Es tuya, y tuya será
Aunque en tu dureza dures,
Y porque en mi te asegures
De mis arenas de plata,
Toma, sino se dilata
La pena con que me aflijes,
Y pues mis potencias rijes,
No te muestres tan ingrata.

Amarilis.

Al eco de la voz último acento,
Ligera como el viento, aunque desnuda
Corrí, quien esto duda poco sabe,
Mas porque amor me acabe, fuerte Alfeo,
Siguió tras su deseo, y yo turbada
Casi fuera alcanzada del amante,
Si en un tan solo instante no viniera
Socorro, que pudiera darme vida,

O del ya nacida en espesura,
De castidad ventura, dije aprisa,
No te muestres remisa en ayudarme,
Pues ves que á deshonrarme viene fiera
Esta deidad que espero sin aliento,
Mi castidad presento en esas manos,
Líbrala de tiranos, y desciende
A ofender quien me ofende. *Gris.* Luego
al punto
Se vió Diana junto al cuerpo hermoso,
Y estas razones dijo con reposo:
Las ninfas que son mías,
Sé yo Aretusa bella
Guardar desde el Olimpo con cuidado:
Y pues de mí te fías,
Desecha la querella
Que te trae con temor á aqueste estado:
Alza el rostro envidiado
Del alabastro terso,
Y esas perlas divinas
Encierra en esas venas cristalinas,
Sin que tengas temor á caso adverso,
Y así en el entretanto
Rodéete esta nube con su manto.

Amarilis.

No viendo el tïerno Alfeo,
El retrato divino de mi cara,
Fin de su dulce empleo,
Con lágrimas entonces se declara,
Arrojando suspiros,
Alivios tristes, si fogosos tiros.
Ya mira al claro cielo,
Ya humilde mira el centro de la tierra,
Ya de un helado velo
El rostro se le cubre y le destierra,
Del gusto que tenía
Cuando en estanques habitar solía.

Arselio.

¿Dónde te encubres, dónde?
Ninfa hermosa, cándida Aretusa,
Oyeme bien, responde,
Si trágica no impide triste Musa
Al cantar de mi suerte
Desdicha larga, si temprana muerte:
Donde tan presurosa
Cubre la densa nube el rostro bello,
Cuya márgen dichosa
Es cielo de la gloria de aquel cuello,

Que en cristalinas venas
Gustos produce y ahuyenta penas.
Oh cielo tachonado
De velos ricos de zafir divino,
A trechos argentado
De luz brillante, sitio diamantino,
Donde mi amor se encubre,
Quitad la nube que á Aretusa cubre.
Mas ¡ay de mí! que muero
Sin remedio que baste á mi esperanza;
Mi fín estremo espero,
Atropella Laquesis tu tardanza,
Que pues huye Aretusa,
Mejor es muerte que razon confusa.

Amarilis.

Desta manera Alfeo se quejaba,
Sin apartarse de la altiva sombra,
Y entre suspiros mil me acompañaba
Diana viendo que mi nombre nombra,
Procura deslizarme entre cristales,
De néctar dulce, y por verde alfombra
Cerúles hace líquidos raudales,
Fuente nativa que del pecho mío
Aprisa suda en conchas bien iguales.

Mas viendo Alfeo que mi amor desvio
De su deidad en aguas voladoras,
Su fuego deja y tórnase á ser rio.
En voces luego de pasión canoras,
Por mezclarse conmigo fué siguiendo
Mi frígido licor por todas horas.
Más viendo della que me vá venciendo,
Mis venas hunde por el centro obscuro
Y el comienza á quejarse no me viendo.

Arselio.

Si tus plantas apresuras,
Aun ya transformada en agua,
Aunque apresures mi vida,
Iré siguiendo tus plantas.
Si por la tierra te escondes
Por entre venas de plata,
Con mi corriente furiosa
Penetraré tus entrañas.
Oh rigor grave y terrible,
De tí, hermosa Diana,
Pues me quitaste la gloria
Que gocé en cristal y nácar.
Como del prado robaste
La hermosura más bizarra,

Que entre coros de alegría
Daban sacrificio á Palas.
Dejaste sin luz el día,
Sin crepúsculos el alba,
Todo lleno de tristeza,
Pues todo faltando, falta.
Llorad lo que siento triste
Campos de la bella Acaya,
Ques es Alfeo quien lo dice,
Y Aretusa quien lo causa.
Vosotros que estais solos, yo sin alma,
Sin luz los prados, y mi vida en calma.

Grisalda.

Luego volando por el risco duro,
Se fué precipitando el dios Alfeo
En furioso murmurio en llanto puro.
Pedazos de cristal parece veo,
Que arrojaba con llamas interiores,
Por desfogar así de su deseo.
De si huyendo lástimas mayores,
Decia tropezando en su cuidado,
Sirviéndole de aumento á sus temores.
Al fin se fué en raudales deslizado
Siguiendo á su Aretusa, y ella aprisa

Huyendo visitó el estraño prádo,
Quedando Alfeo llorando, ella con risa.

A los últimos dejos de las acordadas voces, se hallaron junto de la aldea, albergue de los ya dichos pastores, á cuyo canto parece que se iba deteniendo la noche negra, de no estender el toldo de común descanso á los mortales y animales.

Finalmente, acabando de cantar, dijo Arsindo:

—No hay que alabarlo, que ello propio se va alabando y pagando en las entrañas con los dulces ecos de sus acentos sonoros.

El viejo Senicio y su hijo Laureano, dijeron:

—Que el paso no habían sentido ni sintieron, aunque durara más el camino, con la dulce música alternativa de las hermosas zagalas y el discreto Arselio, á quien ellas con grande alegría agradecieron estimando en mucho los favores que le hacían.

Dijo Felino,—ya es noche: idos á llevar vosotros vuestro loco, y nosotros nuestro huésped y nuestro ganado.

—A lo menos, respondió Arselio, el huesped conmigo se irá para que me honre mi casa con su agradable presencia, y con su buen entendimiento me enseñe.

—Con callar respondo, dijo Arsindo; respondo agradeciendo en el alma loque manifestar no puedo con palabras.

Despidiéronse Senicio y Laureano de los demás y fuéronse á su casa, y Felino dijo:

—No qniero que debatamos sobre en cual casa ha de estar, que él la escogerá, ó la bella Grisalda lo dirá.

—Yo, dijo Grisalda, me parece que la choza de Felino es mayor y podrá sufrir todo lo que el sueño quisiere.

—Pues la mia, dijo Arselio, si es pequeña, es abundante de voluntad.

—Ahora pues, dijo Felino, vaya ahora conmigo, que despues se tratará

de lo demás, pues la discreta Grisalda lo ha dicho, que siempre me ha favorecido con aquellos ojos divinos y con su palabras amorosas.

—En nada te sirvo, respondió Grisalda, pues vienes á merecer mucho más.

Despidiéronse todos, rogándose unos á otros se volviesen á ver en la fuente del Acebuche otro dia.

Volvieron las espaldas los pastores, y al descuido dejó caer Grisalda una cinta verde á que se avalanzó Felino, si lleno de gloria, no falto de gusto con el nuevo favor.

Diéronle muchos parabienes los dos, pues eran justos, no sobraban, que la prenda viniendo de tal dueño se puede imaginar lo merecía todo.

Llegaron á las puertas de sus chozas y cada uno se entró en la suya, dejando diputado el dia siguiente y aplazado para la narración de la historia de Arsindo.





LIBRO SEGUNDO.

Del premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja.

Ya la oscura noche de su turno silencio iba dando fin, ahuyentando el sueño á los dormidos, y allegando la alegría á los montes, y la luciente esposa de Titan iba mostrando entre arreboladas cortinas el dorado resplandor de su divina cara, dando á las fuentes agradable risas y á los prados nuevos colores, donde á porfía las dulces Filomenas, entre motetes sonoros, renovaban la desdicha, si pasada, presente en sus memorias, y ya la hermosa Clicie, esparciendo sus hojas levantadas en pimpollos, pedían las al-

bricias á los marchitos prados de la venida de su querido Apolo.

Finalmente, ya la mañana coronada con guirnaldas de madreselva y tréboles, venía alegrando el orbe, y ahuyentando el manto de la oscura diosa, cuando de su cabaña salía el enamorado Felino y el ya pastor Arsindo á sacar fuera de los rediles las ovejas que por la venida de la noche había entrado á rumiar el pasto en el querido descanso, cuando de la suya salió Arselio casi medio soñoliento para hacer lo mismo, y echándole fuera, y Felino al suyo, se encontraron, y con el alegre semblante dando los buenos dias, Felino habló así:

—Muy enhorabuena vengas, amigo Arselio, á darnos gusto con tu persona, y á entretenernos con tu dulce plática, que te prometo qne si no salieras tan presto, juzgara que eras descuidado en las cosas de tus amigos.

—Por vida mia, respondió Arselio,

que has hecho bien en ganar por la mano, y parece que me has cogido el pensamiento. Pero dejando esto, ¿cómo os ha ido á vos, discreto mancebo, con la compañía de Felino? Aunque según imagino de la nobleza suya y entendimiento vuestro, no puede dejar de ser muy conforme el hospedaje á la persona.

—Mucha m. me ha hecho Felino, respondió Arselio, cuya paga, ya que no con las obras, pueda igualar con el agradecimiento; me parece me podrá ser parte para ello, por cierto que no entendí menos de su persona ni de su grande voluntad.

—Dejemos eso, respondió Felino, que mis fuerzas son pocas para lo que vos mereceis; más oid por vida mia que nos tienen cogida la delantera la hermosa Amarilis, la bella Grisalda y aun otra pastora más con ellas, á fé que yo entendia fuésemos los primeros que visitásemos el puesto de la fuente, y

ahora no sé yo que disculpa podamos dar á lo que nos imputaren. No hagamos ruido, por que las cojamos de repente.

—Antes no, dijo Arselio, mas por tu vida que cantes alguna cosa á sus venidas y á la del sol que con ellas sale, para fomentar su luz con la de los rayos de ellas.

—Has dicho muy bien, dijo Arsindo; Arselio, por tu vida que no repliques.

—Digo que por ser cosa, respondió Felino, con que yo tanto gano, haré lo que me mandais.

—Toma este rabel, si te parece, dijo Arselio.

—Nó, que quiero, respondió Felino, me sirva aquesta zampoña, que ha dias que no hace su oficio.

—Sea de modo el canto, dijo Arsindo, que llegue no más de aquí á la fuente.

—Así será, respondió Felino, que

quiero pagarles el mucho gusto que ayer nos dieron con el suyo.

Templó la ponzoña y comenzó.

Que de dias ha esperanza
Que el amor os entretiene,
Y cuanto ha que el gusto os viene
Entre recelo y mudanza:
Si el desengaño os alcanza
Sin gozar lo que esperais,
No sé esperanza en que estais
Estribando, pues es cierto
Que me teneis casi muerto,
Por gozar lo que aguardais.

Sale el sol con rayos de oro
Por dar al campo alegría,
Pasa un día y otro día
Sin que tenga fin mi lloro.
Este estremo siempre adoro,
Más naciendo de tal prenda,
Quién creerá que amor le ofenda,
Pero moviendo los labios
Digan que son sus agravios
Para mi pecho de ofrenda.

Aunque es la esperanza tal

Que adormece mis sentidos,
Júzgolos por bien perdidos,
Siéndome la gloria igual;
No siento el penar por mal,
Siendo la causa tan bella;
Del cielo luciente estrella,
Cuya luz al sol admira,
Pues si mi pecho suspira
Le ahuyenta la querella.
Al campo he salido ya,
Mirad si puedo entender,
Que no puedo merecer
Los bienes que amor me dá,
Que si dando gloria está
El sol, aunque bello sale,
Creo que nunca le iguale,
Que si él á matar se atreve
Con rayos, ella con nieve,
Que por ser suya más vale.
Si Apolo los campos frisa
Con sus lucidos primores,
Ellos le ofrecen las flores,
A mi dueño que los pisa,
Las fuentes rebozan risa,

Entre sierpes de cristal,
Solo por mostrar igual
El contento y la alegría
Que con su venida el dia
Muestra en apariencia tal.
Y es tanta su hermosura,
Que si el alma vierte perlas
Es solo para ofrecerlas
A tan suprema ventura,
Que por verse en tanta altura
Con purpurado arrebol,
Las cambia de su crisol,
Por reliquias de Diana,
Y así alegre la mañana
Le da dones con el sol.

Ya las pastoras, oyendo el llanto, estaban apercibidas para darles las gracias del alegría, que con su venida y música les habían dado. Y así como llegaron, que fué el tiempo que acabó el canto, dijo Grisalda:

—El cielo, galanes pastores, os aumente el gusto que dándoos las buenas mañanas, nos habeis causado con los

dulces acentos de vuestra música. Buena paga para el gusto que tenemos las que estamos aquí de vuestro gusto, que bien parece, según el regocijo teníamos, adivinábamos el alegre rato que esperábamos, y bien sabe Amarilís y Fenicia (que se llamaba así la otra pastora) cuan largos dias me parecían los momentos que os tardábais.

—En nombre de todos agradezco los favores que nos habeis hecho, dijo Felino, más prométoos qne nos lo debeis por lo mucho que vuestra ausencia sentíamos.

—No en balde, dijo Arsindo, se mostraba el camino tan abundante de flores hermosas y olores fragantes, dando á entender que vuestras plantas les habían pisado, y vuestros ojos divinos con sus rayos fertilizado. Y el Alba no en balde había dejado este agradable sitio tan colmado de rosas y jazmines, para que entretejidos unos con otros formasen tapetes, si bien llenos

de hermosura, no avarientos de artificio suyo. Y el dorado Febo, no en balde apresurando el curso de los antípodas, había rasgado las cortinas funestas de la noche para venirse á estender en nuestro regazo y á influir en los prados nuevas rosas, para que os sirviesen de suelo.

—Por tu vida, dijo Amarilis, que no pases de ahí, que pensaremos mientras más nos fueres alabando es para humillarnos más.

—Ha dicho muy bien, dijo Fenicia, que aunque yo no os conozco, por parecerme verdad, á afirmar me atrevo lo dicho.

—Grande agravio haceis á vuestra belleza, respondió Arsindo, y á mí en pensar imaginación tan temeraria: á vosotras, porque supuesto que no tengais por qué hacer ó formar razones falsas contra vosotras, entendeis mal en ello; á mí porque si mi pecho nunca supo fingir, ni decir mentira donde la

verdad está clara, ni aun donde está oscura, es afrentarme y tenerme por hombre de ella.

—Bien probada está la intención, dijo Grisalda; basta no más, que yo os prometo que entendeis al contrario de lo que se entiende de vos.

—Déjese eso ya, dijo Arselio, y sentémonos un poco, que me parece que ya es hora de ello, por ir subiendo Apolo con su acostumbrada carrera por nuestro horizonte.

—Bien dices, dijo Felino, mas ordena primero de dividir nuestro ganado y el de estas zagalas, para que se apacienten y gocen bien de los regalados pastos.

—Yo voy pues, dijo Arselio.

—Volvamos al canto, dijo Arsindo, que me pareció muy bien.

—Y el modo de la poesía, ¿cómo se llama?

—Llámase Espinelas, ó décimas,

respondió Felino. Décimas se llaman porque tienen diez versos, y Espinelas porque su inventor primero fué aquel insigne ingenio de Vicente Espinel, que no dudo que si fuese en tiempo de romanos le levantasen estátuas de oro, que mostrasen la excelencia de tan sublime hombre.

—Prometo, dijo Arsindo, que es el modo de las Espinelas la mejor poesía ó de las mejores que en tiempo nuestro y antiguo se ha usado. Pero juráralo yo que fuesen ellas hijas de tan grande autor. ¿De dónde es natural, si sabeis?

—Es, dijo Felino, del nuevo edificio de la antigua Munda, ciudad eternizada y levantada en las alas de la fama solo por su ingenio, que cuando de ella no hubieran salido otros ingenios, bastará el suyo para que estuviese siempre en la memoria de los hombres.

—Muchos días ha que le conozco por la fama, dijo Arsindo, no por la

persona, aunque he estado yo en su patria muchos dias, pero espántome cuán poco ó nada estuviese donde nació, siendo como dicen la patria madre amada y regalado sitio, y se fuese tan de asiento á la corte de aquel gran Monarca Filipo.

Dijo Felino,—lo que yo puedo entender de aqueso es, que como el cielo le dió tan grande é insigne ingenio, no quiso emplearlo ni envejecerlo en un lugar tan corto como Munda, que aunque es grande, verdaderamente para semejante hombre era humilde cabaña.

—Mucho me holgará, dijo Arsindo, estar en parte donde poder ver á ese mónstruo de naturaleza; porque ¿quién duda que los señores y príncipes le estimen y honren como merece?

—Eso es cierto, dijo Felino, y tanto que decirlo yo será humillarlo por merecer que le alabe hombre más entendido.

—De hoy más me tengo por dicho-

so, díjo Arsindo, por ser cerca de la patria de tal hombre.

—Bien puedes, dijo Felino, y aun cuando le nombres venerarlo, como los gentiles hacían á Apolo, pues lo merece su ingenio.

—Yo quiero preguntar, dijo Amarilis, una cosa que os oí decir: ¿En qué fundais ser de la poesía las décimas de la más estimada?

—Yo os lo diré, dijo Felino: en que siempre vereis que no las hacen hombres ignorantes ni que saben poco, porque para hacerlas buenas, es menester tener muy buen entendimiento y discurso, y en que dejan una dulzura y sabor en el alma con los últimos acentos grandisimo, y sinó miradlo en esta que se me acuerda del propio autor:

No hay bien que del mal me guarde
Temeroso y encogido,
De sin razón ofendido,
Y de ofendido cobarde;
Y aunque mi queja ya es tarde,

Y razón me lo defiende,
Más en mi daño se enciende,
Que voy contra quien me agravia,
Como el perro que con rabia
A su propio dueño ofende.

—Gran cosa es por cierto, dijo Arsindo.

—¿Paréceos, dijo Felino, que me fundo en razón?

—Sí por cierto, dijo Grisalda, y aun es poco lo que habeis dicho.

—Dese fin á esa conversación, dijo Amarílis, que parece que viene Arselio, y aun los pastores de ayer.

—Dijéronme, dijo Fenicia, que Roselio había estado furioso ayer. ¿Qué fué la causa?

—No sabemos, dijo Amarilis, ya la sabrás cuando vengan.

En este tiempo llegó Arselio por una parte, y los demás por otra, y saludándose se sentaron; solo Roselio no vino, que con el grande trabajo del dia antes había quedado cansado y no pu-

do salir al prado ni venir á apacentar el ganado, lo cual dijo Senicio, preguntándole Felino por él.

Acomodáronse todos y despues dijo Grisalda:

—Pues todos están suspensos, yo quiero hablar y rogarte cuentes la historia aplazada.

—A mí dirás, dijo Arsindo.

—Sí digo, respondió Grisalda.

—Pues alto, dijo Arsindo, comienzo, y si la narración no fuere tan buena que os agrade, palialda con las varias cosas que en su discurso hallareis.

Junto de las rubias arenas que el espacioso y ancho Mediterráneo baña con sus ondas espumosas, ofreciendo en don, y por tributo los escamados peces que sustentados con verdes ovas sirven de agradable manjar á los mortales, á la parte de Levante del monte Calpe, que en grandeza compite con las nubes, bien cerca de aquí hay una aldea muy abundante de los bienes de

naturaleza, y colmados de yerbas sus campos para dar sustento á la muchedumbre de ganados que en su espacio cria, llamada Manilua, ésta, pues, fué mi patria de nacimiento, aunque ojalá pluguiese á Dios lo fuese de crianza; allí mis padres me engendraron, y nacido dieron por nombre Arsindo, aunque mejor me fuera no nacer, para no gozar de tantas desdichas y haber pasado por tantos millares de ellas. O ya que nací (despues de tener parte de los bienes de Dios) me muriera, pues fuera á gozar el alma de su Criador en estado de gracia, fuí creciendo en edad, y con ella aumentándose mis disgustos; desde que tuve ocho años me enviaba mi padre con mi ganado al campo para que le guardase y tratase como á hacienda mia; más yo que nunca fuí inclinado á las cosas agrestes, pedí á mis padres me enseñasen á leer y escribir, y las demás cosas que los hombres principales y bien nacidos aprenden.

Hay cerca de allí ocho leguas una ciudad que ya habeis nombrado, muy llena de buenos ingenios y populosa de bienes temporales y regalos del verano, y donde se estudian y enseñan letras divinas y humanas por haber quien con cuidado las enseñe, llamada por quien no la sabe Munda, cuyos edificios son tan bellos, que en todo este reino ni aun en todos los de España, puedo decir, que hay ciudad más fuerte y abastecida de todo; aquí, pues, tienen mis padres algunos parientes, uno de los cuales me llevó á su casa donde estuve con general aplauso suyo, de muger é hijos.

Anduve á la escuela, salí de ella; pusiéronme al estudio, estudié latín, no con cuidado, por irme divirtiendo en cosas que si importaban al gusto, dañaban al alma, que no hay peor cosa para un mozo ó mancebo, que irse deslizando tras de los deleites, pues es cierto le han de llevar al estado en

que yo me veo, y aun doy gracias á Dios porque no estoy en otro peor.

Tasadamente venía de los estudios, cuando arrojaba los libros en un rincón, como si no me fuesen de algún provecho, por irme á mis pasatiempos (que están sobrados en aquel lugar por todos caminos); cuando hacía señal la campana para ir á las escuelas, tomábalos con tanta pesadumbre, como si fuesen la porra de Hércules ó la peña de Sísifo, y como iba de mala gana, así aprendí de mala gana, aunque no tan poco que totalmente dejase de saber algo, y aunque fuí inclinado á los regalos y gustos de mozo, no por eso olvidaba el tratarme como quien era y estimar mi persona, acompañándola con los principales de aquel lugar, á quien siempre fuí aficionado por haber muchos en ella; más como de ordinario los forasteros que en tierras agenas son estimados, no dejan de tener émulos y ser envidiados, siguióme á mí aquesto,

de modo que me fué de daño para lo que adelante diré: porque hay alrededor de los muros de aquella ciudad unas comadrejas que siendo de generación tan baja como son, procuran siempre subir hasta las torres y muros de ella, para minándolas ver si pueden arruinarlas y echarlas por tierra, cosa que causa grande inquietud.

Sucedió, pues, que yo y un mancebo de los más entendidos de aquel lugar, y principales, llamado D. Diego Varona Aranda, ordenamos de ir á ver un edificio, si suntuoso, digno de ser visto de todos los hombres del mundo, para dar mil gracias á Dios y á la naturaleza de haber dejado formar una cosa tan rara y tan digna de alabanza que le llaman la mina. Llegó la tarde y con ella nosotros, para ir al plazo diputado de que yo tenía deseo, porque como digo era forastero y no le habia visto; fué con nosotros un criado suyo que llevaba un hacha ó antorcha en-

cendida para poder mirarla con más gusto y comodidad, por estar algo oscura.

Abrió las puertas el portero, entramos dentro, fuimos descendiendo los escalones, que son tantos como trescientos sesenta y seis, poco más ó menos, enmedio de los cuales está un estanque de agua tan fresco y lindo que cuando para el verano no hubiera otra recreación, bastaba solo para entretener y agradar, y ha se de entender que aquesta mina con sus escalones van fundados en un peñón solo, yendo hueco, con muy grande espacio hasta el remate que llega al rio que le baña sus orillas; fuimos poco más abajo, entramos en unas salas muy bien hechas y proporcionadas, con unos balcones ó ventanas que salen á la parte del rio, y á gozar de otros tajos que están enfrente, cuyas agudas puntas ponen tanta admiración, y otros peñascos que están en el rio, por entre los cuales

corre el agua rimbombando y haciéndosea pedazos con su precipitado curso, que sin duda yo imagino aquellas peñas y apartamientos de tajos quedasen desde el diluvio general de aquella manera. Vímosla toda muy bien, despues de haber estado una gran pieza, contemplando aquella obra morisca que para ser tan curiosa no pudo ser que otros la hiciesen.

Subimos hácia arriba, yo el postrero, y al subir de la sala quedeme detrás y ví tirarme del ferreruelo, y una voz que me dijo: vuelve mañana solo, que te importa á tí y á mí tambien. Con esta voz, aunque me alteré, y preguntó mi amigo:—De qué os alterais? Respondíle que de nada.

Acabamos de subir, fuimonos, despedime del; fúime a mi casa con aquella imaginación que formaba en mi fantasía mil quimeras y mil varios pensamientos. Ya decía: ¿qué visión es esta ó qué puede ser cosa que solo me

quiera, y á mí más que á mi compañero? Sin duda quiere Dios por aqui avisarme me aparte de algunos malos pasos en que ando. Ya decía, nó; porque cuando mis iuclinaciones fuesen totalmente depravadas, ministros hay y tiene Dios para oyéndoles se siga el camino más verdadero, que aunque parece que lo dicen generalmente, á cada uno en particular, le están metiendo aquellas flechas divinas por las entrañas. Ya decia, ¿si es éste algun encantado de los que dicen hay en esta ciudad. Esta imaginación me cuadra.

Finalmente, con estos y otros pensamientos pasé la noche, no durmiendo, mas sobresaltado, porque tasadamente cerraba los ojos cuando me parecía, ó me venía á tirar de la ropa ó de algún pié, con que el corazón si le tenía ancho para todas las cosas, confieso que era mayor aquella noche una nuez que él.

Llegó la mañana, levanteme de la

cama más temprano, y con más cuidado que los demás dias, á que mis parientes espantados dijeron que qué tenía que hacer ó qué disgustos tenía para levantarme tan presto; yo dije, que no me sentia bueno y quería coger el fresco, de más que tenía un negocio que hacer.

Estuve aguardando entrase el dia, siempre con deseo se acercase hora para poder ir, mas como estaba con aquel disgusto y congoja, y se me hacía cada momento un dia, determineme á ir antes de medio dia dos horas; fuí, llegué al portero, abrióme las puertas, entré dentro sin llevar luz, porque aunque hacía oscuro, no tanto que me evitase el poder ir. Fui descendiendo por las escaleras, con el temor que en tal trance podreis imaginar.

Llegué al estanque, donde se hace un breve espacio de lugar, y allí hallé un moro que me estaba aguardando, de buen talle, buena persona y muy bien

puesto. Así como le ví, alteréme; cubríme de un sudor frío; comenzóme el corazón palpitante á dar grandísimos saltos en el pecho, y deteniéndome yó, llegó el moro á mí, y asiéndome del brazo, me dijo:

—No temas ni te escandalices de verme en este hábito, ni donde estoy, pues de verme tú, nacerá tu bien. El que te llamó ayer fuí yo, por mandato de mi señor que tiene este edificio que le sirve de portada, y otro que está debajo mucho mejor, le sirve de recreación y vivienda; de buena ventura eres, sígueme llegado á mí por donde te llevare, y advierte que no hables ni nombres ningún santo de los tuyos, porque será echarte á perder á tí y á nosotros.

Yo atónito de lo sucedido, le respondí:

—Guía y no procures de lo demás, que ánimo tengo para todo lo que quisieres.

—Ea, pues, dijo el moro, ásete á este almayzal.

Asime á él, entramos por un resquicio del estanque, fuimos andando y descendiendo por otros escalones, no tan anchos como los de arriba, aunque tan oscuros, que de ninguma manera aunque íbamos tan cerca no nos veiamos uno á otro. Parecióme con la consideración, que iba bajando por donde Orfeo por su mujer Euridize.

Acabamos de bajar los escalones, que me parece serían hasta cincuenta, al remate de los cuales entramos por una sala muy hermosa, ricamente aderezada, y luego por una puerta que salió á un patio muy grande, lleno al rededor de jardines, cuyas hojas no se parecían con la muchedumbre de los alelíes y mosquetas que tenían, de que que salía tan agradable olor, que parecía un nuevo paraiso.

Entramos por otra sala de enfrente, subiendo por unos escalones de ala-

bastro trasparente, y las losas de las paredes de mármol Pario; subimos á los corredores, que eran de un bruñido marfil, que os prometo así que los ví, con los techos de unas tablas pardas y lisas, entretejidas con muchos lazos de nácar, entendí ser las casas del sol. Enmedio del espacio de los corredores estaba una portada de arco, con unos mármoles grandes de finísimo pórfido, y las cornisas de arriba con lo de atrás, de un jaspe remendado que suspendía el ánimo y entretenía la vista.

Entramos por ella, de donde salieron cuatro moros de buenas estaturas, grandes y bien hechas, y cogiéndome enmedio, como acompañándome, entramos por otra sala muy bella, adornadas las paredes de unas colgaduras de seda y brocado muy finas, cuyos suelos estaban llenos de unas alfombras más ricas que damasquinas, tan grandes y de tanta labor que cogían de una parte á otra. Entramos en una recámara, don-

de estaban en un estrado muchas almohadas de terciopelo azul, sobre alcatifas del mismo color, en las cuales estaba recostado un venerable moro, de aspecto grave y amable presencia, el cual como sintió que entraba, sentóse sobre una de ellas, mostrando alegria de verme, halagándome cen el rostro y con palabras, y sentàndome junto á sí, mandó que saliesen fuera todos los que allí estaban, y cuando estuvimos solos habló de esta manera:

—Sabrás, honrado mancebo, que para lo que te he mandado llamar, tratándote con la familiaridad que ves, es para darte cuenta de quien soy, y porque sé que de tu generoso pecho me puede venir el remedio que espero. Yo soy el rey Celimo, tan fuerte como poderoso, y tan valiente como mis hechos lo han pregonado, cuya córte la tuve en una ciudad que cerca está de aquí, colonia, que fué antiguamente de los romanos, tan populosa y opulenta (cuan-

to ya está arruinada de los tiempos) lo muestran los suntuosos edificios y chapiteles altos. Aquí, pues, despues de la perdición de España, me retraje, pareciéndome, como era verdad, ser la ciudad más fuerte de toda la Vandalia, que vosotros llamais Andalucía, asenté mi córte, edifiqué casas Reales dignas de mi persona, gocé en paz y tranquilidad de mi Reino, teniendo por mujer entre muchas una que en belleza no tenia igual, llamada Celinda. Esta, pues, como mi edad íba declinando, enamoróse de un hijo mío, si es justo que le dé este nombre, pues sus obras no lo fueron de tal, llamado Zale, que era el mayor de los que tenía; yo acostumbraba por divertirme y pasar el tiempo de la vida en entretenimientos regalados y gustos apacibles, salir á caza de montería, de que estos montes han abundado siempre. Salí una tarde, que fué la última de mi alegría y la de las vidas que en la ciudad quedaban, en la

cual si tuve presagios tristes de mi total destrucción, bien lo darán á entender los que diré. Tasadamente salimos al campo, cuando alborotándose mi caballo, comenzó á hacer corcobos y dar brincos, anhelar por las narices humo, y fuego por los ojos. Yo atemorizado, comencé, si á sentir notable temor, á erizárseme el cabello, espeluznárseme la barba, con una nueva visión, negra, triste, espantosa y abominable, con tanto estremo, que fué milagro de Alá no quedarme muerto allí, quizás porque supiese y viese las cosas de los tiempos presentes y tantos que han pasado.

Yo le dije: ¿Quién eres? ¿Qué me buscas? ¿Qué me atormentas? Espectáculo funesto.—Si quieres algo, dilo para que yo lo haga, sinó vete, no me martirices.

A las cuales razones, respondió:

—Ay de tí, Celino, y de tu casa.

Y acabándolo de decir, con la misma velocidad desapareció, y yo con se-

mejantes razones le comencé á llamar, diciendo:

—Espera, espera, no me dejes con tan grande confusión, declárame más esas palabras que tan preñadas me dices, á las cuales mis criados que iban delante y otros muchos, acudieron, y hallándome alborotado me preguntaron qué era la causa de mi alteración, á que yo respondí lo que me había pasado; con que algunos fueron de parecer que me volviese á mi ciudad y no la desamparase por una hora. Pluguiera al cielo lo hiciese y no sucediera lo que sucedió! Otros, que fueron más, dijeron que no hiciese caso de agüeros que no llevaban camino, y mintieron, porque claro está que no en balde habia venido aquel á decir las palabras dichas.

Finalmente, seguimos la caza, y aunque verdaderamente, así el sitio como los muchos regalos que mis criados me hacían, bastaban á alegrar cualquiera tristeza, no pude tomar descan-

so ni alivio, y así más temprano que los demás días, me fuí á la ciudad donde (ay de mí! que en decirlo me enternezco de nuevo) hallé las puertas cerradas, los muros llenos de gente en defensa contra mí, que el traidor de mi hijo había prevenido y juntado, por casarse con mi pérfida mujer Celinda, y alzarse con el Reino y mis tesoros.

Yo entonces, ya podrás ver lo que pude sentir, retiréme corrido y afrentado, echando mil volcanes por los ojos y por la boca, y con la poca gente que llevaba de la caza, y otra más que de mi parcialidad se me allegó, sin poder sosegar, en el silencio de la noche, cuando el traidor, causa de mi deshonra, estaba en sosiego, aunque con algunas atalayas los muros, fuime acercando y pegué fuego á la ciudad, ayudándome un deshecho levante que atizaba las llamas que se encendían. Retirámonos, y aunque desde lejos oimos una algazara de los de adentro, dicien-

do: ¡fuego! ¡fuego! ¡traición! ¡traición! Acudieron á remediarlo y cuantos más acudían, más se quemaban. De modo, que totalmente vinieron á quemarse muchísimos, y pocos escaparon, que por entre las llamas salían medio qnemados.

Fuí luego á otro Rey cercano, pariente mío, que cerca de aqui tenía su Reino, y con la gente que me dió y la que yo tenía, buscando, buscando donde poblar otro nuevo lugar tan fuerte, me pareció acomodado aquí este sitio, y así le fundé en tan agros espacios, haciendo aquesta mina para subir agua arriba á la ciudad, cuando estuviésemos cercados.

Parece que despues de fundada, como los hados no quisiesen concederme quietud cumplida, estando en el tercer año de mi Reino, en esta nueva Munda, y entrando á ver esta mina me convidó un morabito mágico que entre estas peñas habitaba, para que viese y

gozase de aquestos amenos lugares; vinime con él y los demás moros principales que aquí están conmigo, donde desde que entré jamás he salido, habiendo tantos años que ha ya que estoy en él, porque yendo mirando estos suntuosos palacios, fabricados por su arte y ciencia, me dejó encantado de la manera que me ves, sin poderme resistir á las fuertes ligaduras que con sus palabras me echó, y así algunos días preguntándole por qué causa había usado conmigo rigor tan grande, me dijo, que muchos años antes que sucediese aquella ruina de los godos y perdición de sus reinos, teniendo noticia que en estos lugares hallaría muchas yerbas convenientes para ejercer su arte mágica, entrando por aqueste lugar halló una cueva no muy grande, donde así como entró se halló encantado también, y un letrero que decía: que encantando el primer rey arábigo que aquí fundase, saldría de aquel encantamen-

to y quedaría libre de él, y me ha dicho que el que lo hubiere de desatar ha de ser un mancebo altivo de pensamientos, fuerte contra sus enemigos, desdichado por estremo en las cosas de amor y aun en las demás, perseguido de envidias.

Yo te sé decir que no ignoro que deje de haber todo esto en un hombre solo, porque en aqueste lugar todo cuanto hay en él es lo mejor que naturaleza pudo mostrar con liberal mano; pero una cosa hay algo dañosa, y no poco, que es lo que habla. Este me ha dicho este morabito, y asi me ha parecido llamarte á tí para que hablando con él, por lo que muestras, pueda ser que seas el remedio nuestro y bien tuyo, porque serás participante de muchas riquezas que hay en aqueste lugar.

—Hasta aqui, amigos pastores, estuvo hablando el rey Zelimo, cuando me parece que siendo tarde, y querien-

do yo responderle á la plática que me había hecho, admirado con el estremo que semejante caso pedía, no me dejó, porque le trajeron de comer á su usanza. Puestas las mesas en vez de bufetes sobre las propias alcatifas que en el suelo estaban y me hizo comer con él tanta diversidad de manjares, que os puedo afirmar que dudo haber en España quien tan bien coma, con tanto aparato de plata y de criados, que yo no sabía si nombrarme rey ó si era sueño, ó si era encantamento todo aquello que veia.

Acabóse la comida opulenta, al cabo de la cual vinieron diversos instrumentos tocando, que si va á decir verdad yo no veia quien los tocaba, más de que oia las voces ó sonidos de ellos, y despues de dado fin á todo, le respondí de aquesta manera:

—Ya que vuestra alteza me ha querido, señor, honrar de aquesta manera, engrandeciendo mi persona y favore-

ciéndome de aqueste modo, imagino que ninguno ni más diligente, ni con más gusto pudo hallar que arriesgue vida, gusto y honra por servirle, como se verá; porque cuando yo no saque otro premio de ello más de servirle á vuestra alteza, ¿qué mayor puede ser, ni cuál puedo hallar más ajustado á bien? Póngase luego por la obra, y se verá mi voluntad, y no ser fingido ni cumplimiento lo que digo.

Agradeciómelo Celimo, y echándome al cuello los brazos, me dijo:

—Bien confiado mandó que te llamasen el Maxico, pues muestras bien la buena sangre de donde desciendes y que en el pecho tienes.

Mandó llamar un moro grave para que avisase al morabito, que viniese á la recámara donde estábamos, lo cual hizo con diligencia, sabiendo estaba yo allí. Vino acompañado de algunos criados. Una barba hasta la cintura, cana, muy flaco, los ojos sumidos, la nariz

grande, un paño ó tohalla atado en la cabeza, que le caia atrás gran parte de él; un almayzal blanco, puesto encima de un medio baquero de lo mismo que traia sobre unos calzones blancos, y unos pantuflos en los pies; y así como entró saludónos y sentóse allí junto en otra almohada, hablando así:

—Ya sabrás por lo que Celimo te habrá dicho, todo lo que hay y contienen aquestos edificios, y que con más espacio verás viniendo mañana, por lo cual quiero hacer primero las congeturas para ver si podrás tú ser el autor de nuestro bien.

Llamó un criado y mandó traer un gallo que para aquel propósito tenía, y mandólo poner sobre un bufete grande, donde al rededor de él estaban todas las letras del A. B. C. en arábigo, y en cada letra un grano de trigo, de modo que hubiese tantos granos como letras, y puesto enmedio el gallo, mandó salir á los criados, dejando solo el gallo un

breve espacio, al fin del cual fué á ver los granos que había comido y de qué letras, y halló que había comido siete granos de trigo de siete letras, que contenían un nombre, las cuales juntas vieron que decía Arsindo, y preguntándome cómo me llamaba, hallando que dije el mismo nombre, me abrazaron los dos con grandísimo gusto, y dijo el mágico:

—No hay que hacer más supersticiones que las hechas, que clara y evidentemente me está declarando nuestro bien, y echo de ver el gusto que se nos espera. Ahora bien, gallardo mancebo, si quieres irte, vete, y mira que te rogamos así el secreto, como el venir por acá mañana, pues ves lo que nos importa.

Despedime de ellos, fué el moro que me había acompañado á la venida, á la vuelta conmigo, hasta que me dejó en el lugar que me había llevado.

Subí las escaleras, llegué á la puer-

ta que estaba cerrada, comencé á dar golpes, acudió el portero, abrió y me dijo qué había hecho allá abajo, que ya entendía hubiese salido muchas horas había, á que yo le respondí:—Vine temprano como vísteis, traje de comer y por estarme al fresco en aquella sala de abajo, me he dormido muy á mi gusto y pasatiempo. Creyólo, y yo salí, fuíme á mi casa, hallé con cuidado á mis parientes, por la tardanza mia, á que yo satisfice con decir habia sido convidado de un amigo.

Llegó la noche con que quedaron quietos y yo lleno de sobresaltos, no sabiendo en que había de venir á parar aquellas cosas. Pareçíame que habia sido sueño, y que yo durmiendo lo habia soñado, y por otra parte me causaba una grande confusión el haberlo visto por mis ojos. En este tiempo, aunque yo estaba divertido con algunas cosas de amor, que me causaban alguna fatiga, todas las olvidaba con el nuevo

cuidado. Ya decía, válgame Dios, qué cosas son estas en que me ha envuelto la fortuna, qué diversas imaginaciones, qué aparentes encantos. Ruego al cielo que si no han de ser para mi bien, me encamine por otro camino y me aparte de esto.

Dormí aquella noche toda metido entre los moros, con quien habia estado, tanto puede la fuerza de la imaginación. Desperté por la mañana, levanteme con más cuidado, tomé alguna comida para hacer la desecha con el portero.

Entré en la mina, fuí descendiendo por las escaleras abajo, donde hallé á mi moro que me estaba aguardando. Entramos por el ya dicho resquicio, y descendiendo las escaleras, venimos á hallarnos en la sala primera. ¿Quién creerá que iba contentísimo, tanto cuanto el anterior dia medroso; porque como yo fuese de remontados pensamientos, y para sustentarlos fuese pobre, el

ánimo de ver si podría por allí subir á las nubes, me quitaba el miedo, más Dios lo ordenó de diferente manera, para que no me alabase de ello. Pasamos de la sala, entramos por el patio, que miré con gran cuidado la hechura suya, para despues de haberlos desencantado, hacer yo con las riquezas que sacase otro tal.

Subimos las escaleras, pareciéndome que ya tenía en mis casas otras tales; llegamos arriba, y á la primera puerta donde estaban en ella los cuatro moros para recibirnos; entramos dentro, y por las salas á la recámara, de que se holgó mucho Celimo con mi venida. Hízome sentar cerca de sí, estaban las cosas y todos con una nueva alegría, que así como me vieron les retozó en el pecho á todos. Al fin sentéme, y despues envió á llamar al morabito el rey, que vino luego con mucho mayor acompañamiento que el de antes, y así como me vió abrazóme y dió-

me la bienvenida con mucha alegría.

Como yo me veia tan acariciado y servido, me animaba más para salir con la empresa.

Dijo despues el morabito de haber hablado gran rato:

—Pues cumpliste tu palabra, yo tambien quiero cumplir la mia de enseñarte las recreaciones de que gozamos, y por amor de ti ha de ir Celimo con nosotros para espaciarse y aliviar su tristeza, pues su pena se va acabando.

Levantámonos todos, salió el acompañamiento de moros que allí estaba con nosotros, y descendimos, no por las escaleras, ni puertas por donde habíamos subido, pero por otras que detrás de la recámara estaban, que salian á un pequeño patio que hacía, adornado de muchas paredes curiosamente labradas y hechas, por las cuales estaba una puerta no muy grande que salía á un hermosísimo y amenísimo jardin,

donde parece que Amaltea se habia esmerado en verter su copia, y Flora en guarnecer las enlazadas alfombras de yerbas que hacían. Enmedio del cual jardin estaba una fuente con doce caños, cuya agua de cada uno caia en una pila de alabastro que estaba encima de un mármol hueco, que venia descendiendo, y al remate de cada mármol estaba otro caño, el cual y todos eran de finísimo oro, y estos últimos caños de abajo caian en una pila de que estaba cercada, muy bien hecha. Estaba en el remate de la fuente una estátua, que si no era de diamante, á lo menos era de un cristal tan transparente, que dando de sí muchos rayos, dejaban sin luz los ojos que la miraban.

Estuvimos contemplando la fuente, por ser aun más bella de lo que he dicho, y fuimos luego por una senda que entre unos blancos álamos se hacia y entre ellos unos verdes ramos de tréboles y madreselvas que daban un olor

suavísimo al olfato; íbamos andando, y al ruido de los pasos seguian otros de harpados picos de sonoras aves, de dulces ruiseñores, verdes canarios y amarillos jilgueros, de modo que verdaderamente era más lugar de gloria y descanso, que no de cuidado é inquietud. Al fin de la cual calle ó camino, vimos tres tan conformes que no se podia distinguir en la proporción de ellos, y muchos mirtos que tenían, si eran diferentes.

Fuimos por el uno, y andando un breve espacio nos hallamos en un laberinto tan bien formado y con tanto artificio de yedras en arco, que hasta ahora estuviéramos en él si el Morabito no nos guiara, que andando perdidos los tres juntos, riéndose nos volvió á sacar fuera; salimos al propio puesto de los tres caminos, que despues de haberlo visto todo y cada cosa de por sí, que por no cansaros no lo digo, nos volvimos por donde venimos antes, á

la fuente referida, y luego por el patio y las escaleras á la recámara, donde por ser hora de comer estaban puestas las mesas; sentámonos á comer, donde no hubo menos aparato que antes: comimos, alzáronse las mesas, y despues de acabado todo lo tocante á la comida, el mágico dijo estas razones.

—Por tu vida, dijo Felino, Arsindo, que esas razones se queden para despues, que pues tú has comido tantas veces con ese rey, justo será que comamos ahora todos nosotros una.

—Muy bien ha apuntado, dijo Arselio, Felino, que me parece es ya medio día y aun más.

—Yo prometo, dijo Grisalda, que iba tan embebecida en la historia del encantamento, que casi había usado conmigo los mismos efectos.

—Ahora comenzaba yo á oir, dijo Amarilis, suspendida con tan varias cosas.

—Siendo el estilo tal del que las

cuenta, dijo Fenicia, que mucho es que usase el efecto en todos tan estraña aventura.

—Yo, dijo Senicio, callando digo más que pudiera con mi rudeza.

—Todos callemos, dijo Laureano, que mientras dijéremos algo, será ofender á tan discreto y cortesano mancebo.

—Basta por amor de mí, respondió Arsindo, no ensalceis tanto á quien no lo merece.

Dieron fin á sus razones y pusieron la mesa, donde comieron con grandísimo gusto y entretenimiento, y en el intermedio de la comida, usando de algunos comedimientos bien supérfluos entre ellos por ser amigos, de más de no usarse en semejantes lugares, dijo Felino:

—Veis, aquí estamos nosotros contentos con comer en estas albornias de palo, más que aquel rey estaba con comer en platos de plata.

—Esa es la felicidad que nosotros tenemos, respondió Senicio, pues nos contentamos con esto; harto mejor comida es aquesta que no la que dió el rey Alejandro á los suyos, cuando se casó con la hija del rey Dario; á lo menos, comida con más quietud y gusto.

—Por amor de mí, dijo Grisalda, pues habemos acabado de comer, la cuentes, que nos darás muy grande gusto.

—Que me place, por cierto, dijo Senicio. Habeis de saber, que despues de haber pasado Alejandro Magno por el rio Acesines, que está de estotra parte de los Gangarides, provincia que cae más allá del rio Ganges, y pasado por el Indo y bajado por el mar Atlántico meridional, y venido de la India con ciento y veinte mil infantes y quince mil caballos; y entrando por las tierras de los Horitas y Godrosios, y otras gentes, y atravesando la Persia llegó á la ciudad de Susa, cabeza de aquel reino,

y habiendo asentado sus tiendas reales, y mandado descansase toda la gente, determinó casarse con la hermosa Statira, hija del rey Dario, que había vencido, y á Ephestión, su privado, con Dripetis, hermana de Statira; y á los demás caballeros principales cada uno conforme á su calidad, teniendo bastantísimos tesoros para poderlo hacer, con lo que había robado en Susa, que dicen cargó diez mil carros y cinco mil camellos.

Con ellos y para aquestas bodas hizo un grandísimo convite, sentando á todos los desposados en sus mesas, que pasaron más de nueve mil, y las mesas eran noventa y dos, puestas en una sala con riquísimos tapices, que tenía de circuito quinientos pasos; además de aquesto les dió varias copas de oro á las mujeres, y capitanes para que se sirviesen y llevasen, y usó otra liberalidad grandísima, que fué el pagar los remates de cuentas á todos sus

soldados, que vinieron á montar veinte mil talentos, que venidos á sumar en nuestra cuenta hacen doce millones poco más ó ménos. Y duró aquesta fiesta por espacio de cinco dias, donde hubo grandes alegrias y fiestas, hechas así á Alejandro como á Ephestión, el cual como se había levantado tanto con la adulación que á Alejandro hacía, casi quería ensoberbecerse á estimarse en tanto, cosa que no tenía á mal Alejandro, ni lo vedaba, solo por ir con su gusto y adorarle con su lisonja.

—Por cierto, dijo Arselio, que es cosa que puede mucho eso de la lisonja, y más en nuestros tiempos, siendo cosa tan aborrecida de los santos y hombres contemplativos. Pero espántome que un hombre tan valiente como Alejandro, gustase de una cosa tan dañosa.

—Por tal lo celebran los antiguos y modernos, dijo Arsindo, y aunque lo era tanto, era en estremo vicioso, que

por eso se dejaba llevar del gusto de Ephestión.

—Cosa depravada es, dijo Felino, para todas las cosas, porque dice cierto autor que los lisonjeros y aduladores no tienen otro oficio, ni gasta su vida en otra cosa sino en disfrazar vicios, halagar y adular á los señores y encubrirles sus pecados, para que tampoco salgan de ellos.

—Y es cierto, dijo Arsindo, que es la lisonja semejante al eco, que resuena en los montes, que habla cuando hablas, rie cuando ries, llora cuando lloras, lo cual hacen los lisonjeros. Y así preguntàndole á Diógenes, qué mordedura de animal era la más ponzoñosa, respondió: de los animales bravos, la del maldiciente, y de los mansos y domésticos, la del lisonjero.

—A fé que conocía muy bien, dijo Senicio, las cosas del mundo.

—Cosa es que aborrezco, dijo Laureano, con todos mis sentidos.

—Por eso eres dado á la soledad, canto y poesía, dijo Grisalda, y eres tan diestro en todo. Por darnos gusto á todos, canta algo, que no faltará quien despues haga lo mismo.

—Porque no entendais, respondió Laureano, que me hago de rogar, haré lo que me mandas, bella pastora, pero ha de ser con condición que luego has de decir tú algo.

—Eso hará, dijo Arsindo, por amor de mi y de los demás.

—Yo lo acepto, respondió Grisalda, aunque es fuerte condición, porque no se deje el entretenimiento.

Templó Laureano, callaron todos, y luego dijo este soneto:

Con mezcla hermosa de cristal divino
Cifró el amor unas estampas bellas,
Adornadas de luz, que á las estrellas
Envidia causan, con fatal destino.

Son de nieve en su estremo peregrino
Y aunque de nieve, arrojan mil centellas,
Sirviendo con ardor de flechas ellas,

Para llenar el alma de amor fino.
 Estas son vuestras manos, niña hermosa,
Cuyo bruñido espacío nacarado
Perlas ofrece, si las almas liga:
 El alba está de verlas envidiosa,
Y pues miradas causan tal cuidado,
Tocadas qué harán, mi fé lo diga.

Pareciòles bien así la pintura, como el modo de él, y despues de haberle alabado, tomó el rabel Grisalda, y con gran desenfado cantó así:

 En un prado, entre las flores
Estaba el vendado amor,
Flechando una flecha en flor,
Por solo causar amores.
 Que como es siempre su oficio
Dar disgustos, y cuidados,
Gusta ponerse en los prados,
Solo á disparar por vicio.
 Puso a! fin la fuerte vira
Y aun bien descuidado pecho,
Tiróle, quedó deshecho
Con el fuego que hoy suspira.

Sintió la herida apenas
Del amor, furioso rayo,
Cuando con tierno desmayo
Cayó en las flores amenas.
Viéndola caer el sol,
Deteniendo su carrera,
Salió de su coche fuera
Para rendir su arrebol.
Mas ganóle por la mano
Otro que estaba en el suelo,
Que aunque llegó con recelo,
No fué su llegada en vano.
Alzóla, y puso en sus brazos,
Y cuando ella volvió en sí,
Dijo en viéndole: Ay de mí,
Dónde estoy? qué bellos lazos!
Si amor me quiso abrazar
Por tener de mí victoria,
Ya al fuego tengo por gloria,
Pues vengo ahora á ganar.
Dichosa yo, pues tus ojos
Resucitaron mi vida,
Que si la tuve perdida,
Ya se la doy por despojos.

Cuando esperaba querella,
Amor despues del efecto,
Hallo gustoso el sugeto,
Ella con él, y él con ella.
Así burlado y corrido
Con una cólera estraña,
Se emboscó por la montaña
Sin haber más parecido.

Celebraron las redondillas todos con grandísima risa, no tanto del asunto de ellas, cuanto del donaire y gracia con que las dijo, y así que acabó, dijo:

—Bien piensa Fenicia, que se ha de quedar sin muestras de sus gracias, pues yo no he de pasar por ello aunque los demás gusten de dejarlo entre renglones.

—Cuando yo, dijo Fenicia, las tuviera semejante á las tuyas, lo hiciera con muy grande gusto, sin que me lo mandaran estos zagales; pero sabiendo que han de reirse, grande disparate fuera el atreverme á ello.

—Bien está, dijo Laureano, gallarda Fenicia, tus discreciones son tales, que por no confesar que sabes, echas todo ese rodeo; por tu vida que digas algo.

—Callar y obrar, dijo Felino, que no hay respuesta.

—Digo, que supuesto que ha de ser, respondió Fenicia, venga el rabel, aunque no quisiera que se taparan los oidos todos.

Callaron, y ella al son de las cuerdas, con voz sonora, comenzó así:

Cristal que vas corriendo
Por entre guijas bellas nacaradas,
Sin duda vas riendo
Ondas formando dulces, plateadas,
Y á tus frescas orillas
Lamiendo alegres, y saltando brillas,
Por alegrarme acaso
Del mal que tengo y del dolor que paso.

Aves, que en esas ramas
De esos almendros altos y floridos,
Que os sirvieron de camas,

Dulces motetes dais á los oidos,
Y con lenguas arpadas
Le dais al viento letras entonadas,
Por alegrarme acaso
Del mal que tengo y el dolor que paso.
Prados que al alba hermosa
Servís de fuente, do derramas perlas,
Y con toalla olorosa
De flores bellas vais á recogerlas,
Y entre verdes alfombras,
Centros de plata matizaís de sombras,
Por alegrarme acaso
Del mal que tengo, y el dolor que paso.
Aura blando y sonoro,
Que en pasos lentos vienes refrescando,
Del verano tesoro,
Cuando vas entre ramos murmurando
Y con suaves ecos
Los montes pasas y sus hondos huecos,
Por alegrarme acaso
Del mal que tengo y el dolor que paso.
Todos juntos, ligeros,
Volad apriesa, y á mi dueño amado
Mis males decid fieros,

Tormento triste, rígido cuidado,
Que en esta ausencia todos
Penar me hacen por diversos modos,
Sin tener alegría
Hasta que de gozarnos llegue el dia.
Y si acaso os oyere
Con rostro alegre y pecho enternecido,
Oid lo que os dijere,
Y dad la vuelta presto á mi sentido;
Oristales, aura, aves,
Para solo aliviar mís penas graves,
Porque en aquestos prados
Llorando espero llena de cuidados.

Acabó de cantar con general aplauso de todos, y ellos no de alabarle. Justa alabanza de tan divina armonia como la que había hecho la música, que como estaban muy atentos, y ella tenía una melíflua voz, sonó á los oidos muy bien.

A cabo de poco dijo Grisalda:

—Basta, que con la música habíamos olvidado la historia de Arsindo; pase adelante y no queden en confuso

las palabras del morabito ó mágico.

—Prométote, dijo Arselio, que me lo quitaste del pensamiento, porque yo iba á decir lo mesmo.

—Pues cesen todos, dijo Felino, y dirase.

—Yo vuelvo á ello, dijo Arsindo, aunque no sé si se podrá acabar hoy de contar, porque queda poco del dia y mucho de mis trabajos.

—Si no se acabase, dijo Felino, quedará señalada para mañana.

—Está bien, dijo Arsindo; es así la historia:

Despues que hubimos acabado de comer, dijo el morabito:

—Ya sabes, Arsindo, la causa de nuestra fatiga y nuestro encantamento; el medio para conseguir libertad, serás tú, el fin á que has de guiar, es á eso; la traza que ha de haber para aquesto yo te lo daré, que no dudo que hombre de tanto ánimo como tú se escuse de hacer lo que yo dijere.

¿Quereis que os diga la verdad? Pues cuando me dijo aquesto, casi me había pesado de haber dado la palabra, porque entendí había de combatir como Amadis de Grecia, con tres ó cuatro gigantes, ó entrar por algunas puertas de hierro y deshacer algunas murallas. Al fin, como ya estaba empeñado, respondí con ánimo y le dije:

—Dì que por dificultoso que sea prometo de hacerlo como lo tengo dicho.

—Ahora pues, dijo el morabito, tú has de salir de esta ciudad mañana, y has de ir hasta el monte Calpe, y subir por sus faldas, y llegar al último peñasco suyo que hallarás subiendo arriba en lo alto, á mano izquierda, caminando por unos resquebrajos de peñas que al principio están, en el cual hallarás una piedra á manera de bola, de color trigueña, señalada entre otras que allí estarán por su resplandor, al rededor de la cual has de hallar unas

yerbas de hojas anchas á manera de las del plátano, de las cuales has de coger nueve con la piedra, y si no estuvieren tan grandes como una mano, has de aguardar que estén en aquesta estatura que digo, y todo junto lo has de coger á media noche, cuando más está en el peso de ella, y aunque algunas visiones no te has de espantar, y luego venirte á donde estamos y acá te diré lo que has de hacer.

Aunque es verdad que oyendo estas razones no me dejó de dar algún recelo, pero no tanto que me quitase la gana de hacerlo, á lo cual respondí,— que de muy buena lo haría, y que luego vista la mañana me partiría al viaje, á que él me dijo:

—Pues por tu vida que sea con la brevedad posible, pues de ella pende todo nuestro bien.

—No tienes que encargarme, le dije, que yo lo tendré en cuidado, pero quiero preguntarte una cosa que ig-

noro: ¿cómo estando aquí el encantamento, teneis el remedio tan lejos? Pues dicen que en semejantes cosas porque salgan presto de ellos, ponen cerca lo que ha de intervenir para su libertad.

—Has preguntado muy bien, respondió.

El que ordenó este encantamento lo hizo con intento de que el que una vez en él entrase, nunca más saliese, sino tuviese la compañía de este rey, y aunque yo entré en él tanto ha, y Zelimo que está presente, no por eso he dejado de estudiar en mi mágica de que yo era gran maestro, aunque he estado metido en aqueste lugar, y así muchos dias especulando, como podríamos salir juntos, pensándome de estar tantos años aquí encerrados, alcancé por mi estudio y ciencia, que haciendo esta diligencia y remedio se desencantara aqueste lugar y nosotros nos iriamos todos con gusto á nuestra tierra,

que haciendo aquesto, lo demás es fácil con las infusiones que has de hacer y yo te diré, aunque parezca dificultoso.

—Pues quiero ir á aprestarme y llevar lo que hubiere menester, dije yo.

Mas él entonces sacando ciertos meticales me los dió y me dijo:

—Ahí llevas bastante, aunque estés un año.

—Pues yo me voy, les dije, quedaos enhorabuena.

Me respondieron, y abrazándolos me salí de con ellos, á tiempo me parece de las cinco de la tarde.

Fué el moro conmigo, subí mis escaleras, acompañado las unas y solo las otras, y quiso Dios que hallase las puertas abiertas, y que el portero hubiese entrado á buscar en sn casa no se qué recaudos que le pedían; salí, fuime á mi casa, y si de antes habían tenido pesadumbre en mi casa, aquel dia mayor, por ser tardanza consecutiva con

la otra y ser un día entero.

Mis tios me preguntaron con instancia, qué inquietud traía. Yo les respondí, que andaba ordenando con ciertos amigos irme á holgar á aquella insigne ciudad que es llave de España, cuyo sitio está en la falda del celebrado Calpe, por ver las armadas que entonces estaban juntas en su bahía.

Sintiéronlo mucho, quisiéronmelo estorbar, mas viendo mi resolución, me rogaron mucho la brevedad de la venida, porque según dijeron mis padres, les habían escrito tuviesen con gran cuidado cuenta conmigo.

Partíme antes de amanecer y fuime mi camino con grandísima alegría y contento; había de pasar por un lugar que se llamaba Gaucín, me sucedió un cuento que por ser ridículo os tengo de decir.

Cuando hube acabado de descender aquella cuesta agria y larga de una legua, bajando á un ancho llano que á

orillas del rio Genil se hace, encontré un pastor que llevaba de comer una olla de tasajos de vaca, que por estar cerca de la venta que allí está, le habían envíado á cocer y á que la aliñase la ventera; el pastor, al parecer tan simple como ignorante, y según lo mostró fué verdad. Era aquesto tal como la una del dia, y yo como había salido aquella mañana de mi tierra, y con la priesa que llevaba no me había parado á comer en ninguna parte, metida la codicia en el cuerpo, así como le ví, le dije: guárdeos Dios, buen hombre, y él me respondió: Dios venga con el señor; preguntéle que dónde iba, y respondióme: aquí á mi cabaña que está cerca y llevo la cómida para que coman, que es una olla de tasajos, y por Dios casi voy andando de mala gana, porque me vá dando el vaho de la olla en las narices, y yo llevo hambre y me la quisiera comer, mas por no tener algunas voces con los compañeros, no he

puesto por exención este pensamiento.

—Buen remedio, dije yo riendo, aquí traigo pan blanco y vino bueno en estas alforjas; sentémonos de conformidad y comásmola.

—Pues qué tengo de decirles yo, respondió él, á mis compañeros.

—Decirles, dije yo, que quemaba tanto la olla que fué forzoso ponerla en el suelo y como la pusistes de prisa se os derramó y que no pudisteis coger más del caldo.

—Alto, pues, dijo él. yo soy contento, habeis dicho muy bien; digo que sois hombre de gran seso.

Dijo esto con tanta simplicidad, que me obligó á creerle y apearme de la mula y sentar rancho en un pradico cerca del rio; comímonos nuestra olla, digo, la carne sola, y despues de haber acabado, nos levantamos y dije yo:

—Mucho os agradezco el buen término que conmigo habeis tenido, yo os lo pagaré algún dia.

Despidióse de mí y dejele adelantar, diciendo me quedaba á cierto negocio. Fuime luego detrás de él para ver en qué paraba; llegó á la cabaña, que estaba cerca del camino, á quien salieron á recibir los pastores con alegría por deber de tener hambre,

Llegáronse á la mesa, que ya estaba puesta, y acercándose todos alrededor de ella pusieron de aquellos ginetes ó panes que ellos comen, y puesto un grande dornillo en la mesa con muchas sopas, donde echaron el caldo, y luego taparon la olla porque la carne no se enfriase, y á todo esto estaba yo detrás de una retama mirando el fin del negocio. Acabaron de comer sus sopas, y luego uno muy bullicioso fué á echar la carne y dijo:

—Bendito Dios, que hemos llegado á comer unos tasajos tan buenos como estos.

Mas como la volvió boca abajo y no cayó nada, miró con gran fatiga la

olla y al pastor que la había llevado, el cual dijo:

—¿Qué me mirais? respondió el otro.

—No quereis que os mire, si no viene ninguna cosa de carne.

—¿Cómo no? respondió el pastor simple. Mira bien esos rincones, quizás estará escondida en alguno de ellos.

Respondió el otro:

—Miraos vos en vuestras tripas y os la hallareis, que no puede ser menos.

Dijo otro:—¿Qué se hizo esta carne?

El respondió con muy buen semblante.

—Mira, habeis de saber que como venía la olla quemando, la puse en el suelo y derramóse de modo que no cogí más que el caldo.

—¡Qué lindo loco, por vida mia! respondió otro; ya que no hay remedio en esto, lo que podemos hacer es, que pues nos ha dado mala comida, comiéndose la carne, hagamos que la di-

giera bien en el cuerpo: manteémoslo y será lo mejor.

—Bien decís, respondieron todos.

Levántanse á una y cogen á mi bueno de mi pastor en una manta grande y comiénzalo á mantear:

Yo que ví aquesto, cogí mi mula y en un momento subí á ella, y comencela á picar con cuidado porque no dijese que yo se lo había dicho y se les antojase mantearme tambien á mi.

Anduve con mi mula muy apriesa, aunque de cuando en cuando volvía la cabeza y veia á mi bueno de mí pastor subir tan alto, que pienso no quedó para poderse tener en muchos dias, y yo fuí á dormir aquella noche, bien tarde, á Gibraltar.

Riéronse mucho del cuento, y dijo Felino:

—No hay por acá esos símples, que yo prometo que todos, antes picamos de maliciosos.

—Digo que está bien, dijo Senicio,

pero no interrumpais la historia.

—Prosígase, dijo Arselio.

—Como digo, dijo Arsindo, llegué aquella noche á Gibraltar y fuime á una posada donde descansé con mucho gusto; levanteme á las nueve en punto, fuime á encomendar á Dios, y despues anduve mirando el lugar, de que me contenté mucho por ser llano, no muy grande de sitio, mas los que le habitan grandes de ánimo, liberalidad y buena cortesía. Vínime á comer, y despues de haber acabado llamé á mi huéspeda y preguntele me dijese qué altura tendría aquel monte y si se podría subir allá arriba, á lo más alto de él; la cual huéspeda me respondió, que era muy alto, muy agrio por todas partes, aunque por algunas tanto, que jamás humano hombre había llegado á lo alto, en el cual monte estaba un hombre que llamaban el Erachero, muy concerniente á España y á toda aquella costa, por ver todos los bajeles que vienen por

ambas mares y dar aviso de ello, y que además de las muchas cosas buenas que tenía, era una la mayor que se cuenta (en libros humanos y divinos) de montes, y era que aunque tan alto y estar el lugar en su falda, aunque muchos dias arreo lloviese de toda aquella agua que caia en el monte, no bajaba abajo ninguna, sino toda se embebía en él, que es cosa bien por cierto de notar. Paseeme aquel dia, y viniendo la noche acosteme, y por la mañana rogué me despertasen temprano porque tenía que hacer. Hiciéronlo así, levanteme luego, y lo primero que hice fué encomendarme á Dios y ver celebrar sus sacrificios, y luego llevando algo que comer por si me tardase, subime por el camino del monte arriba; así como llegué á la más alta cumbre, fuí siguiendo por una pequeña y angosta senda que á la mano izquierda estaba, como me había dicho mi morabito; y despues de haber andado un rato, al fin de ella

entré por unas aberturas de peñas que se hacían con tan varios picos y tan extraordinarios principios y medios, que casi me llevaban elevado; al fin vine á dar con mi peña alta, y así como llegué á ella me senté en una pequeña que en su cimiento estaba para descansar y tomar aliento. Estuve como un cuarto de hora, cuando levantándome quise probar à subir á lo alto, y no hallé por donde, porque de repente me vino una estraña confusión, dí una vuelta á la peña andándola toda á la redonda, que era grande el espacio que ocupaba, cuando ví unas como concavidades qne tenía hechas, no sé si de naturaleza si del agua que encima le había llovido ó hechos á mano; al fin, así que los ví me dispuse para ir por ellos arriba; tercio el ferreruelo, tomo la espada en la mano, agarro con ánimo y ligereza, y quiso mi fortuna me vine á ver arriba.

Así que llegué me alegré mucho,

por ver todo lo que me había dicho el morabito: vi la piedra redonda y las hojas alrededor, aunque chicas, de que me dió notable pesadumbre por haber de aguardar á que estuviesen mayores. Así que lo hube visto todo, me torné á descender por do había snbido, y caminar por la parte que había llegado á la peña, y como venía con aquella alegría, me pareció el camino mucho ménos de lo que era.

Finalmente, con el gusto se me olvidó la comida hasta que estaba abajo, lo cual dejé hasta estar en la posada. Llegué á ella cansado, y díjela á mi huéspeda: señora mia, dadme de comer que traigo muy buena gana, lo cual ella hizo con grande alegria, porque yo la tenía de ello. Comí despacio, y despues de haber comido le pregunté á mi huéspeda, qué caballeros había en aquella ciudad que tratasen de cosas de gusto y de ingenio, y más gustasen de favorecer á los forasteros.

Ella me respondió:

—Señor, aquí hay muchos caballeros que lo son así en obras como en sangre; pero el más liberal y que más favorece á todos generalmente, es un mayorazgo mozo que aquí está recien heredado; agradable de condición, noble de pecho, grande amigo de sus amigos, y por el contrario grande enemigo de sus enemigos, llamado D. Carlos de Villegas y Mendoza.

—Basta, dije yo, no más, que ya le conozco por la fama y méritos que lo pregonan; muchos dias ha que le he oido decir y alabar sus partes; pero quien es tan principal caballero, que mucho es que corresponda á tal, yo prometo que le soy aficionado y con estremo, y por serlo tanto, tengo de procurar besarle las manos y servirle como es justo que todos los que vienen aquí lo hagan. ¿Cómo le podré yo hablar?

—Facilmente, dijo ella, porque de

más de las grandezas que tiene, es muy llano con todos, parte que cuando no tuviere otra, bastara para engrandecerle, y vuesa merced quiere que mande llamar uno de sus criados para que le lleven á su casa, lo haré, porque tiene muchos, y el tratamiento suyo es como de príncipes.

—Si lo es él en sus cosas, dije yo, que es lo que más importa, y en su nobleza, que mucho es que sea á lo exterior semejante. ¿Sabe cantar? Porque hombre que tiene todas esas virtudes y tantas cosas buenas, no le faltará aquesta.

—No tan solamente tiene esa virtud, sino otras muchas y cuantas vuesa merced le quiera pedir por la boca, y suele tener músicos en su casa de de ordinario.

—Pues alto, dije yo, por ahí le entro, que soy aficionado en estremo á esto del cantar, y aun lo sé hacer un poco solo para entre amigos, cuando

no para ganar mi vida á ello.

—Pues señor, si usted quiere saber donde vive y quiere ir á su casa, dijo ella, salga por esta calle y entre por aquella puerta de la Barzina, que así le llaman, y la primera casa grande que hallare, esa es.

—Yo voy, pues, respondí, y saliendo por la posada, fui por donde me dijo y llegué á su casa; encontré á un criado, preguntele por él, respondiome que quería salir porque estaba en la segunda sala aprestado para ello; roguele que le fuese á decir estaba allí un forastero que le quería besar las manos; fué, mandome entrar, entré dentro, quitele el sombrero, hízome cortesía como quien era, cubrímonos y supliquele mandase que nos dejasen solos los criados; hízolo así y yo hablé las siguientes razones:

Si la buena fama que de amable teneis (señor en todas partes) es tanta, viendo vuestra ilustre persona, me pa-

rece que aun es poco para lo que en ella se ostenta. Yo soy un forastero, natural de la ilustre ciudad de Munda (digo, de crianza), cuya fama ya sabreis muchos años ha. Seguí las letras en un tiempo, aunque no con gusto mucho, por ir divertido desde que pude conocer á amor en seguir sus pasos. Salí de ella habrá cuatro dias, que se me ofreció de venir á un negocio bien árduo á esta ciudad; he menester vuestro auxilio y favor; suplícoos, pues teneis tan noble pecho y tantas virtudes como la fama lo pregona, no me lo negueis, sino antes hagais conmigo la ostentación de él, como confiado vengo y alegre espero.

Mirome él á estas razones, y me respondió con tanta discreción y valor que me obligó á que le sirva todos los dias de mi vida, y dijo:

—Señor, yo os prometo que es estrella que el cielo me ha dado eso que decís, mas que lo poco que hago, pues

haciéndolo correspondo á quien soy y pago la obligación que debo, y así con todo cuanto yo pudiere serviros, lo haré como vereis. ¿Y qué negocio es á que venís?

—Es, señor, largo, dije yo, y por eso no os lo quiero decir ahora por no cansaros. Dadme licencia que venga esta noche ó mañana á veros y lo diré.

Respondió él:

—Sea muy enhorabuena; como vos lo ordenáredes, cuando viniéredes y cuando quisiéredes, me hallarais pronto para serviros.

Despedime de él, quedó en su casa ya para salir, y yo fuime á la mía á reposar del trabajo que había pasado aquel dia.

—Y nosotros será razón, dijo Senicio, que lo hagamos tambien, y tú que estás cansado y la noche llega.

—Hame contentado, dijo Felino, lo que ha dicho Senicio, pues cuando no la

narración, la memoria de tantas cosas bastaba para cansar.

—Como quiera que es mi ánimo el serviros, respondió Arsindo, no me causa enfado el cansarme en hacerlo, pues en ello gano tanto.

—Tú respondes, dijo Arselio, como de tan buen entendimiento se esperaba.

—Claro está, dijo Laureano, que teniéndolo tan bueno, las obras no habían de ser menos, sino tan colmadas como parecen.

—Ahora bien, dijo Amarilis, bueno será que se dejen palabras y se comience á recoger el ganado que está muy desparramado. Nuestros cisnes, como amigos del agua, nunca se apartan de ella, de modo que los tenemos cerca.

—Pues váyanlo juntando, dijo Grisalda, para que nos vayamos poco á poco hácia la aldea, que ya me parece que el sol se va escondiendo en el Oc-

cidente, y los prados comienzan á marchitarse con su ausencia.

—Quedando tú, bella Grisalda, dijo Felino, no hace falta Apolo, pues si él alegra, tú regocijas; si él da vida con sus rayos, tú con tu vista; si él abrasa, tú enciendes, de modo que vienes á causar sus mismos efectos.

—Bien se echa de ver, dijo Grisalda, cuán al contrario es todo, y estos pastores viéndolo claramente, te tendrán más apasionado que verdadero.

—Claramente te muestra, dijo Arselio, cuán verificado está lo que dice Felino, y así no hay que altercar más en eso.

—Arselio y Laureano, dijo Senicio, como más diligentes, pueden juntar todo el ganado con brevedad, porque es ya tan tarde, que pienso nos ha de anochecer antes de llegar á la aldea.

—Pues vamos, Arselio, dijo Laureano, y de presto le allegaremos porque vengamos á tiempo.

—Ya habíamos de estar allá, dijo Arselio, que mientras más temprano se cumple con obligaciónes, más se descansa; despues fuéronse, y los demás quedaron en pié aprestados, para en llegando venirse juntos.

Y despues dijo Senicio:

—Por cierto que es cosa triste la oscuridad, así en el campo como en la ciudad. A lo menos yo no quisiera, si va á decir verdad, el estar de noche fuera de mi casa, porque si vuelvo tarde haciendo oscuro, me dá, os prometo, algún género de temor.

—Como eres viejo, dijo Felino, no me espanto, que parece qne tienen el miedo en el cuerpo los que son entrados en edad como tú.

—No va en eso, dijo Arsindo, sino en la naturaleza de cada uno, que muchos hay que son hombres muy valientes con enemigos, y en ocasiones muchas, y en llegando á andar de noche por algunas partes, cualquiera viento

que se menea les dá miedo, y otros hay menos valientes y tienen ánimo para esperar cualquiera cosa del otro mundo.

—Todo eso está bien, dijo Felino, pero los hombres que son temerosos, son muy crédulos de suyo.

—Es verdad, dijo Arsindo, pero de ordinario, y lo más cierto es, la aprensión que de semejante cosa se hace ó se tiene ya hecha, y acerca de esto os contaré un cuento que me sucedió en mi tierra, en casa de un amigo; y fué, que yéndole á visitar de noche, entré por las escaleras arriba de prisa, y estúveme con él hasta que fueron más de las doce, al cabo de las cuales me despedí de él, quisieron sacar luces, no lo consentí aunque hacía oscuro; llegué á bajar por la escalera, que era ancha, y al bajar oí un poco de ruido en el medio de ella en un rincón que hacía, que era del viento, según pareció, y poniendo los ojos hácia allí, ví un bulto largo y grande. Pregunté quién era,

no me respondió á una y dos veces; erizóseme el cabello, porque en aquel instante aprendí que debia de ser una alma en pena que yo había oido decir que por aquella calle andaba, y entendí hubiese querido venir á espantarme; recibí grande temor, quise dar voces, mas por no alborotar la casa, no me atreví; volví á decir otras dos veces, ¿quién es? mas viendo que no me respondía, determineme á llegarme hácia él encomedándome á Dios, y ya que estuve cerca, porque no se me fuese, abrázome con él y empiézole á decir: de parte de Dios te conjuro, me digas quién eres y á qué vienes. Y como no me respondió, comienzo á bregar con él para hacerlo caer.

Cáeseme la espada por una parte, por otra el broquel, y el fereruelo por otra, y comienzo á dar voces, á las cuales acudió mi amigo y sus criados, y llegando ellos y cayendo yo en el suelo con el bulto, todo fué uno; llegaron

todos á mi, halláronme sin aliento, con un sudor helado, sin sentido, cada cosa por su parte, con luces, diciendo mi amigo: ¿qué teneis? Yo le respondí: tened presto este bulto que estaba en vuestra escalera. Dijo él, qué bulto? Respondí yo, este con quien estoy asido, á que todos riendo respondieron: no veis que es viga y puntal que estaba puesta en la escalera. Por Dios que nos hubiérais hecho buena obra si se hubiera caido el techo sobre nosotros.

Abriendo los ojos y viendo que decía verdad, me levanté y fuí corrido sin quererle volver á ver en muchos dias.

—Por mi vida, dijo Grisalda, que ha estado cosa graciosa y que lo he de celebrar mucho.

—Aquello, dijo Amarilis, fué acaso imaginación, engendrado de lo que había oido.

—Bien estoy con eso, dijo Senicio, pero el que no tiene culpa, de ordina-

rio está sin temor, y el que la tiene, siempre trae la pena delante de los ojos. Digo aquesto porque en algunos malos pasos andaba Arsindo, cuando vió aquesto.

—Os prometo, respondió Arsindo, que es verdad; mas es mi condición tal, que nunca quiere enmienda ni la toma, cosa que es de bárbaros, y así nunca dejé de andar de noche.

Estando en estas cosas y otras, llegaron Laureano y Arselio con el ganado junto, á quien siguiendo todos, se fueron llegando hácia la aldea, y Arsindo rogó á Felino dijese aquellos versos que habìa compuesto á una cinta verde, á quien respondió Felino que de muy buena gana por complacerle y servir á aquellos zagales, y así tomando su zampoña al son de ella comenzó así:

Orlando aprisa verdes esmeraldas,
De su esfera divina,
Entre penachos de oro, y entre estrados

De odoríferas faldas,
Cubriendo la cortina
De sus lucientes hebras, verdes prados,
Ricos dejó esmaltados
Apolo, que ligero
Al campo lisongero,
Partícipe dejó de su hermosura,
Y terminando montes,
Su luz esconde en varios horizontes,
Dando esperanza en la tiniebla oscura,
Que con su ausencia triste,
Campos de flores, de tristeza viste.
En su elemento gira, curso ledo,
Breve rayo de vida,
Zona abrasada á antípodas mostrando:
Y aunque huyendo quedo,
Al descuido convida
Con dulces glorias, si de amor dejando,
Bien con engaño blando,
Esperanza sucinta
Agironada en cinta,
Perficionando gusto, que opulento
Con ramas muestra aprisa
De troncos bellos, que suave frisa

Dulce Favonio, transformado en lento,
Fertilizando flores,
Llorando ausencias, si aguardando amores.
  Depone en vez de fuego gloria hermosa
Colorando de gusto
Orbiculares sitios, dulce acento,
Mostrando á la envidíosa
Tarde, que colma susto,
De ausentes penas, rígido tormento,
Presagio al pensamiento,
Que ya con breve gloria
Ostentando notoria
En iris de esperanza tiene el vuelo,
Soberbio nó, sí altivo,
Ayudándole el áura fugitivo,
Que en dulces ecos resonando al suelo,
Celebra la alegría
Que en verdes señas dió huyendo el dia.
  Despues de dar ornato venturoso
Privación del tormento,
Deslizando el aurora sin desmayos
Del Oriente dichoso,
Con suave sustento,

Luces que bordan apacibles Mayos;
En fulminantes rayos
De alegóricos bienes,
Destilan parabienes
Arboles, plantas, montes, rios, flores,
Con suave armonía,
Ayudando Caliope y Talía,
Justa á su Apolo, que prestando ardores
Dá paga que alimenta
Con verdes giras la pasión que aumenta.

—A fé mia, dijo Arsindo, que han estado buenas y no fáciles; bien se muestra, Felino, vuestro buen entendimiento.

—Menos que aquesto, dijo Arselio, no se puede esperar ni entender de Felino; pues aunque ahora es pastor, ha estudiado su poco de tiempo.

—Bien se parece, dijo Arsindo, pues los términos con que habla lo muestra.

—Prométoos, respondió Felino, que las hizo amor y no yo, que con el favor que tuve, si no me hizo amor per-

der el juicio, fué porque contemplase tal gloria.

—¿Y qué favor fué, dijo Amarilis, para celebrarse tanto?

—Fué, dijo Felino, una cinta verde, paga de mi grande amor, y reliquia de tan divina prenda, oráculo mio y gloria de estos montes.

—Bien parece, dijo Fenicia, los hombres agradecidos, parte que cuando no hubiera otra, bastara para ser querido.

—Mucha merced, respondió Felino, me haceis todos, págueosla mi pecho interiormente, ya que me faltan palabras y obras para ello.

—En conversaciones que no importan, dijo Laureano, venidos entretenidos, déjese, y para aqueste poco de camino que queda, dígase algo.

—Sin duda, dijo Arselio, que quieres decir tú y Fenicia aquel soneto del otro dia. Vaya, por tu vida.

—Por mí de buena gana, respondió

Laureano, como quiera Fenicia.

—Siendo gusto de estos zagales, dijo Fenicia, por qué no ha de ser mío. Templa, pues.

—Ya lo está el rabel, dijo Laureano.

—Pues comienza, dijo Fenicia.

Callaron, y luego siguiendo el acento del instrumento, cantaron este soneto:

Laureano.

Temblando miro si constante adoro
Rostro que engendra gloria y triste llanto;

Fenicia.

Yo siento pena, si contenta canto,
Descubro el mal y mi remedio ignoro;

Laureano.

Sufro temor si aguardo mi tesoro,

Fenicia.

Lágrimas muestro, si mi bien espanto;

Laureano.

Tanto me aclaro, que me pierdo tanto,

Fenicia.

Cuanto me anima amor, tanto más lloro.

Laureano.

Mi bien espero. *Fen.* Mi contento aguardo

Laureano,

Huyo del mal. *Fen.* Pretendo mi ventura·

Laureano.

Tristezas me dá amor: *Fen.* A mí tormento.

Laureano.

Tarda la dicha. *Fen.* Yo en gozarla tardo.

Laureano.

Temo. *Fen.* Vacilo. *Lau.* Tiempo. *Fenicia.* Coyuntura.

Laureano.

Espera. *Fen.* Aguarda. *Lau.* El pecho. *Fen.* El pensamiento.

Holgáronse mucho todos de ver el artificio del soneto y con la dulzura que le cantaron, acabándose al tiempo que llegaron á la aldea, y así despidiéronse unos de otros, y se apartaron y fueron á sus albergues dejando ya aplazado el verse como los demás días en

la fuente del Acebuche; y con mucha alegría, al despedirse todos, dió muchas gracias Grisalda á Felino de los versos que hizo á la cinta, diciendo ser más la obra que la causa de ella. A que agradeció Felino, satisfaciendo con iguales palabras, y al fin se fueron y apartaron, siguiendo cada uno la vía de su choza.





LIBRO TERCERO.

Del premio de la Constancia y Pastores de Sierra-Bermeja.

Atrevidos pensamieutos,
Imaginaciones varias,
Dejadme, no me canseis,
No me atormenteis el alma.
Dejad á este pastor pobre,
Pobre del bien que le falta;
Falta, porque el cielo quiere,
Quiere aumentando mis ansias.
Dejad éste si ventura,
Que un tiempo tan rico estaba
De glorias, bienes y gustos,
Gozando su prenda cara.
No formeis en la memoria

Quimeras sin esperanza,
Pues el tiempo pasó alegre
Que de mi prenda gozaba.
  Apartad de mí el contento
Que en mi lisonjas no bastan,
Ya que quiere el cielo injusto
Muera en ausencia tan larga.
  Ya mi ventura dió fin,
Y mis verdes esperanzas
Se secaron sin la luz
De los soles de su cara.
  Cielo, sol, luna y estrellas,
Que con vuestras luces claras
Dais luz al mundo, dejadme,
Que á mí tinieblas me bastan.
Que pues me falta el sol de mi adorada,
No es justo viva con la vida amarga.
  Aves libres y ligeras,
Que haceis alegre salva,
Al alba de mi Fenicia
Cantando canciones varias.
  Riscos y peñascos fuertes,
Habitaciones del alma,
De este triste que ando en pena,

Viendo su suerte trocada.
Sombras amenas y frias
De estas selvas intrincadas,
Que entreteneis los pastores
De vuestra querida patria.
Ninfas que con dulce estruendo
De flautas y de sonajas,
Haceis con rumor alegre
Vuestras concertadas danzas.
Cristales que vais corriendo
Con ondas precipitadas,
Cuyos cóncavos hermosos
Habitan Sirenas tantas.
Pastores que al dios Cupido
Le dais tantas alabanzas,
Y le ofreceis sacrificios
De lo íntimo del alma.
Huid de un pastor que muere
De celos lleno de rabia,
De ver que su amada prenda
Le dé muerte y á otro el alma.
Todos huid, que pues el bien me falta
Es justo que me acaben mis desgracias.
Oh! qué prolija es la vida,

Qué de tormentos me causa,
Qué de minutos me aflije,
Qué de momentos me agravia!
 Toda es confusión, es pena;
Amaina, desdicha, amaina,
Que en tus incendios terribles
Mi pensamiento se abrasa.
 Oh volcanes, vueltos yelos
Del pecho de aquella ingrata,
Que siendo un tiempo de fuego,
Sois ahora nieve helada.
 Celos que en mi pecho triste
Fuistes carcoma engastada,
En pena que siempre lloro
En mal que siempre me acaba.
 No me atormenteis terribles,
Ponedle á la vida pausa,
Pues morirá con más gusto
Que no pasar penas tantas.
 Mas pues que no me quereis.
Dejar memorias tiranas,
Desde aquestos riscos duros,
Desde aquestas peñas altas.
 Pondré fin á mis temores;

Muerte fiera, aguarda, aguarda,
El campo reciba el cuerpo,
Y tú corta la garganta.
Pues son efectos de celosas ansias
De suerte triste y de crueldad estraña.

Con estas lastimosas razones, al tiempo que el alba había dado fin á la noche, y avisado que Apolo venía para fertilizar los prados, se quejaba desesperado y celoso el desdichado Roselio de verse desdeñado por Laureano de la bella Fenicia, serrana cuanto hermosa discreta, cuyos favores él antes había gozado. Y como la fortuna es varia en sus cosas, ordenó, agraviando á Roselío, favorecer á Laureano.

Finalmente, acabando estas quejas y endechas tristes, llegaban al eco de sus voces, Arsindo, Felino y Arselio, que á sus ganados venían á dar el acostumbrado pasto á los fértiles campos de su Sierra Bermeja, donde habitaban y estaba su aldea, cuando viendo la veloz huida y furiosa carrera que

Roselio llevaba, encaminado hácia las peñas más agrias y altas de aquellas breñas. Dijo Felino á Arsindo:

—Por tu vida, que sigamos á este triste Roselio, que me parece va encaminado á despeñarse, y en el ínterin quédese Arselio con el ganado.

—Vamos, pues, dijo Arsindo, no nos detengamos.

Si Roselio volaba como el viento, ellos igualaban en el pensamiento en su ligera carrera, y lo que él tardó, en llegando arriba á los peñascos, en hacerse afuera para dar mayor salto y despedazarse con más rigor, llegaron ellos, y asiéndole por detras le tuvieron, diciendo Arsindo:

—¿Es posible que estés en tí, queriendo hacer una cosa tan mal parecida á los ojos de Dios y de los hombres? Vuelve en tí, galán pastor, y no sigas el curso violento de un pensamiento desatinado.

A estas razones, Roselio volvió los ojos como espantado, y casí pasmado, dijo:

—¿Es posible, ¡oh suerte contraria! que aun hasta aquí me has venido á perseguir? ¿Y es posible que luego el cielo os hubiese de traer á este lugar para que estorbásedes eldescanso de un tormento tan penoso como el mío y el fin de mi vida que hasta estar en él no puede cesar mi llanto? Ruégoos por amor de mí que os volvais por donde habeis venido y no querais alargar vida donde tantos disgustos hay.

—Mucho me pesa, dijo Felino, en el alma, amado Roselio, de ver la inquietud de tu pensamiento y el rigor con que te trata, y ojalá pluguiese al cielo pudiera ser yo parte para podértela aliviar con alguna cosa, aunque arriesgara mucho, que te prometo lo hiciera con mucho más gusto que te lo digo. Por tu vida que te vengas con nosotros, donde podrás tener algún

alivio ó cuando no amigos que te lo procuren dar.

—Posible es, respondió Roselio, que no quereis hacer esto que os suplico. Mirad que haciéndolo así acortareis mis trabajos, dando yo fin á mi vida.

—Que mal entiendes, dijo Arsindo, y que mal camino sigues. No echas de ver que á los hombres del talento que tú, no les está bien el hacer cosas semejantes, ni aun al hombre más ínfimo del mundo, pues pierde honra, vida y hacienda para con Dios y para con los hombres.

—¿A qne no hay talento, respondió Roselio, que baste para las cosas de amor? Pues ni bastan diligencias, ni querellas, ni suspiros para poderme aliviar, pues no las quiere oir lo que las acusa.

—De modo, dijo Arsindo, que porque una vez no seas oido has de precipitarte de ese modo á desesperación. A los que están encerrados y presos,

sin esperanza de libertad, les crece el atrevimiento para desesperarse, dándoles el propio temor armas para el efecto; mas á tí que estás libre, y que cuando no hoy, mañana se puede remediar tu mal, no haces bien en deslizarte con ese rigor tras de esa violencia.

—Mal entendeis mi mal, respondió Roselio, pues decís aquesto estando sin esperanza de medicina; en pena terrible decís que es malo tomar la muerte y acabarla antes que su propia pena la vaya consumiendo poco á poco. Mal haya amen, amor y mi firmeza, que me traen á este estado.

—Si dice cierto autor, dijo Felino, que la buena salud es estar libre de culpa, y segunda no desesperar del perdón; claro está qne no teniéndola tú sino amor, que no debes pagar la pena de lo que el otro hace.

—Sí debo, dijo Roselio, pues me atreví á mirar con los ojos unos que me abrasaron y encendieron, y me han

de venir á dar el fin que aguardo.

—Por aqueso, dijo Arsindo, mereces antes perdón. Por amor de nosotros, Roselio, que te vengas por aquí abajo hácia la fuente del Acebuche, donde han de estarnos aguardando algunas zagalas y pastores, para contar cierta historia mía comenzada ayer, nacida de amor la más parte como la tuya.

—Porque del todo, dijo Roselio, no me juzgueis por bárbaro, iré de muy buena gana. Podrá ser viendo la causa de mi tormento, el daño que me ha hecho vendrá á ablandarse y darme el pago que mi amor merece.

Con estas y otras razones se vinieron bajando por el monte, con cuidado. Felino por ver á Grisalda, la cual con los demás pastores, Laureano y Senicio, habían venido á la aplazada hora hácia la fuente, los cuales así que vieron á Arselio sólo, le preguntaron por los demás, á que respondió: —habían

ido á aplácar á Roselio de las locuras que andaba haciendo y aun querido desesperarse.

Estando debatiendo sobre estas cosas, llegaron los que venían del monte con Roselio, á quien levantándose los que estaban en la fuente saludaron con grande alegría, diciendo, que ya había rato que estaban aguardándoles y que el dia daba muestras de ello con la altura del sol.

—Pues vámonos sentando, dijo Felino, volverá á su historia Arsindo, por complacernos á todos, pues está ahora en lo más gustoso y mejor.

—Si haré por cierto, dijo Arsindo; vámonos acomodando bien, que yo voy comenzando de esta manera:

Digo, pues, que aquella noche fuí á ver aquel caballero, en la cual le dí cuenta á solas de mi llegada y la causa para qué, y que me era forzoso, por no haber crecido las hojas, estarme algunos dias allí, y no teniendo á quien

arrimarme para que me favoreciese y ser quien era, me había forzado á que le fuese á besar las manos, confiando de su generoso pecho, me favoreciera como quien era. Ofrecióme de nuevo el hacerlo con grandísimo gusto, cuyas obras fueron correspondientes al ofrecimiento.

Acabado todo salí de su casa, fuime á la mía, donde aquella noche y otras dos dormí con gusto y con sosiego, visitándole todos los dias, de que vino á proceder hacerme muchas amistades. Al quinto dia ó sexto, que estaba en Gibraltar, estando en una Iglesia haciendo oración, volví los ojos al descuido (que fué para abrasarme) y ví un rostro bello, cuyo dueño era formado de un airoso cuerpo, bizarro talle, que doy palabra quedé sin sentido; miréle despacio, y fué tanta mi dicha que me pagó con otro tanto.

Finalmente, acabado el sacrificio, levantóse para ir acompañada de una

criada á su casa; salí detrás de ella, seguíla, supe donde vivía, cuya calle despues paseé.

En este tiempo yo había hecho amistad en el propio lugar con un mancebo nacido y criado en él, más honrado que rico, aunque para tratarse como á tal, no había menester nada.

Como fuese tanto creciendo mi fuégo y aumentándose mi amor, y estuviese tan sin gusto, me dijo un dia Riselo (que así se decía este mancebo.)

—Por vuestra vida, Arsindo, que me digais qué causa os inquieta, qué disgusto os acobarda, qué temor os fatiga, que según veo, ó estais malo ó teneis alguna nueva pasión que os atormenta, pues de tres ó cuatro dias á esta parte andais sin color, lleno de melancolía, falto de sosiego, siempre pensativo; ¿qué teneis? Ya sabeis la mucha amistad que hemos profesado, y siendo yo quien soy, podeis facilmente fiaros de mí, que os prometo hallareis

un amigo bien leal para todo cuanto se os ofreciere, y sinó dadme parte del mal que os aqueja y vereis como por el efecto se verá no ser cumplimiento lo que os digo.

Yo confiado de lo que había protestado y lo que había del conocido, le dí cuenta de mi amor y de cómo aquella mujer me había enamorado tanto, diciéndole que aunque me costase todo cuanto tuviese, había de pretenderla y servirla; á tanto como aquesto me obligó amor, que el instrumento de mi bien había él de ser, que pues ya le había dado cuenta de mi tristeza, como tan mi amigo, procurase dar algún medio para su alivio, á que él me respondió: que tenía una conocida cerca de su casa de la señora, que entendía haría por él todo cuanto pudiese y áun más, que ordenásemos de hacerle una visita y se pondría por la obra luego.

Alegréme algún tanto con aquesto, aunque quisiera entonces que acortán-

dose el dia llegara la tarde para poner en ejecución el pensamiento que me martirizaba.

Llegó la hora, envió un criado á decirle que quería ir á besarle las manos, estuviese avisada. Respondió que fuese norahuena, que aguardaba.

Fuimos, sentámonos, usamos de nuestros cumplimientos, y despues de haber hablado algunas cosas, dijo mi amigo de esta manera:

—Señora mia, la merced que siempre de vos he recibido, me da osadía para que os suplique seais instrumento de vida para un hombre, que de no tener efecto lo que propusiere, no pienso poner duda en que le fenezca la muerte. Ya sabeis que la bella Amarilis, que cerca de vos vive, cuán hermosa es y cuantas buenas partes le dió el cielo, pues su frente, ojos, rostro, boca, todo junto y cada cosa de por sí, es donde naturaleza perfeccionó flechas, con que amor acierte á abrasar fácil-

mente los pechos humanos. Arsindo, que es el que está aquí, es forastero, hombre principal, amigo mio á quien yo tengo muchas obligaciones, viéndole apasionado y con razón, le pedí me diese parte de su mal, díjome esto; yo viendo ser vuestra vecina y haciéndome vos merced, me pareció como es verdad que le podríais dar algún remedio con comunicarlo con Amarilis, que pienso será fácil por lo que le ha mostrado favorecer.

A todas estas palabras, arqueando las cejas, levantando los ojos, frunciendo la boca, respondió la buena señora aquesto:

—En verdad, señor Riselo, que me pesa de ser tenida en esa reputación con vos, sabiendo quien yo soy. Las mujeres de mis partes no estamos enseñadas á semejantes cosas.

Mirad por vuestra vida, pastores, qué razones tan desaladas éstas para quien se estaba abrasando; la pesa-

dumbre que pude tomar, para los tocados de esta pasión lo dejo; encendíme como unas brasas, cuyo accidente sintió Riselo, y dijo:

—No os alboroteis, que yo sé que esta señora hará su virtud como quien es; que las personas nobles y tan principales como su merced, no están enseñadas á desconsolar en ningún tiempo.

Con estas y otras semejantes lisonjas que le dijo alabándola, vino á condescender con nuestro ruego y alcanzar yo que le diese un papel mio que llevaba escrito.

Estraña condición de las mujeres, que quieren más que se esté un hombre moliendo en alabarlas y levantarlas, si es posible, sobre las estrellas, que nó de su voluntad dar gusto, cosa que es más agradecida.

Al fin la dí el papel que le diese á Amarilis, que decía así:

Papel de Arsindo á Amarilis.

Si la pena comunicada se alivia, diciéndola al dueño que la causa y puede remediarla, con más justa razón se esperará alegre fin de mi atrevimiento, aunque engolfando mi vida en empresa tan dificultosa, temo no cual Icaro abrasado, me aneguen mis pensamientos remontados en el profundo mar de mis recelos, derritiendo las alas de mi girado curso. Mas yo espero de vos, bella Amarilis, remediareis mi pena, ya que fueron vuestros ojos las flechas con que amor me ha rendido y sujetado á estar pendiente de vuestros labios, á cuya piedad apelo, confiando en ella y en la mucha hermosura que os dió el cielo. Siervo vuestro he de ser, vos mi dueño, y como de tal os suplico sea favorable la paga de mi firmeza. Y á Dios que os guarde.

Despedímonos de ella, dióla el papel, leyólo Amarilis, cuya piedad fué tan grande como su hermosura.

Bien que Riselo y yo andábamos procurando él mi sosiego, yo su gusto, debajo del cual ya me tenía sujeto, pues las obras eran iguales á la amistad. Fuimos á cenar porque desde entonces siempre estuvimos juntos. Pasé aquella noche formando mil pensamientos, imaginando y maquinando mil enredos para poder salir con mi pretensión; parecíame que era imposible el que intentaba, mas amor me daba alas y facilitaba mi gloria con ofrecerme á la memoria casos sucedidos por su mano, más impensados y de mayor dificultad.

Ya me parecia que gozaba de su hermosa vista, y que como á dueño mio y cosa mía mostraba y decía mis pasiones, que ella con amor remediaba. Ya que tocaba aquellas blandas manos, dando en ellas muchos besos y regalándome con mirarlas. Finalmente, en tantas cosas envuelto, que desvelado dormia y durmiendo sentía. Vino la

mañana más tarde para mí que las demás, por ir á ver el fin de mi tormento ó nuevo principio suyo.

Levantámonos, fuimos á lo acostumbrado Riselo, y yo á la Iglesia circunvecina, no tan temprano que no pasasen de más de las nuéve. Anduvimos paseando lo restante hasta medio día, haciéndoseme mil siglos.

Llegamos á casa, comimos, aunque yo más por cumplir con mi amigo que con el hambre, pues solo con la esperanza y el cuidado me sustentaba.

Finalmente, llegó la hora que yo deseaba; fuimos Riselo y yo á la visita á saber la respuesta; entramos dentro, recibiéndonos ella alegremente, pidiéndome albricias, mandéselas y luego me sacó un papel en respuesta del que yo había enviado; tomelo, beselo, y sino hice entonces estremos de loco fué por no dar muestras del todo de mi intrínseca pasión; abrilo y ví que decia así:

De Amarilis á Arsindo.

Siendo cosa tan dulce ser una persona amada, no quiero por ahora mostrar rigor ni enojo, aunque el atrevimiento lo pedía, pero como es disculpa amor, quiero escusar la pena que pudiera daros y paliar la respuesta con un poco de disgusto vuestro, que será el suplicaros no escribais otro papel, porque sentiré perder lo que en muchos años he ganado; pero desde que os ví, de que os tengo amistad, no hay que poner duda, pues aunque quiera encubrirlo no me dejará el pecho donde estais. Dios os guarde.

El gusto que pude sentír, á vuestro arbitrio lo dejo, que como hombre de entendimiento lo alcanzareis. Saqueme una esmeralda del dedo, y en pago de las albricias, dísela, que ella tomó de buena gana, aunque dió muestras de rehusarlo. Estuvimos hablando acerca del presente favor, que no podré significaros lo mucho que alegre estaba;

salimos de allí, despidiéndonos de mi buena tercera, contenta de mi magnificencia y ofreciéndome por ella de nuevo el favor que hasta el fin hubiese menester, tanto como aquesto puede el interés.

Fuímonos, y Riselo dándome mil parabienes de mi nuevo gusto, de que yo iba tanlleno, que me parecia venir á merecer la mayor hermosura del mundo. Escribile otro papel, respondióme; fué favoreciendo mi esperanza de modo que más entendía en las cosas de amor que á lo que había ido por mandado del Morabito,

Acuérdome que un día, viéndome tan favorecido, quise me mostrase su amor conmigo, en parte donde le pudiera venir riesgo, sino fuera más cuerda que yo, porque saliendo de una Iglesia ella y otras señoras, estàbamos á la puerta Riselio y yo, ciego de enamorado y loco de favorecido, poniéndonos á la puerta por donde había de

pasar, y así como llegó á emparejar conmigo le dije me diese una cinta dorada que traía delante en el cordón, á que ella disimulando pasó de largo, aunque lo entendió la que con ella iba; díjome Roselio: ó estais perdido ó no teneis juicio, que es lo más cierto, pues habeis hecho lo que he visto. A que yo respondí: yo lo confieso, querido Riselio, que la fuerza de mi amor lo ha hecho, pero yo os prometo que sea enmienda, ojalá lo fuera; fué ella apasionada y con razón; yo quise dar disculpa de mi yerro, más ella mostrando sentimiento, no me respondió al papel que la escribí.

No sé como decír el dolor que sentí de oir tan triste nueva como la que me dió mi tercera; y así, apasionado, pensando hubiese mudado de pensamiento, tomé la pluma y la envié este soneto, que luego escribí:

"Así goces, oh Calpe, de tu cumbre,
Que con su altura sube al alto cielo,

Así te cerque siempre el dios de Delo
Con supurpúrea ingrata mansedumbre.
Así te bañe el marcon su costumbre
Siempre tus ondas, que dan fama al suelo,
Y así causes al mundo tal consuelo
Que reciba de tí suave lumbre:
Que á mi Amarilis, que en tus faldas bellas
Su ganado apacienta, y le dá Flora
El tributo que debe suave y manso,
Que le cuentes mis ansias y querellas
Y que mi alma con su ausencia llora,
Sin permitir ni procurar descanso.„

Al fin llegó á sus manos, que más blandamente recibió, casi sintiendo la respuesta rigurosa que antes me había envíado, y en pago de ello me envió á decir me quería hablar en casa de su vecina. Cuando yo oí aquesto, ó leí, por mejor tuve, por felicidad el no haberme respondido la anterior vez.

Fuimos allá yo y Riselio, y así como la envió á avisar estaba yo allí, vi-

no con grandísimo gusto, qué yo recibí con colmada alegría. Sentóse en una silla junto á mí, y luego yo le dije:

—Cuantos rigores vuestra divina hermosura, bella Amarilis, hubiera usado conmigo, con el presente favor comparados, fueran breves penas. Posible es que yo he podido merecer tanta gloria? ¿Posible que el amor pudo llevarme de tan abundante gusto? ¿Quién más venturoso que yo? ¿Quién más dichoso? ¿Quién siendo tan humilde llegó á gozar de esos rayos, sin que de nuevo no le hiciesen brotar llamas de fuego el pecho enamorado y aficionado? Mas, dueño mio, lo que el pecho siente no imagino, que aunque amor me ofreciera nuevas razones, pudiera significarlo la lengua.

A estas cosas estuvo callando Amarilis y mirándome, y despues de haber estado un rato suspensa, me respondió diciendo:

—Lo mucho que me alegra, Arsin-

do mio, vuestra vista, y gusto que me causa, no me dan lugar á que os agradezca con palabras lo que siento. Amor puede hablar por mí, pues él como penetrador de mis entrañas y cansador de mi fuego, podrá libremente responderos. ¡Oh, quién tuviera en esta ocasión mil almas que entregaros, mil reinos con que serviros! Mas con lo poco que el cielo me ha dado, os podré amar, querer, estimar y servir, hasta que la parca ataje el hilo de mi vida. Si con estas razones el sobrado gusto no me mató, fué por dar memoria cuando lo perdíese para sentirlo y con rigor atormentarme.

Entonces con el demasiado amor le así ambas manos, y llegándola muchas veces á mi boca, le dije:

—Mi bien, sabe el cielo lo mucho que os adoro, que ní quíero más bien que á vos ni lo deseo. Vos sois mi bien, mi gloria, mi sosiego, mi descanso. Sin vos no tengo vida; con vos me sobra

la alegría. ¡Ay, Dios, y quién tuviera una larga vida para emplearla en serviros! ¡Oh dia, no pases tan ligero, pues con tu veloz curso acrecientas mis tormentos y abrevias mis bienes! ¡Oh sol, párate en medio de tu carrera por espacio de un siglo, mientras estoy con Amarilis.

En estos y otros disparates de enamorados pasamos la tarde, de ella nos despedimos y fuime á casa ufano del bien que el amor me había dado y ofrecido; todo era alabar á amor, todo era ofrecerle víctimas de lo intrínseco de mi alma, ofreciendo ante sus aras los despojos de mi vida. Mas ¡ay de mí! que cuando más me había encumbrado sobre los ejes de su voluble rueda, entonces con más rigor me abatió al profundo de mis desgracias.

Llegó á tanto la comunicación mia y de Amarilis, que ya casi todas las noches iba á verla y hablarla por medio de su vecina, que dándome lugar lo

tenia el que yo quería y ella podía hurtar de su madre y casa. Al fin una noche oscura, y penúltima de mi desdicha, al entrar en la calle solo, revolviendo de un cantillo la esquina, se me clavaron los piés como si acaso con hierros timoneros fuesen en la tierra fijados; iba á andar adelante, no podía; quería volverme hácia atrás, no acertaba, parecía viva estátua de hielo; iba á mover la lengua, era imposible, erizóseme el cabello, temblóme el cuerpo, discurrían unas heladas gotas por mis miembros, alanceábame el deseo de ver mi Amarilis. Estando en este trance, comenceme á encomendar á Dios, y decir: Jesús, ¿qué temor terrible es este que me detiene? ¿Qué nieve es esta que me ha helado? Y haciendo otros discursos saqué fuerzas de flaqueza y probé á andar, fuí la calle adelante, y apenas anduve seis pasos cuando sentí detrás de mí un ruido de cadenas tan espantoso cuanto con el si-

lencio de la noche causaba funestos ecos; volví los ojos sobresaltado y al instante ví una perra grandísima que hacía el ruido, con cinco ó seis perrillos á los lados; si en aquel instante no quedé muerto, á lo menos la calor diera ostentación de ello. Fui andando más aprisa y ella detrás de mí, llegué á la casa, llamé, acudieron á abrirme, entré dentro, hice atrancar bien las puertas, llegó Amarilis á recibirme con los brazos abiertos, que aunque bastaran para darme vida, no fueron parte para que me sosegara tan presto.

Como me vieron con el color pálido, el corazón palpitando, anhelando tan aprisa, me dijo mi dueño, llena de sobresalto:

—¿Qué disgusto, Arsindo mio, es el que os trae con aquesta fatiga? ¿Qué color es este? Que si vos pasais la pena de vuestro tormento, yo siento el efecto; sin duda quiere el cielo, variándome el bien, dar fin á mi vida. ¿Qué sus-

pensión os detiene? ¿Qué mudanza de ánimo es aquesta? Es posible que quien lo tiene tanto, le falte ahora de aqueste modo? Si es fin vuestro bien, antes ruego al cielo la muerte triste allegue el mio, que yo vea ante mis ojos espectáculo tal. Hablad, hablad, no me esteis haciendo atormentar tan despacio.

A todas estas cosas, pastores amigos, la estaba mirando, y á la última razon que de aquella boca salió, comenzaron mis ojos á destilar un liquido humor salido de lo intrínseco de mis venas; no os prometo de falta de aliento ni de ánimo, mas de ver con la eficacia que Amarilis decía estas razones formadas con una fineza grandísima, y asiéndole las manos, le dije:

—Dueño de mi alma, y único bien mio, no os alboroteis de aquesta manera, que es mi mal nada, y mi tormento ménos; dejadme respirar un poco y cobrar algún aliento de que ahora

carezco, con algún género de desmayo.

Acudieron de presto, trajeron una caja de conserva y vino, tomé un poco de ella y bebí un trago, y respirando les dije:

—Asomaos á esa ventana y mirad si parece algo por la calle.

Hiciéronlo así, sacando la mitad de una vela, y con la luz vieron lo mismo que yo antes, y dijeron, que sinó era una perra grande, no había nada en la calle; yo entonces les dije:

—Esa es la que me ha puesto del modo que estoy, aviso triste de mi bien ó mi desdicha, porque si de aqueste modo el cielo me avisa me aparte de hablarte, Amarilis mia, ¿qué mayor infelicidad? Y si aqueste apartamiento lo hace por mi bien, sin tí, señora, ¿qué gusto podré tener ni alcanzar? ¡Qué descanso! Porque si tú lo eres mio, faltándome, todo será pena eterna, mortal desasosiego, terrible inquietud; así que de cualquiera ma-

nera viene á causarme en mi daño, mas bien puedes estar cierta que si se me ofrecieran montes de dificultades, fuera imposible el dejarte de querer, el dejarte de adorar; porque aunque quiera el cuerpo, estando sin el alma, ¿cómo podrá? ¿Quién será bastante sino la muerte? ¿Quién tendrá fuerza para ello sino la guadaña, como cruel homicida de los humanos?

A todas estas razones, á Amarilis se le arrasaron los ojos, no de agua, que para su cielo era baja materia, de un cristal tan puro y bello, que al salir de sus niñas se volvían hermosas perlas.

Tomóme el lenzuelo de la mano, que estaba húmedo con mis lágrimas, y enriqueciéndolo con las suyas, vino á interpolar caudal divino con humanas prendas, y dijo:

—Ya sé que la fortuna quiere, siendo instable, mostrar en mi mayor gusto su acostumbrada variedad, y no es

mucho lo que haga ahora, pues conmigo lo tiene ya por uso. De una cosa te podré asegurar, que sus vaivenes, ni los del tiempo han de ser parte para apartarte un punto de mi memoria. Tuya he de ser y tuya soy, y para tí nací, y pongo por testigo á los mismos cielos que nos oyen, á estas paredes insensibles que nos miran, á estas imágenes que al rededor de esta sala sirven de mudos intérpretes, de ser de otro sino de tí.

Al fin, en estas y otras cosa, se pasaron más de dos horas, al cabo de las cuales me sosegué algún tanto y dije me quería ir á reposar; salí de la casa, y al medio de la calle volví á ver la misma perra; alborotéme de nuevo, quise desviarla de mí porque se me había ido llegando, tiréla con la espada y no hizo caso; tiréla segunda vez, tampoco. Como ví aquesto, alargué el paso, alargólo ella; iba poco á poco, ella tambien. Al fin antes de llegar á mi casa,

muy poco trecho, desenvainé la espada, tiréla y parecióme que la había partido por medio; vínose para mí derecha, púseme con ella formando una pendencia grandísima. A los bocados que me tiraba, dañaba la capa y parecía que me llevaba cada vez un pedazo. Bregué tanto, que me vine retirando cerca de la puerta de mi casa, dí un gran golpe, y todavía la perra conmigo, acudió un criado, abrióla y al abrirla caí en el suelo desmayado; llamó á Riselo, acudió casi en camisa; así como llegaron, dije con poco aliento:

—Mata, mata esa perra, que me ha muerto.

Salieron, miraron toda la calle y aun otras, y no hallaron nada, subiéronme arriba, desnudárome y acostéme con Riselo, que procuró y los demás divertirme.

Amaneció otro dia, comuniqué el caso con él, consolóme mucho, procurando quitármelo del pensamiento. Pa-

saron algunos dias, siempre yo con aquella tristeza y sobresalto. Y finalmente, otra noche oscura, yendo yo y Riselo, en la propia calle, se volvió á aparecer á mí solo, comencé á alborotarme, él á sosegarme, diciendo, no había nada; fuímonos recogiendo á casa, y aquella noche ordenamos de que yo me fnese á Ceuta por divertir estos pensamientos por cuatro ó seis dias.

Aliñose la embarcación, fuime á despedir de Amarilis. y áunque dije la causa y por lo poco que iba, lo sintió y lloró mucho, como si fuese la última vez que me había de ver (como ¡ay de mí! lo fué.) Fui á despedirme tambien de don Cárlos, el cual me dió una carta para el Marqués de Ceuta, de quien era particular amigo. Llevéla, fúime, y en dos horas nos pusimos allá, aunque me vi en harto peligro, porque donde iba era un bergantín cuya vela estaba por medio un poco rota, y era tan recio el viento enmedio del Estrecho, en aque-

lla profundidad de aguas partióse por medio y comenzó el bergantín á dar vaivenes, y luego todos á voces llamaron aquella Santísima Imágen de Europa que á la puerta del monte tiene tiene su ermita, cuya piedad mostró en nosotros milagro.

Comenzaron los marineros á decir:

—Amaina la vela, larga escota; otros, coge esas bolinas; llegará la vela antes que el viento se la acabe de llevar.

Al fin amainó el Poniente aunque algun tanto, de modo que hubo lugar de amarrar la vela que quedaba y con ella llegamos á Ceuta en salvo.

Salté en ella, fui á dar mi carta, que con ella me hizo el Marqués mucha merced, como tan gran príncipe y como tan gran caballero que la enviaba. Estuve allí seis dias, al cabo de los cuales una noche, saliendo á divertirme (el pensamiento siempre en Amarilis, aunque algunas veces me formaba unos

tristes presagios que verdaderos fueron), volví á ver la perra de la misma manera que en Gibraltar la había visto; alteróme más este tercero suceso, y aunque las espaldas volví para volverme á mi posada, me siguió tanto y me apretó, que me obligó á volver el rostro y decirle me dijese quién era y qué me quería; ella se paró sin hacer movimiento, á que yo escandalizado volví de todo punto las espaldas y me fui á mi casa; vino la mañana, ordené de ir al Marqués á decirle que me venía, diese licencia para que me embarcase, que hizo de buena gana, y respondió á su carta.

Llegué á Gibraltar, fui á ver á mi amigo Riselo, entré por la puerta, subí al aposento donde estaba, ya avisado de un criado que ya había venido; fúile á abrazar y recibióme con lágrimas, lleno de luto el rostro, cubierto de melancolía, y lo primero que me habló fué un profundo suspiro, salido de las

entrañas. A aquestas cosas, yo pensativo, suspenso, lleno de un miedo terrible, de un temor espantoso, le dije:

—Mucha confusión me ha dado, amado Riselo, de ver con los espectáculos tristes que me recibís, cuando venía á que me diérais consuelo en mi afligida pasión. ¿Qué recibimientos funestos son estos? ¿Qué causa os mueve para hacerlo? Si es presagio triste de mi desdicha, dadme de presto la muerte y no á tragos la vaya recibiendo el pecho. ¿Es de causa vuestra ó mia? Porque de mi parte quien la pueda dar tanta no puede ser sino la muerte de Amarilis; mas sin duda lo debe ser, pues ¡ay amigo mio! no me lo quereis decir. Desatad la lengua presto, dad fin á esta confusión que tengo y á esa remisión que os detiene.

El entonces, dando otro suspiro, me dijo:

—Mucho siento, Arsindo infelice, darte esta triste nueva, pues el tor-

mento que te ha de dar y lo que te ha de afligir, casos son de fortuna, guiados de su varía rueda, pues tienes entendimiento, apresta la paciencia, pues la has menester en este caso.

Yo entonces le dije:—¿ha muerto Amarilis?

Respondióme él:—luego que te fuiste, dentro de cuatro dias.

—Oh, triste de mi! (comencé á decir furioso). Oh desventurado de mí! Esta desdicha me tenia aparejada la fortuna con estos rigores me esperaba mi suerte! ¿Quién, aunque sea de bronce, podrá aliviarme y tomar descanso en tantos males? Afuera pensamientos mios; afuera, vida mia, cese el hilo vuestro, pues no es justo vivais no teniendo alma. Amarilis mia, ¿es posible que te fuiste sin llevarme á mí primero? ¿Es posible que se atrevió la muerte á dejar mi vida y llevar la tuya? Mas aguarda que ya me voy contigo.

Estas lastimosas razones y otras

mucho más decía, cuando levantándose Riselio me tuvo y comenzó á consolar, como hombre que tan buen entendimiento tenía; más que consuelo había de bastar para pecho tan atormentado.

Pasose aquel día y otros algunos que pasé en tristes memorias y amargos llantos, cuando una mañana acordándome de mis yerbas y piedra, ordené de avisar á mi amigo para que fuese conmigo, llevaron de comer unos criados, subimos allá arriba al monte, y antes de llegar al alto picacho, hicimos quedar los criados atrás y fuimos Riselo y yo; llegamos al circuito, quedóse abajo y yo subí, y llegando arriba ví mis hojas ya de la manera que el Morabito me lo había dicho.

Bajé, comimos, estuvímonos allí hasta la noche, envíamos los criados para que aliñasen la cena. Anocheció, estuvímonos buen trecho de la peña, hasta que nos pareció ir la noche en su medio curso. Entonces le dije á Riselo:

—Ya me parece que es hora, quedaos aquí, porque yo tengo de ir solo, que es fuerza.

Así quedóse, fuí yo, subí por la peña arriba, y estando enmedio de ella me pareció que estaba en la región del aire. De aquella manera, y que iba á caer enmedio del mar, y tambien que estaba al canto de la meseta de la peña, por donde había de subir una sierpe espantosa, grandísima, con una boca que se podía tragar cincuenta hombres, unos ojos que anhelaba fuego de ellos, y que los escalones eran de víboras formados.

En tanta confusión me ví, que no sabía que hacerme; si subía, me imaginaba en las entrañas de la sierpe; si bajaba, en el profundo seno del mar. Determinéme al fin de subir, llevando desenvainada la espada en la mano, como si por ventura me hubiese de importar para algo.

Llegué arriba, y al poner el pié en

el último tránsito, se deshizo la sierpe en llamas, arrojando muchas chispas, cohetes y humo; quedéme helado, que por poco no caí abajo.

Fuí andando para llegar á la piedra, y antes de llegar ví atravesar una culebra, que á la vista se ofreció, de más de ocho varas. Aquí me acabé de alterar y á temer, más acordándome de lo que el Morabito me había dicho, que no temiese cuanto viese, tomé grande ánimo y encajéme el sombrero en la cabeza, y llegué con nuevo esfuerzo y cogí la piedra y las nueve hojas, y así como la alcé se desapareció todo lo que había visto, y yo bajé con mucho gusto por la peña abajo, llegué al suelo, fuí andando hasta donde Riselo estaba, el cual hallé con cuidado por la tardanza mia. Saludóme, holgóse, y luego venímonos aprisa por alli abajo hasta llegar á la ciudad, que sino lo habeis por enojo era ya las tres de la madrugada.

Hallamos los criados con grandísima congoja, no viendo nuestra venida. Sentámonos á cenar ó á almorzar, por mejor decir, y luego otro día ordené mi vuelta á Munda, aliñóse todo, despedíme de Riselo y de D. Carlos, que como tan honrado caballero, se holgó de mi suceso y ofreció de nuevo para todas las veces que fuese á aquel lugar, salí y salió conmigo Riselo, acompañándome cerca de dos millas, y luego yo le hice volver, cuya despedida fué con hartas lágrimas suyas y mías, y al cabo de ellas comencé á hablar de esta manera:

Monte Calpense, cuya eterna fama,
con gloria se derrama en todo el mundo,
yo que soy sin segundo desdichado,
ya que quiere mi hado que me ausente
del cielo refulgente, que te cerca,
y pues que ya está cerca mi partida,
oye mi despedida, lamentable.
Mas no sé como hable ó como empiece,
si mi desdicha crece, en darme males

que á todos los mortales pone espanto,
un mar grande de llanto echar quisiera
para que así pudiera á la fortuna
de su furia importuna aplacarla,
sino es que es ofuscarla en mi desdicha,
porque tan corta dicha, solo puede
dejar que ruede, con el cielo airado.
Mas ¡ay! que me ofuscado sin sentido,
á amor favor le pido, como amigo,
y buen testigo de mis males tristes.
Adios montes, que fuistes mi sosiego,
mas no del fuego, de que voy quemado,
que ese ha quedado, por mi infelice suerte
que se convierte ya en un llanto eterno
vuelto en infierno de insufribles penas.
Adios, amenas é intrincadas faldas,
matizadas de gualdas, de una mano,
de quien en vano su favor se espera.
Ay, muerte fiera, y á tus tiranías
de las finezas mias, fin hicieron
cabañas á do vieron hermosura
mis ojos de locura ya llenados,
quedad adios, amados pasos mios,
fuentes y rios, de cristales llenos,

ya echareis menos la corriente mia,
que se desvía por el hado injusto.
Adios quedad, que gusto de ausentarme
por no acabarme, viendo por mis ojos
tristes tantos enojos, y sin culpa.
Como dará disculpa la fortuna,
ó que esperanza alguna se mejora,
montes, prados ahora, juntamente
lo que mi alma siente, sentid juntos,
aunque son ya difuntos mis deseos,
cuyos trofeos son tristes amores.
Adios pastores, que se ausenta Arsindo,
Ay! que á llanto me rindo sin consuelo.
Adios, dulce Riselo, amigo caro,
no en darme estés avaro mil abrazos;
porque estos lazos me prometen vida
sin temer la homicida de mi alma,
que me dejó sin ella puesto en calma.

Al último fin de esta lastimosa despedida, comenzó de nuevo nuestro llanto; al fin, fuese, y yo me vine por el camino adelante, donde al cabo de poco rato encontré un hombre que venía al parecer siguiendo el mismo camino

que yó, saludóme y yo á él y preguntome hácia donde iba, díjele que á Munda; díjome que me iría acompañando hasta cierto lugar que en el camino estaba; yo, aunque verdaderamente iba tristísimo, no dejó de darme algún alivio la compañía, entendiendo por allí poderme aliviar algún tanto de mi tristeza. Tratamos de donde venía cada uno, y venía de donde yo, porque era de allí natural; fuimos alabando sus partes de aquella ciudad y lo mucho que en ella se holgaban los mancebos y gente moza; tratamos de diferentes cosas por el camino, que os prometo me entretuvo el hombre de mi melancolía.

Quedóse en su lugar, y yo llegué á Munda, donde me recibieron con grandísimo gusto mis parientes, por quererme bien y estar con alguna pesadumbre de mi tardanza. Al fin descansé aquella noche y otro dia, en el cual algunos amigos me vinieron á ver

haciéndome la merced que antes. Preguntáronme algunas cosas á que yo respondí con alegre semblante, dándoles gusto, y satisfaciéndoles á todo; pasóse aquel dia, llegó la noche, volvíme á acostar; sabe el cielo que todo cuanto dormía era el pensamiento en Amarilis, pues con pérdida tal, el gusto de adelante me amenazaba poco, no podía olvidárseme las muchas veces que aquella perra me apareció, las que en la calle de Amarilis y en Ceuta.

Decía yo entre mí: si aquella visión andaba por la calle, á otros les aparecería tambien como á mí; decía luego: nó, que es cosa que se había de saber por toda la ciudad; no sabiéndose, no la hay, y aunque la hubiera, aparecérseme en Ceuta tambien, no puede ser, sin duda hay aquí algún secreto escondido.

Imaginaba tanto aquesto, que me quitó el color del rostro y gasto del pecho; levantéme por la mañana, llegué al portero de la mina y díjele:

—Abajo me voy por todo el día al fresco; toma este doblón, y por vuestra vida que ni dejeis entrar á nadie, ni os desparezcais, por si quisiere salir.

Agradeciómelo; por mis escaleras abajo, llevando la piedra y yerbas conmigo, llegué al propio lugar donde hallaba al moro que me estaba aguardando, que así como me vió, holgándose, me abrazó y dió el bienvenido, con muchas muestras de alegría; entrámonos por el resquicio, salímonos al patio, subimos por las escaleras, llegamos á la sala donde nos salieron á recibir con grandísimo placer los cuatro moros que conmigo fueron hasta donde estaba el rey moro, que así que me vió, echándome los brazos al cuello, estuvo de alegría de ver mi vuelta un rato suspenso, y comenzóme á hablar así:

—Más eleva una alegría, querido Arsindo, y saca más fuerza de sí á un

hombre que un pesar, y la diferencia que en esto hay, es que de lo uno se siente presto el bien, y de lo otro cada dia con la memoria se va aumentando el mal. Así, que si esto es verdad, no te espante la suspensión que he tenido, pues nace de un súbito gozo que con tu venida me ha dado, de lo cual está pendiente mi descanso y colgada mi esperanza. El agradecimiento que en mi alma siento, sino es que rasgas mi pecho, no lo podrás imaginar, ni ver como esta, por ser tan grande. Por lo cual, si quieres satisfacerte, yo te doy licencia lo abras, echarás de ver cuánta verdad es lo que te digo.

Iba á responderle, cuando á este tiempo llegó el Morabito muy alegre, dándome muchos parabienes y bendiciones por la diligencia hecha. Yo les dije:

—Paréceme, señores, que para lo mucho que vuestra alteza merece y todos los demás, no he hecho nada,

pues pongo á pique una vida por salvar tantas; ya está acá todo lo que me mandastes trajera, no hay sino poner por la obra lo que se ha de hacer para que tenga fin esta empresa, pues ya que estoy empeñado en serviros hasta el fin, lo he de proseguir.

—Sea así, dijo el Morabito; quiérote decir para qué has traido la piedra y yerbas: todo es para darnos libertad. La piedra, has de dar con ella en la boca de la cueva que está ahí detrás, cuyo camino sigue hasta el nacimiento de este rio, en una peña grande que está atravesada, y del golpe hará un agujero redondo y saldrá una sierpe grande mucho y espantosa, que has de matar, y las yerbas se han de mojar y del zumo que de ellas saliere has de untarte todos los miembros primero, con que será fácil el matarla, teniendo ánimo para ello. Y hecho aquesto has de ir por el camino que sigue de la cueva á adelante hácia el nacimiento

del río, entrarás y hallarás en un torno de aguas sentado, con un tridente en la mano, al viejo Guadalivin, deidad encerrada en aquel sitio, y libremente, haciéndole un razonamiento, le pedirás las llaves de los candados, que al rey Zelimo tienen en esta prisión, y abriéndolos estaremos todos sueltos y entonces le hemos de ir á dar gracias á Guadalivin, y por aquellos resquicios de sus cuevas saldremos para ir á nuestro víaje, y porque se te aumente el ánimo, quíero decirte, que no el primero de tu linaje eres el que habrás muerto sierpe, sino el segundo, pues con este misterio dejé esta empresa guardada para tí.

Yo entonces roguéle me hiciese merced de decirme qué sierpe fué la primera ó cómo sucedió el caso, y él dijo que lo diría, y comenzó así:

—En el tiempo que el católico Rey don Fernando pretendió de ganar el reino de Granada, comenzó por esta

ciudad de Munda, como plataforma y fortaleza de todo este reino; ganóla, y despues de pocos dias que estuvo en esta ciudad un quinto abuelo tuyo, de los ganadores que con el rey se hallaron, despues de hechos los repartimientos de los campos y heredades, cupiéronle á él en parte unos olivares que llamaron del Arenal, cuyo nombre hoy retiene la fuente, y saliendo una tarde á verlos, á la vuelta salióle una sierpe grandísima que andaba por aquellos montes haciendo grandísimos estragos y amedrentando la gente. El venía á caballo, armado y con su lanza por durar entonces las guerras. Púsosele delante del caballo; entonces él tiróle la lanza, birióla encima de una de las alas, y ella herida arremetió á él y sacole de la silla y anduvieron bregando un rato. En esto, acordándose tu abuelo de un puñal que en la cinta traía, sacole, y por entre las conchas de la barriga le comenzó á picar tantas ve-

ces, que una acertándole por el corazón, cayó muerta en el suelo, y él aunque mal herido levantóse cobrando grandísimo esfuerzo y subió en su caballo, que andaba alterado por entre los olivos, atando á la cola la sierpe, con la cual entró en la ciudad, escandalizando á todos los que la veian. Llegó el ruido á donde estaba el rey y mandole llamar. Preguntole que qué habia sido aquello, él contóselo, y entonces el católico rey le dijo:—si hasta aqui os habeis llamado Pedro Martin de Moron, llamaos de aquí adelante Pedro Martin de la Sierpe, y asi le quedó este nombre. Así que supuesto aquesto no hay que mostrar temor, sino hacer como descendiente de tal.

Yo entonces, oyendo caso tan extraño, le dije:

—Yo prometo, que si como es una fueran muchas, de no huirlas el rostro, como se verá.

—Pues vete á descansar, dijo el

Morabito, y vuélvete mañana temprano y darase fin á este negocio.

—Pues yo me voy, dije, y despidiéndome de ellos volvi á mi casa, á hora de las dos, púseme á reposar, levantéme á la tarde, salime á pasear un poco y acerté á pasar por una calle donde ví en una ventana un ángel divino cuyo rostro hermoso daba ostentación de la mucha virtud del dueño. Mirela con algún cuidado, no digo que desde luego me abrasó, mas que me pareció muy bien; aunque la memoria de Amarilis no me daba lugar á poner otra persona en la parte donde ella estuvo, pasé de largo, vino la noche, acosteme y en toda ella pude apartarme del nuevo rostro que amor me había ofrecido.

Levantéme así que amaneció, dijeles á mis parientes que me quería ir por dos dias con otros amigos á holgar á unas huertas, me diesen licencia, aunque pensaba no sería más de uno. Dié-

ronmela; salí de casa armado muy bien y fuime paseando hasta llegar á la mina donde entré, pretestando el pagarlo al portero, descendí las escaleras, hallé á mi amigo el moro, y sin dilación entramos por el acostumbrado resquicio, yendo á dar al patio donde ya todos estaban esperando.

Recibiéronme alegremente, teniendo de las yerbas ya sacado el zumo para la futura pelea que se esperaba. Al fin, abrazado de todos que por sus asientos estaban sentados, fué el Morabito á enseñarme la cueva, que distaba de allí hasta treinta pasos, poco más ó ménos, y antes de llegar hízome desnudar y fueme untando el cuerpo con todo el zumo; luego me vestí, poniéndome con mis armas espada y daga á los lados, y la piedra en la mano derecha. Ya que estuvo todo hecho, enseñome la peña y cueva, y despidiose de mí diciendo me aguardaba en el patio con los demás.

Fuime llegando, y así que estuve cerca, tiré la piedra, dí con ella en la otra, á cuyo sonido salió una sierpe horrible, espantable, y sobre todo grandísima, cuya visión os prometo me pudiera dar algún temor sino llevara la confianza dicha. Meto mano á mi espada y á mi daga, póngome con ella, vínose para mí, pensando de un bocado tragarme, tirome con la boca una dentellada grande, por la cual le metí la espada, y aunque me llegó con las uñas al pecho, fué como si llegara á un bronce duro, y aquella dureza infundiómela los untos de la yerba; más á lo que yo entendí el pecho me pareció que estaba abierto, y así con la cólera que se me infundió volví á cerrar con ella, y á pocos lances la vine á dejar tendida en el suelo; así que la ví de aquella manera, llegué de presto y cortele la cabeza y púsela en la punta de la espada y comencé á caminar por el camino que la cueva adelante seguia,

por donde me fueron entreteniendo los cantos que á compas las aves hacían, y la fragancia de olores que las florecillas echaban.

Anduve tanto que llegué al remate de él, donde ví dos coros de ninfas que estaban descansando y bailando con el apacible son que las murmurantes aguas formaban, mas con la prisa que llevaba no les tuve atención, sino pasé adelante, donde por una boca grande que un risco hacía, entré, y luego se me ofreció á la vista la deidad de Guadalivín, sentado enmedio del nativo estanque de las aguas en una silla de cristal trasparente, con un tridente en la mano derecha y las llaves en la izquierda, coronado con una corona de yedra, entretejida con diversas flores y una barba cana y larga hasta la cintura, con un aspecto gravísimo, casi provocando á miedo.

Hinqué la rodilla en tierra y díjele estas razones:

—Prudentísimo padre y señor de las corrientes líquidas, que de aquestas cóncavas peñas para fertilizar los campos y llenarlos de ópimos frutos se despeñan, oye la oración que aqueste siervo si humilde tuyo, aficionado de tu sagrada deidad te hace, implorando el favor tuyo, justo, si en aquesta ocasión, por venir de tus manos propicio. Ya sabrás y te constará los muchos años que ha que el rey Zelimo, por injustas causas y gustos de los hados, está encantado debajo de tus raudales, cuyo principio de su bien, si soy yo, fin agradable y alegre has de ser tú, debajo de cuya piedad y amparo se presenta, pidiendo el auxilio que de tus manos se puede esperar. Y para que humanándote uses de tu antigua liberalidad y clemencia, presento ante tus pies esta cabeza que en esta punta de esta espada viene pendiente, fuerte lazo del terrible encanto que á este rey se le hizo tantos años ha. Las causas

que para matar yo esta sierpe han precedido, por ser prolijas de contar no te canso con ellas, basta el decirte que yo la maté, y veugo á suplicarte entregues las llaves para abrir los fuertes candados con que están presos.

A todas estas razones, alzando el rostro, estuvo atento, y despues de haber acabado yo de decir, me mandó llegar á sí y abrazándome muy estrechamente, me dijo las siguientes palabras:

—De un mancebo tan honrado y tan bien nacido como tú lo eres, no se podía esperar menos que un hecho igual á este; pero como descendiente de tan honrados mayores, corresponde como quien eres; quisiera, en vez de agradecimiento, referirte los hechos de los que tu ciudad ilustran, cuya fama el tiempo ni el olvido podrá borrar de las memorias de los hombres y de cuyos linajes tan insignes, para siempre se tendrá entera noticia, mas para decir-

te con poco mucho, basta decirte que son Morejones, Salvagos, Zúñigas, Ahumadas, Varonas, Luzones y caballeros ilustres en todo y sobrados en todo.

Yo entonces le dije:

—Mucho agravio haces, señor, en no nombrar otros muchos que hay, cuyas virtudes dan ostentación y muestra de sus claros linages.

—Yo te prometo, respondió él, que dices verdad, pero por no cansarte no me canso con referírtelos. Lo que ahora resta es tomar las llaves y vayan contigo dos tritones de los mios para que te ayuden á quitar las fuertes cadenas, y vengan luego con todos juntos para que por aquí le dé pasaje al rey Zelimo y á los demás que con él están, y con esto vete enhorabuena Arsindo.

Volvíle á besar las manos, salieron conmigo los dos tritones que mandó, yéndome acompañando hasta que volví á entrar por la cueva y salí por las sa-

las al patio, donde estaban todos aguardándome.

Si se holgaron con la presente vista, cabeza de la sierpe en la espada, llaves en las manos de los tritones, no hay para qué cansarme en decirlo, pues era fuerza donde tantos años habia de esclavitud, hubiese igual alegría con la presente libertad.

Llegamos todos tres á ofrecernos á los pies del rey Zelimo, y yo le dije:

—Ya, señor, han dado fin los hados á los injustos castigos, indebidos á tan real y fuerte persona como la de vuestra alteza, cuya vida de aquí adelante aumente, y prospere el cielo apesar de la fortuna y apesar de los tiempos que ya postrados la una y los otros yacen ante esos pies reales, como los que somos tus humildes criados estamos.

A estas razones, dándonos los brazos nos levantó, y luego usando los tritones del mandamiento del Guadalivin, comenzaron con las llaves á abrir los

candados de cadenas gruesas que á los pies tenían, así el rey como los demás, las cuales yo hasta aquel instante no había visto; quitadas las cadenas, comenzaron de nuevo las alegrías y regocijos, sonando varios instrumentos de clarines, añafiles y trompetas con acordada armonía y dulce son. Al cabo de las cuales, ordenando de ir á dar las gracias á Guadalivin, se recogieron todas las riquezas en una sala, dejadas para que yo ordenase de llevármelas, y díjome el Morabito:

—Todo aquesto que aquí está es para tí, Arsindo, en pago de los muchos beneficios que de tí hemos recibido; pero antes quiero darte un pequeño disgusto, dándote parte de un caso que te sucedió, cuya causa fué invención mia, lo cual no tengo de decirte hasta que no hayamos visto á Guadalivin.

—Pues ordénese, dije yo, de ir á verle y sea luego, que supuesto que ha de ser pequeño disgusto, sea breve el

tiempo que se ha de estar sin dármelo.

Al fin apercibióse todo y fuimos caminando por el camino de la cueva adelante, y desde el medio de él comenzamos á ver muchos corros de ninfas bellísimas, que con adornos vistosos y coronas floridas, nos salieron á recibir por mandado de su deidad, dando con las alegrías muestras del gustoso recibimiento que se les hacía, cuanto de triste fin para mí.

Primero se nos ofrecieron las Driadas ninfas de las selvas, coronadas de madreselvas y tomillos. Luego siguieron á estas las Oreades de los montes, con coronas de amarantos y tréboles. Las terceras fueronde los árboles Amadriades, con guirnaldas de palmas victrices y olivas verdes. Las cuartas fueron Napeas de los prados y flores, coronadas de mosquetas y clavellinas Las quintas fueron de los rios Naiades con coronas de juncias y tarajes. Las

sextas, Efidriades de las fuentes, coronadas de unos ramos de olmos, entretejidas con lazos de nacar. Las vitrimas Nereydas del mar, con coronas de corales y perlas, y de cada coro venía una cantando con dulce voz y concertado acento, que segun me acuerdo, las letras eran éstas. Las prímeras, que eran Driadas, decian así:

Las fuentes que el alma matiza,
cuando hace al mundo salva,
con gusto alegre risueñas
saltan, bullen, brillan, danzan.

Si al ausentarse la noche
las selvas están bizarras,
con la venida de Sintio
que las adora y engasta.

Y las avecillas libres
con arpados picos cantas
pidiendo albricias al dia
de el fin de sus esperanzas.

Y los campos apacibles,
con rosicleres de nácar
forman á la vista cielo,

y á los olfatos dan ambar.
Todos con el nuevo huésped,
que ya sus alfombras pasa
con gusto alegre, risueño,
saltan, bullen, brillan, danzan.

Esta letrilla fué la que estas ninfas cantaron, si con suave armonía, con dulce compás, á las cuales siguieron las segundas, que fueron las Oreades, al son de un rabel, cantando aquesto:

Entre faldas verdes
flores de zafir,
las aves le cantan
la gala al Abril.
Con picos sonoros, con motetes mil,
que los ecos llena
el céfiro blando
á compás de los montes,
queson máshermosos yestán más altos.
Guirnaldas de flores
con girones bellos,
tienden en sus cuellos
convidando á amores.
Muestran sus primores

al Rey que los pisa,
pues sus pies los frisa
con olores suaves,
y suenan las aves
con canto sutil,
con picos sonoros, con motetes mil, etc.

Si el primer coro había cantado bien, os puedo jurar que no excedieron á éste, que con gran primor y armonía cantaron la letrilla referida. Luego las terceras Amadriades, formando una bien compuesta danza, entraron cantando lo siguiente:

De aquestos frondosos ramos
que al sol hermoso topetes damos,
cuando bella aurora
flores produce, que ofrece á Flora,
entre fiesta solemne
los rendimos alegres al sol que viene.

Con dulce compañía
de alegres ruiseñores,
en platos de esmeraldas,
llenados de arreboles.

A Favonio apacible

rindiendo fuimos dones,
para que á un sol los diese,
mas ya para dos soles.
Todas sonoros pasos
de cánticos concordes,
damos al aire blando
señal de estos favores.
Si las fuentes celebran
con regocijo á voces
esta victoria álegre,
mostrándonos conformes
de aquestos frondosos ramos, etc.

No sonó menos esta que las demás, así por la dulzura de la voz como por la apacibilidad del sitio. Ocuparon el cuarto lugar las Napeas, cuyos adornos eran vistosísimos, y la letra que cantaron fué esta:

Quien dá á las flores olores,
y al claro dia alegría,
quién duda que será el sol
cuando por el cielo gira,
y si rayos tira
á amor sin decoro,

en su pecho los talla,
brotando lloro.

Salió Apolo al prado hermoso,
para haberlo de vestir,
dando su luz al salir
con resplandor más vistoso:
el campo entonces dichoso,
viendo su donaire y gala,
adornó una bella sala
para hospedar su tesoro;
y si rayos tira, etc.

De violetas y alelíes
tapetes hizo á sus pies,
y para ofrecer despues
miledia demos de rubíes,
y de espacios carmesíes,
el campo esmaltó Amaltea,
viendo que Apolo se emplea
en fertilizarlos de oro,
y si rayos tira, etc.

Os prometo que nos entretuvo mucho esta letra, por ser buena y ser cantada con dulces voces. Luego siguieron á estas, ocupando el quinto lugar, las

Naiades, cuyo canto fué tan bueno como la letra que se sigue:

Entróse á bañar amor
en los cristales de un río
que era tan frio,
que pidió luego favor,
y yo sin temor
piadoso le dí la mano,
y en pago quedé, de sano,
abrasándome en su ardor.

Con el calor de la siesta,
cuando aprietan más las calmas,
andaba á caza de almas
corriendo por la floresta,
fué bajando de una cuesta
fatigado del rigor
de la caza y del calor,
y entró en un raudal sombrío,
que era tan frío, etc.

Como de Venus nació,
aunque fuegos le atribuyen,
en viéndole dentro huyen,
porque á su centro volvió;
mas como el fuego dejó

y era niño, aunque era amor,
de la frialdad el rigor,
sintió en entrando en el río,
que era tan frío, etc.

Contentó mucho, por ser gracioso el sentido. Despues en sexto lugar llegaron las Efidriades á dos voces, cantando una y respondiendo otra:

P. Ha del prado. R. Ha de la fuente.
P. Vísteis por allá mi ausente,
que mirando vuestras flores
os suele causar primores
al son de vuestra corriente?
R. Ninfa, detente,
que aquel que mis yerbas pisa,
es solo quien nos da risa.
P. Ese es mi sol refulgente.
P. De muchos siglos enteros
despues, no vísteis salir
al que nos ha de lucir
siendo sol entre luceros.
R. Solo ví quien viene á veros
con libertad y alegria.
P. Mirad que viene este día

con aparato de gente.
R. Ninfa, detente, etc.
P. Mirad con dulce compás
las parleras avecillas,
que le cantan maravillas,
y el alba le alaba más.
R. Justas al aire le das
alabanzas de su pecho.
P. El mio está satisfecho.
R. Que es noble el que está presente.
R. Ninfa, detente, etc.

En sétimo lugar, con grande gravedad, entraron danzando las Nereydas, haciendo meneos extremados, y cantaron esta letrá:

Las olas del mar se rinden
al huésped nuevo,
con la venida de Febo.
Tanto gusto en sí conciben
con quien ya viene á pisarlas,
que les hace éste humillarlas
con el bien que del reciben,
y así con gloria aperciben
con mansedumbre sus prados,

porque los deje esmaltados
de bien nuevo,
con la venida de Febo.

De nácar y de coral
hace guirnaldas Neptuno
para darle don alguno
que á su persona sea igual,
pues viendo ventura tal
formando grande alegría,
se le ofrece en este dia
al huésped nuevo,
con la venida de Febo.

Finalmente, todas dieron y causaron mucho gusto á todos los que íbamos; fueron entrando y saliendo con tanta gracia y donaire, que acabando de pasar todas nos hallamos á la boca de la cueva por donde entramos á ver á Guadalivin, que con grande regocijo nos aguardaba.

Llegamos, hincó el rey la rodilla en tierra y todos detrás de él, y dánle la mano, le dijo:

—Levanta, fuerte Zelimo, cuyos hechos se levantan con el aire opaco por esa región etérea, dando la fama cuenta al mundo de elles, y dame los brazos que tantos años ha que han estado ligados con los fuertes hierros del encanto. Y tú, Morabito insigne, cuya ciencia ha venido á derribar y contrastar las fuerzas de los hados y de la fortuna, cuyo valor y piedad en lo presente se manifiesta, dame los brazos tambien, y todos, pues ya gozais de la libertad deseada, la cual gozareis de aquí adelante en quietud y paz, surcando las olas del húmedo reino, siempre contra la fuerza de los huracanes y tempestivos movimientos suyos, siendo gloria de vuestra nación y terror de la enemiga; por tanto, descansad por hoy en este apacible sitio, hasta que rompiendo el albor, dándoos yo mi favor, paseis al mar y vais á gozar de vuestros sucesores, que hasta hoy os esperan.

Agradeciéronlo todos así con palabras como con obras, y al cabo de haber pasado sus algazaras y alegrías, me dijo el Morabito estas razones:

—Ya te acordarás, Arsindo, que te dije fueses al monte Calpe y trajeses la piedra y yerba de nuestro remedio, que luego obedeciendo pusiste por obra, y estando allá te enamoraste, sujetando tus fuerzas á las de amor. Tambien te acordarás de una perra que te salió cuando más ibas deslizado y engolfado en el profundo piélago de Cupido. Pues has de saber que aquella perra fué por órden mia á hacer aqueso porque alcanzando por mi ciencia el divertimiento que traias, ordené de espantarte de aquesa manera, para que tomando algun desasosiego, procurases, acudiendo á nuestro negocio, dejar lo que poco te importaba, y así, para que no entiendas haber sido cosa del otro mundo, te aviso.

El dolor y rabia que yo sentí cuan-

do me acabó de decir aquesto, fué increible viendo el disgusto que me había dado, y la muerte de mi querida Amarilis, cansada de mi ausencia, y así, revolviendo mil pensamientos y quimeras, me entristecí con grandísima fuerza, y al cabo de poco rato le pregunté á Guandalivin si tenía salida aquella cueva arriba el monte; díjome que sí, enseñáronmela, subí arriba, y así que me ví en el monte comencé con gran furia á hacer grandes locuras y á decir aquesto:

—¿Es posible que tanto la fortuna persiga á un desdichado, y tras de tantos bienes que á todos os he hecho, me veniste tú á dar tan grande digusto? Si pequeño le imaginabas, si me quitaste mi bien y fuistes la causa de su muerte, ¿para qué me atormentabas ahora, con traérmelo á la memoria? Oh parca inhumana! dale fin á esta vida. Ya, ¡oh rey Zelimo, oh Moravito, oh moros! Ni quiero las riquezas que me

dais, ni quiero vivir tampoco.

Comenzáronse á alborotar, pesándole de lo que el Morabito me había dicho.

Llamóme la deidad, comenzóme á consolar y á decir, con los bienes que quedaban, pudiera desechar el disgusto que me cercaba, que las sacase luego, porque hundiendo sus raudales había de deshacer los edificios y podría ser los llevase la corriente, y que me manmaba las sacase dentro de treinta dias, donde qne no hallaría nada. Mas yo, no atendiendo á esto, sino á mi dolor, por entre peñas altas y levantados montes, fui y anduve vagando y corriendo, más buscando la muerte que queriendo la vida, cuya violencia me atormentó.

Anduve tres ó cuatro dias por entre aquellas malezas, al cabo de los cuales me vinieron á hallar unos pastores que llamándome quisieron aplacar mi furia, mas yo de nuevo comencé á ser

loco, huyendo de ellos, los cuales siguiéndome y dándome alcance, me asieron é hicieron sosegar y dieron de comer, aunque yo porque se acercase mi fin, lo comía de mala gana, y al cabo de poco rato me preguntaron la causa de mi locura, lo cual yo encubriendo dije diferentes quimeras, que ellos creyendo me llevaron á mi ciudad, donde entrando de noche y yendo á mi casa, hallé que mis tios estaban con grandísima tristeza y pesadumbre, más llorando mi muerte que aguardando mi persona; alborotáronse con mi llegada, aunque recibieron particular alegría con ella.

Comenzáronme á preguntar muchas cosas á que yo respondía, suplicándole me dejasen solo y en parte sola, que viéndome así me consolaría.

Estuve algunos dias de esta manera, comiendo poco y sosegando nada; de modo, que vine á pararme flaco en grande manera, con el continuo cuida-

do. En este ínterin oía yo decir que el rio se había secado, de que andaban todos admirados y confusos, mas yo como sabía la causa, no hacía sino callar y lamentar la mía.

Pasó el plazo y término que me dió Guadalivin, al cabo del cual parece que ya me hallaba más aliviado, y entonces llamé á mis parientes y dije la causa y conté lo referido, de que se admiraron y sintieron, así la pérdida como mi disgusto, aunque no lo mostraron por el alivio mio; vine á estar mejor, salía de casa á pasearme y quiso amor ofrecerme á la vista el nuevo rostro que antes hice relación, cuya hermosura me dejó admirado y fué en mi pecho haciendo nuevo asiento, aunque no dejaba de darme cuidado la muerte de Amarilis, pero haciendo consideración que de lo pasado no se podía cobrar ni restaurar nada, ordené de irme divirtiendo en algunos nuevos cuidados.

Propuse de emplear mi pensamien-

to, púselo por obra, y por no cansaros, solo os diré que fui tan venturoso que me pagó en igual grado mi nuevo dueño, cuya memoria me durará todo el tiempo que el cielo me concediese de vida. Tuve muchos ratos de gusto y pasatiempo, de dia y de noche, con Celia (que este nombre era el de este ángel divino), mas como siempre fui desdichado, ordenó la fortuna de variarme el bien y causarme nuevo llanto, cuando más iba gustando del segundo regalo. Era tan bella esta zagala, que entre algunos pretendientes que tenia fué uno más presuntuoso que capaz de gozarle y más impertinente que atrevido.

Entre algunas noches que le encontré, fué una última de mi sosiego, que queriéndome conocer ó echar del puesto donde yo estaba, le salió al revés porque metiendo mano á las espadas, fué mi suerte tan buena, que al variar de las puntas, guió la mia la razón

acertándole á dar por parte que le lastimase; cayó en el suelo turbado, y yo ligero partí como el viento por mi casa, avisando de lo sucedido; aprestéme y salí sin aguardar á más, y á la salida, volviendo los ojos á mi querida habitación, comencé á hablar de esta manera:

De los agradables prados,
que Guadalivin dormido,
forma y riega con cristales,
y deja de flores ricos.

Quejándose de su hado
se quiere ausentar Arsindo,
y entre lágrimas deshecho,
antes de partirse, dijo:

Adios, riberas famosas,
cuyos apacibles sitios
la primavera halagüeña
esmalta de rosa y lirios.

Fuentecillas plateadas,
que entre cóncavos de vidrio
llevais guijuelas de nácar
con homenages de armiño.

Raudales que vais corriendo
por entre amolados riscos,
del curso ó naturaleza
tan admirable artificio.
Sonoras arboledas,
cuyos espacios sombríos,
émulos siendo de Apolo,
dan al fatigado alivio.
Quedaos adios, y lamentad conmigo
los infortunios que padezco y sigo.
Torres y alcázares altos
sublimados edificios,
cuyos vistosos estremos
dan envidia á los corintios.
De la gentílica Munda,
origen noble y antiguo,
arruinados no del tiempo,
más sublimados del mismo.
Casas llenas de nobleza,
cuyas armas y designios
son observar de ordinario
las virtudes y sus ritos.
Ramas de las palmas nobles,
pimpollos esclarecidos,

héroes fuertes, cuyos timbres
ostentan bien los archivos.
Damas bellas y discretas,
cuyos ingenios divinos
forman otras musas sacras,
y otra alabanza del siglo.
Huertas, jardines y prados,
flores, fuentes, obeliscos,
nobles casas, héroes fuertes,
prendás amadas, amigos.
Todos sentid el mal con que me aflijo,
que es sin causa, y el cielo es buen testigo.
Angel mio, hermoso dueño,
no acierto á decirte mio,
siéndome el tiempo contrario,
que es el mayor enemigo.
El alma siente el dejarte,
y la fuerza del destino
quiere que ausente padezca
la furia de este martirio.
Que sea juez bastante
para mi ausencia un indicio,
enemigo cauteloso
de un apasionado arbitrio.

Para acabarme, señora,
¿cuál será mayor castigo
como estar ausente el alma
de ese rostro cristalino?
No me desampares, nó,
que si me ofreces tu auxilio,
¿qué mayor bien, qué más gloria,
qué remedio más benigno?
Huyendo voy, mas no el alma,
que esa se queda contigo,
que porque de mi te acuerdes,
el ir sin ella permito.
Que siendo ángel, con razon confío
en que has de ser mi paz, gloria y alivio.
Ay de mí! que la memoria
me dá un tormento infinito
en ver que padezco agravios
en los años más floridos.
Bien te acordarás, señora,
de aquel amado principio,
cuando me dejó abrasado
de Venus hermosa el hijo.
Ibamos, si bien te acuerdas,
por entre aquellos molinos,

que son de naturaleza
gran milagro, gran prodigio.
Y como los baña el agua
con un raudal excesivo,
te daba á saltar la mano,
y ella al pecho fuego mismo.
Y aunque el murmurio agradable
hace apacible ruido,
con capillas no distantes
de sonoros pajarillos.
No me deleitaba el alma
la música de sus picos,
sino esos ojos, señor,
con cuya esperanza vivo.
Y en su memoria he de pensar contino,
por ser de mi esperanza dulce abrigo.
Llegamos, divino dueño,
á aquellos huertos floridos,
que en el estremo comienzan
de los milagros ya dichos.
Tan abundantes de flores,
madreselvas y narcísos,
que á la vista juntos forman
intrincados laberintos.

Acuérdate que en llegando
me dijiste: dueño mio,
estas flores y estas rosas
todas se adornan contigo.
Y yo mi señora entonces,
te respondí agradecido:
el mayor bien que poseo
es ser, mi bien, tu cautivo.
Donde tú estás, todo es gloria,
no hay áspid ni basilisco,
que no huyan de tus ojos,
por no morir atrevidos.
Entre las verdes alfombras
de aquel bello paraiso,
junto á las orillas frescas
de raudales fugitivos.
Sustento al pecho y á los cuerpo dimos
aunque mirar tus ojos era el mio.
Acuérdome, niña hermosa,
que tus ojos de zafiro
me ofrecían de ordinario
dos mil favores distintos.
Y hollando las pisadas,
despues del alto camino,

sabe amor cuantos regalos
le diste al pecho sucintos.
La quietud siempre he adorado,
mas la fortuna no quiso
que la gozase, porque
constante la he retenido.
Al cielo pido venganza,
á los hombres y al abismo,
pues sin merecer padezco
estos agravios contínuos.
Mas no importa, que soy César
para tales enemigos,
y es fuerza haber de anegarlos
en el centro del Estigio.
Adios ciudad, adios padres,
adios dueño, adios amígos,
adios todos, y aunque parto,
no es porque al temor me rindo.
Que mal puede temer el monte Olimpo,
las nubes negras, si es mas alto el mismo.

Estas fueron las últimas quejas que formando con tristes acentos y dolorosos dejos, me salí guiado de mi estrella y fuerza de mi hado, que sién-

dome favorable, en lugar de darme la muerte, me ha traido aquí donde me habeis hecho todos mercedes tales y hospedaje tan honrado, conforme á las noblezas que en vosotros se encierran; más claro está que de vuestra sinceridad y trato no se podía esperar menos de lo que he visto. Ya me tengo por dichoso, pues he venido á donde descansando el cuerpo pueda aquietarse el alma de los cuidados que la traen alborotada.

Con esto dió fin á su infelice historia el desdichado Arsindo, que celebrada con lágrimas suyas fué, y casi de los demás circunstantes que habían estado oyendo el trágico fin de tantas variaciones de fortuna, cuando al cabo de poco espacio que todos estuvieron suspensos, alzando la voz Felino, dijo esto que se sigue:

—Por cierto, amigo Arsindo, con razon te quejas y formas esos lamentos de tu ingrata suerte, pues cuando

más encumbrado ibas en los deleites de amor, te abatió á tanta desgracia; no dudo que á hombre que ha sabido y sabe de tantas miserias é infelicidades de la mocedad, le sobrevenga despues algun gran bien, aludiendo á tu persona, que tras tantas desdichas, alguna gran ventura está escondida; más bien sabe la fortuna que tienes caudal de ánimo para poderlas llevar, que por eso imagino te apremia con tantas más. A lo menos puédeste consolar con que has llegado á parte donde has hallado quien con gusto procure el tuyo, que, aunque en estas asperezas de Sierra Bermeja, tengo bastantemente para poder pasar con gusto la vida en quietud y sosiego. Y aquesto, por las obras más que por las palabras, verás ser verdad, que por lo que tienes de discreto y yo aficionado á semejantes ingenios, te prometo servir como á quien lo merece tanto.

—Agradezco mucho, respondió Ar-

sindo, caro Felino, el mucho bien que me haces y favor, que guiado de tu mano es fuerza qne sea muy en mi provecho.

—A gran lástima, te prometo, dijo Senicio, nos has provocado á todos, siendo los sucesos tales, que merecen sus fines la tengan de ellos; aunque parece que es cosa propia á los principios alegres y felices llegárseles un fin desdichado y lloroso, como se ha visto en lo que has contado.

—Mucho tiene de triste, dijo Arselio, aquel que nunca goza el bien seguro, ni que perfectamente se pueda llamar bien, que el que en un suceso es desgraciado y en otro venturoso, éste no tiene de qué quejarse, sino darle muchas gracias al cielo. Pero el que en todas las cosas que intenta tiene tropiezos y se le vuelven al revés, muchos son los infortunios que le síguen.

—Y á mi parecer, dijo Grisalda, es cierto aqueso, pero de ahí saco yo dos

pensamientos: el uno es, ó que es de grande ánimo á quien le sucede mal siempre lo que intenta, pues de esa manera le quiere probar la fortuna, ó que es sumamente desgraciado, pues todo le sale al contrario de lo que piensa; y no tan solamente esto, pero aun con más rigores que á aquellos se allegan le atormenta la fortuna.

—No hay que espantar que lo haga, dijo Roselio, si es mujer, pues siempre están enseñadas á dar disgustos, zozobras y fatigas, y así la fortuna, como tal, claro está que ha de llegarse á sus naturales condiciones, pues todas las más penas, tormentos, desgracias que sobrevienen en el mundo es por su causa.

—Y todos los más bienes que hay, dijo Felino, son tambien por las mujeres, esto no lo podrás negar.

—No por cierto, dijo Roselio, pero dan tantos males por un bien, que me parece pierden la alabanza

de lo uno por los daños de los otros.

—Muchas mugeres, dijo Arsindo, han sido excelentísimas en ciencias y en otras cosas, con que han ilustrado sus patrias.

—Y otras ha habido que han dejado mala fama, que como es mundo, es fuerza que ha de haber de todo.

—Indignado estás Roselio, dijo Grisalda, y podrá ser tengas razon, que de hombres tan bien entendidos como tú, no se puede entender menos, pero con todo eso no digas mal de ellas, que por fuerza habré de defenderlas por lo que toca.

—A trueque de no contender contigo, dijo Roselio, no diré cosa en mi vida que sea en contra de ellas.

—Harás como discreto, dijo Amarilis, porque ya sabes que Grisalda es muy docta y sabe muchas historias.

—Ahora puedes descansar, dijo Senicio, que es razon y fuerza por el cansancio que tienes, pues revolviendo to-

das esas memorias que causan tan grave cuidado, imagino has de estar alterado.

—No hay que poner duda en eso, dijo Felino, porque es la memoria un estremo que lo pasado hace presente, siendo como la que lleva la corriente del agua, y es tanta su fuerza, que lo detiene, y parece que da existencia y sér á lo que ya no es.

—Ese efecto ha causado en mí, dijo Arsindo, pues puedo jurar que me está llorando el corazón gotas de sangre con lo que he referido, pues así como el ánimo se recrea trayendo á la memoria los hechos de los insignes varones, así se entristece y melancoliza ofreciendo los gustos y pasatiempos en ella.

—Dice un autor gravísimo, dijo Felino, que la memoria no es de lo que está por venir, ni de lo presente, sino de lo pasado, y así el sentido se dice de las cosas presentes, la fé y opinión de

las por venir y la memoria de los pretéritos.

—Eso es ciertísimo, dijo Senicio, don es bien excelente, y tan grande, que solo en sus alabanzas y en contar los bienes que de tenerla se siguen, gastan muchos filósofos mucho tiempo y aun papel, y acerca de esto, dice otro autor, que la memoria es argumento de la inmortalidad del alma y divinidad en el hombre.

—Tambien se suele seguir, dijo Arselio, grandes inconvenientes de la memoria: como acordarme yo de los bienes y riquezas pasadas y verme con presente desdicha, y tener por mejor acabar la vida, siendo yo autor de mi muerte, que no estar sufriendo aquellos trabajos.

—En los hombres tan ignorantes como tù, dijo Felino, será aqueso, porque en los prudentes, ni el bien les engrandece, ni el mal les acobarda; pues en las cosas de fortuna, no hay que po-

ner tasa, que ella los guia á medida de su gusto y como más le parece.

—Como teneis memoria, dijo Grisalda, de alabar á la memoria; como no la teneis, de que comamos, pues se pasa ya la hora.

—Parece, dijo Roselio, que hablas en verso, según la mesura de las razones.

—Pues ahora sabes tú, dijo Grisalda, que soy yo gran poeta y que mi fama se estiende, con los rayos de Apolo, por el coro de las musas.

—Nunca yo lo dijera, dijo Roselio, pues fué burlando, y dan muestras tus palabras de tomarlo de veras; por lo menos, aunque no quieras serás pobre, pues es plaga de los de esa profesión.

—Como no lo es Laureano, dijo Amarilis; ¿y es poeta?

—Lo qne tengo es de mi padre, dijo Laureano, que aun no es mio, y cuando venga á ser rico, será porque me lo dejará él.

—Huélgome mucho, dijo Felino, que te has confesado por oficial de ese oficio.

—¡Cómo oficio! dijo Laureano, eso es hacer agravio de tan honrada ciencia. Oficio se dice aquel que es inventado por los hombres; esta es invención por un Dios y aun por aquel gran profeta David.

—¿Luego no es oficio?

—No lo entiendes, dijo Arsenio, que le dice oficio porque anda entre sastres, zapateros, ciegos y otros de este modo?

—Esa no se llamará, dijo Laureano, poesía, sino retazos de ella. ni es justo qne tenga nombre de tal lo que algunos ignorantes de estos hacen.

—Pregunto yo, dijo Arsindo, ¿por qué ha tener nombre de poeta aquel que no ha estudiado ni leido? O ya que haga versos disparatados, ¿por qué ha de sacarlos en público, diciendo qué os parece esta canción? Miradla bien y

contemplad su concepto; digo esto porque cierto mancebo, que yo conozco, llegó una vez á mí con semejante modo, yo que estaba atento. La primera era aquesta que oí.

Pensativo está Silvano,
porque Dios en él consiste
que en las serranas del prado,
amor le tiró su flecha.

—Ridiculoso por cierto, dijo Felino, yo os prometo que me he de acordar de ella muchas veces.

—Cese, dijo Roselio, cuestión tan ventilada, y trátese de otra cosa.

—Ninguna mejor, dijo Arselio, que de comer.

—Pues póngase la mesa, dijo Senicio, encima de estas alfombras de flores que aquí están.

—Eso habrá de ser, dijo Fenicia, por fuerza; lléguense los zurrones, y el primero sea el mio.

Fuese aliñando todo y comieron con mucho gusto y aplauso. De cuando en

cuando, convidándose con los brindis que la fuente les hacía con sus diáfanos cristales, dando á entender la mucha alegría que sentía con las visitas de las serranas bellas y pastores discretos.

Acabaron de comer, y dijo Arselio:

—Si hubiera visto lo que ahora, os prometo que no hubiera comido; quiten de presto estos dornillos de aqui.

Dijeron todos:—¿qué es, qué es? Si es cosa mala, trocaremos lo que habemos comido, porque no nos haga mal.

—Es tan malo, dijo Arselio, que no puede ser más.

—Por tu vida que nos lo digas, dijo Grisalda.

El dijo con gran prisa:

—Los suelos de los dornillos, si estuvieran de antes como ahora, ¿hubiéramos comido?

—Nó, porque fueras en el que no tenian nada. Díjolo esto con tanta gra-

cia, que comenzaron á reirse todos y á alabar la agudeza.

Al fin pusieron cada cosa en su lugar, y despues dijo Felino:

—Cierto que debemos dar muchas gracias á Dios, así de las mercedes que nos hace, como de concedernos un sitio tan agradable como aqueste para que todos nos juntemos y pasemos ratos de gusto, y esta fuente tan dulce, tan linda, que parece que del modo que nosotros nos holgamos, ella está danzando á compás para aumentarnos la alegría.

—No es la primera que hace eso, dijo Arsindo, pues la fuente Eleusida es muy clara y tan mansa que parece que va dormida por entre sus corrientes, y si tocan zampoñas, flautas ó instrumentos otros cualesquiera, donde pueda llegar el sonido á la fuente, bulle y salta hasta rebosar por encima; y así ésta, estando tan cerca nosotros, y cantando tan dulces voces como las

de estas zagalas, ¿qué mucho es que cause en ella el mismo efecto?

—Muchas cosas, dijo Senicio, he leido de fuentes, que parecen estrañas. En los Garamantes hay una fuente llamada del Sol, la cual es de dia tan dulce y tan fria, que beber de ella ó gustarla es imposible, y de noche es tan cálida, que el que mete la mano en ella, se le abrasa y quema. Y en Grecia, en una isla, hay otras dos fuentes que se llaman las Clitorias, que cuantos beben de aquel agua en el nacimiento, aborrecen el vino, y si beben á un tiro de arcabuz de él, pierden el efecto.

—Ese nacimiento había menester, dijo Laureano, beber Arselio, que me dicen que lo ha menester.

—Muchos hay en la rueda, respondió Arselio, que con más razon lo pudiera hacer, porque yo tasadamente lo bebo templado porque haga en mí el efecto que dice cierto autor que leí,

que aviva y adelgaza el ingenio del hombre, aumenta la fuerza y quita la congoja y cuidado.

—Haces como discreto, dijo Arsindo, porque vino demasiado damnifica mucho, pero eres tan discreto, que aunque haya en tí ese efecto, nunca lo muestras.

—Yo lo bebo aguado, dijo Felino, porque cause en mí los efectos que tiene, porque quita la tristeza del corazón más que el oro ni el coral, dá al mancebo fuerzas, y al viejo se las aumenta; dá al descolorido, color, ánimo al cobarde, diligencia y presteza al flojo; conforta el cerebro, saca el frio del estómago, quita el hedor del aliento, hace impotentes los frios, echa fuera del cuerpo toda agua mala, y sana el romadizo. Mirad, causando todas estas cosas, cuán acertado ando.

—De esa manera el puro, dijo Grisalda, no puede causar provecho.

—Antes tanto daño, dijo Arsindo,

que engendra muchas enfermedades, cuales son gota coral, temblores de manos y pies, daña y enronquece la voz, estraga la hermosura y buena cara y color; acorta la vista y embermejese los ojos, quema y abrasa el higado, daña el aliento de la boca, quema la sangre, hace zumbar los oidos y encrudece el estómago, estraga la memoria y causa sueños espantables; todo esto causa el vino puro, por eso el que lo ha bebido no lo use más, porque es cierto lo ha de hallar en su salud.

—Ahora se me acuerda á mí, dijo Arselio, una cosa: ¿cómo Arsindo, siendo de aquella aldea que dijo, donde están sus padres, no ha hecho más mención de ella, sin acordarse de alabarla, pues todos nacemos obligados á alabar la patria donde nacemos, por pequeña aldea que sea?

—Porque desde entonces, respondió Arsindo, poco he habitado en ella y ninguna de mis desdichas me ha su-

cedido en ella; de más que aguardaba solo aqueso para cuando haya lugar contaros una estrañeza del principio de aquella población.

—A lo menos, dijo Felino, el nombre de Manilva es peregrino, y no puede dejar de encerrar alguna admirable cosa en sí.

—Yo os prometo, dijo Arsindo, que os holgareis de oirlo.

—Pues ya se ha acabado de comer y hablar, dijo Grisalda, aunque tomes un poco de trabajo más de lo pasado, te ruego la digas, que lugar me parece que habrá para acabarla, que no serán las tres de la tarde.

—Solo la hermosa Grisalda, dijo Arsindo, me pudiera obligar á que lo dijera y relatara; aunque su estrañeza, porque sé que os dará mucho gusto, me aumentará el ánimo para la relación que será breve.

—Mucho cansancio, dijo Felino, será ese, pere por pasar lo restante del

dia en agradable conversación y dar gusto á todas estas bellas zagalas y pastores discretos, se podrá llevar, amado Arsindo.

—Bien me fuerzas, respondió Arsindo, obligando mi voluntad con argumentos sin contradicción; estad atentos, y oid que comienzo así:

Oyóse grandísimo estruendo por un valle circunvecino á Manilva, al tiempo que el alba había acabado de derramar sus blancas perlas, y el sol salía estendiendo sus rayos por aquel horizonte, más hermosos y brillantes que nunca, de los cuales iba huyendo una gama tan ligera, y con tan presurosa huida, que casi desatinada iba á dar dentro de las casas de aquella aldea, de donde ya los pastores habitadores de ella se habían levantado, é iban llevando á repastar sus cabras y ovejas por el acostumbrado sitio; cuando la vieron tan bella y presurosa, casi todos se abalanzaron para cogerla,

adelantándose uno más ligero y animoso, que viéndolo la gama volvió su carrera metiéndose por el monte y espesura, donde despues de haber corrido algún trecho, se fué á parar y aun á desparecer debajo de un frondoso y acopado laurel que en aquel lugar estaba convidando con su sombra á regalado descanso.

Atónito y elevado el pastor Valanio, que así se decía, de lo sucedido, se paró debajo de la sombra, á cuyas ramas, alzando la cabeza, no menos admiración le dió un espectáculo que en ellas vió pendiente, que fué una niña tan hermosa y bella que igualaba con su resplandor á la hermana de Febo, la cual cogiendo en los brazos, diciendo mil requiebros y ternuras, volvió el rostro á los pastores, que ya llegaban, imaginando fuese la gama que ya en sus manos estaba, los cuales viendo la transformación ó peregrino suceso, se espantaron, preguntándole les dijese

qué diosa inmortal había dejado aquel divino espíritu en aquel lugar para admirar con su belleza y aficionar con su talle ó dónde le había hallado. A lo cual él respondió, que cuando entendió coger la gama, que con su carrera le llevó á aquel sitio, se desapareció, y colgadas de las ramas de aquel laurel había hallado aquella niña que tenía en los brazos, que el prodigio y significación de ello no podía pensar cual fuese.

—Volvieron á mirar la niña, y junto del pecho la hallaron una corteza ó lámina con esta letra:

Manilva será su nombre,
pues apareció lozana,
como sol de la mañana
para que la tierra asombre.

Con esto se volvieron hácia la aldea donde habían dejado los ganados, y Valanio á llevar á su mujer la niña que criase con el respeto y regalo que se requería. Vínole á propósito á Me-

rope, que así se llamaba la mujer, por cuanto había pocos días que se le había muerto otra que tenía, cuya causa fué bastantísima para que con más gusto la recibiese y criase, lo cual hizo con tanta puntualidad y cuidado como se debía por la hermosura de la niña. Fué creciendo en edad, y al mismo compás la belleza de su rostro, con tanto estremo, que la llamaban por excelencia hija del Sol, según lo que mostraba y severidad que tenía.

Unas veces salía hácia el prado á guardar el ganado de sus padres, con una aljaba y flechas, aunque para matar bastasen las que sus ojos echaban y distribuían. Ya dejando el ganado repastando, se entraba por entre la espesura, alcanzando con su veloz carrera la tímida corza y cobarde liebre, y dándoles muerte con las viras que tiraba, aunque muertas llegando á sus manos de cristal, en la transparencia, tenían cerca la vida; ya tal vez en los

corros y danzas de las zagalas en que se hallaba, era tanto el donaire que tenía en todas las cosas, que llevaba los premios y ventájas á todas las demás que en ella se hallaban, cantándole la gala á porfía unos de otros, con acordadas voces y sonora armonía.

Finalmente, en todas las partes donde Manilva estaba, era la que más lucía y honraba más las fiestas y regocijos.

Creció hasta llegar á los doce años de edad, donde acabó de rematar la naturaleza sus perfecciones en ella, y en el cual tiempo el amor le hirió con su dorada flecha, dándole á gustar sus acíbares y ponzoñas, teniendo desde entonces más sobresalto y cuidado con sus pensamientos que con la guarda del ganado suyo.

En este tiempo, pues, saliendo una tarde hácia un valle que de la aldea es vecino, solo para ejercitarse en la caza que de ordinario solía, con la aljaba

en la mano; salió amor detrás de ella, pareciéndole que sería bueno disparar una flecha contra ella, por las muchas que para abrasar y matar á otros ella disparaba; llegó á la mitad del valle, y debajo de un grande plátano, cuya sombra convidaba á quietud y descanso, se sentó un poco para aguardar desde allí que saliese algun corzo ú otro cualquiera animal, para hacer en él la acostumbrada presa, cuando á este punto se le ofreció á la vista uno tan lozano cuanto gallardo corzo, y casi galanteándose de verse tan bello, despreciaba las humildes yerbas, rumiando las encumbradas y más altas de los riscos y peñas, púsose entonces en pié Manilva, yendo acercándose al paso entre paso para matarle, cuyo movimiento no pudo ser tan sordo que el corzo no lo sintiese, y alborotándose dió á huir, y ella á correr detrás de él, poniendo toda su felicidad en su muerte.

Al fin como vió que le llevaba ventaja, soltó amor del arco su flecha, acertándole con ella en el pecho, y Manilva cayó al suelo con la otra, y fué de modo que delante se le ofreció un mancebo tan hermoso y bien dispuesto, que la dejó con la repentina vista espantada y lleno de confusión; quiso volver las espaldas, mas no pudo, que asiéndola el mancebo la tuvo del brazo diciéndola:

—No huyas; tente divina y bella Manilva, raro milagro del cielo, sol hermoso, con cuyos rayos llenas los campos de flores que á tus pies postran y abrasas las almas de los humanos que tienen por favor tanto el ser rendidas de tus ojos, cuanto el atreverse á empresa tan dificultosa.

A estas razones estuvo ella atenta, mirando la dulzura con que las echaba por la boca, y casi en el pecho retozándole la risa de haber encontrado tan milagroso encuentro. Al cabo de

poco rato que le estuvo mirando, le dijo:

—Déjame, te ruego, y no permitas á una humilde pastora, siendo tú cosa divina, entretener y embarazar con semejantes lisonjas, pues es perder de quien eres, y yo confesar burla clara, pues en el traje, lenguaje y discreción muestras tn mucho valor, y yo conozco en el mio mi poco merecimiento.

—Muchos días ha, respondió él, que ¡ay, hermosa pastora! tengo rendido el pecho y busco ocasión como ésta de manifestar mi amor y suplicarte recibas el alma que te ofrezco, ofrecida por víctima de mi sincero pecho y crecida voluntad. Ruégote por quien eres, gustes de recibirla en tu auxilio y ampararla con tus ojos, que si ellos se muestran propicíos, no temo la furia de la envidia, ni el rigor del olvido. Mira que por quien soy te merezco, cuando no por mi humildad, y si quieres saber quien soy, vente conmigo á

mi cueva y hablarás con mi maestro y adivino mágico Periardo y él te lo dirá por estenso, dándote cuenta de mi nacimiento, y esto sin que puedas recelarte de cosa ninguna, ni agravio tuyo, de que te aseguro por los supremos dioses y por la potestad de mi padre, ó pena de que caeré en la desgracia tuya, que para mi fin no la podrá dar el cielo mayor.

—¿Cómo te llamas? respondió ella.

—Llámome, díjo él, Felisio.

—Pues Felisio, dijo Manilva, ruégote que ahora me dejes, porque es tarde. que yo prometo de mañana por la mañana venir á verte sin falta ninguna, so pena de ser tenida por incrédula y de poca fé.

—¿Será cierto? dijo él.

—Y tanto, respondió ella, que no comeré bocado hasta que me vea contigo, pues te aseguro que aunque quiera no quererte, será imposible, porque ya amor me ha obligado á ello.

—Con esa esperanza quedaré, divina Manilva, respondió él, y pues eres hermosa, no seas cruel, porque son dos cosas que no es justo tengan lugar en un sugeto.

Con estas y otras palabras se despidieron, yendo el uno contento y la otra admirada de lo sucedido.

Fuese llegando hácia su aldea, donde fué recibida asi de muchos zagales como pastoras, que ya con sus ganados se venían recogiendo con mucho regocijo. Entró en su casa, dando alegría á los que en ella estaban, principalmente á su padre y madre, que como la querian tanto, les daba cuidado que estuviese ausente una hora.

Llegó la de acostarse, cuyo tiempo si en sueño se había de pasar, el cuidado la forzó á que imaginando en la memoria de Felisio, se deslizase la más parte de ella en sus pensamientos y en la impresión que en su pecho había hecho, determinándose de amarle é ir, se

levantó por la mañana, aunque algo remisa, por parecerle que era de humilde nacimiento para igualar mancebo tan hermoso y de tan alta progenie, según lo que él había dicho, que como había oido decir á sus padres, no sabía de quién descendía, sino de un árbol de cuyas ramas estaba colgada al tiempo que la hallaron.

Al fin confusa se aventuró, fiándose en su hermosura, y en que amor acababa imposibles y facilitaba dificultades. Cogió su aljaba en el hombro, como acostumbraba, y salió por la puerta, guiando hácia donde habia visto á Felisio, que no con menos cuidado estaba aguardándola, el cual así que la vió, haciendo parar las ramas de los árboles, las aves canoras y los dulces favonios, al son de una acordada lira, cantó aquesto:

Alegres Filomenas
que con canto sonoro,
alabando del sol las hebras de oro,

haceis al mundo salva
cuando huye la noche y viene el alba,
entre selvas amenas
de olor fragantes y de flores llenas,
á mi bella querida
darle con más razón la bienvenida.
Odoríferos prados
que con bellas alfombras
á estos ramos servis de dulces sombras,
haced, haced aprisa
girones de alegría, pues los pisa
mi pastora, y estrados,
mostrad, si de esmeraldas recamados,
bien de orientales perlas,
puesque mi dueño viene á enriquecerlas.
Cristal, que en vez de arenas
produces plata fina,
salida por la vena cristalina
de ese estanque nativo,
si en raudal deslizado fugitivo,
en partes que condenas
á grillos de oro y de cristal cadenas,
sal danzando á porfía,
pues viene á honrarte ya la luz del dia.

Vientos, lisongeadla,
vosotras blancas flores
dadles suaves, si de paso olores,
que si os dá con sus ojos
tantos rayos de luz, tantos despojos,
mostrad en vuestra falda
ricas alfombras de amaranto y gualda,
porque el color de oro
le remede el cabello á quien adoro.

Acabando el último verso, eco y acento de la música, se halló Manilva cerca de Felisio, que con muchos requiebros y honestas vergüenzas, se recibieron dándose mil parabienes el uno al otro de la alegre cuanto deseada vista; tan tiernos con los ojos, como con las palabras, que si amorosas salian del alma, no menos impresión en la de cada uno de ellos.

A las cosas que se decían, las ramas bulliciosas con el vientecillo que entre ellas se perdía, quedaban paradas, y mirando las agradecidas palabras que con suavísimos dejos se ha-

blaban, las avecillas parleras callaban sus picos, por no interrumpir con su armonía los agradables entretenimientos, sirviéndoles despues de dulce capilla hasta llegar á la cueva.

Los prados brotaban por entre los espejos del rocío de la aurora una fragancia muy agradable al olfato, haciendo para camino anchas fajas de hermosas flores. Al fin se fueron llegando hácia la boca de la cueva, donde así como llegaron, dijo Felisio:

—Esta es, hermosa Manilva, la querida habitación que gozo, por mandado de mi padre, en compañía de Periardo, que por maestro me dieron. Hombre tan sabio, que dudo en los tiempos pasados haya habido quien sepa tanto, y en los presentes quien le iguale. Aquí en este pobre albergue y alojamiento mío, podrás gozar ricas voluntades, si humildes obras, por lo menos nacidas de un firme pecho que te desea servir. No pienses, nó, que

cumplo con palabras, experimenta mi fé y hallarás en ella lo que te manifiesto.

A estas razones, Manilva, que atenta hasta el fin había estado con igual ternura y no menos suavidad, le respondió aquestas:

—Yo confieso, como es justo, ser mucha la obligación mia, que de la merced que me haces nace. Confieso que no la merezco, pues cuando por hermosura la iguale, por de humilde nacimiento la pierdo; pues quererme yo igualar con tu grandeza, fuera una locura grande y un estremo mayor. De modo, gallardo Felisio, que me parece por esto desprecies lo que hasta aquí has deseado.

Dijo Felisio á esto de Manilva:

—Con esa humildad engrandeces y levantas el ser quien eres. Suplícote se abrevien los cumplimientos, y entremos dentro, que imagino verás mayores cosas y sabrás por estenso quién

eres y cómo me igualas, y quien soy yo tambien.

Fuéronse entrando por la cueva adelante, y despues de haber llegado á la mitad, alzó Felisio una peña algo grande, por debajo de la cual entraron y fueron á dar á unos palacios tan bien labrados y tan hermosos, que pusieron en admiración á Manilva. Estaban los palacios á manera de cuadra de cuatro esquinas, y de cada palacio salía á otra sala muy vistosa, en la última de las cuales estaba Periardo acompañado solo de libros, de que abundaba en gran manera.

Al ruido que al entrar hicieron, volvió el rostro, alegrándose de ver la nueva compañía que él tambien deseaba, porque sabía habíau de hacer progenie dichosa.

Llegáronse á él con alegre semblante y grave compostura, Manilva, á la cual dijo Periardo:

—La misma hermosura de tu bello

rostro, da clara y cierta señal de la regia estirpe de donde desciendes; clara y evidente muestra que no se puede encubrir, y más donde tambien se manifiestan los efectos; siéntate junto á mí, Manilva, y por quitarte el cuidado que te aflije, te contaré en breves razones quién es tu madre y padre; y tú, querido Felisio, siéntate á estotra mano, lo oirás porque te alegres y pidas á tus pensamientos albricias de tan buen empleo.

Sentáronse ambos á dos juntos, como se lo mandó el viejo, y comenzó diciendo así:

—Despues que hubo pasado á España aquel invicto cuanto valiente y esforzado Hércules, y quebrado aqueste Estrecho que en medio está de las columnas que hoy su nombre retienen y tendrán mientras el mundo durare, que ha poco que pasó en la monarquía de Hespería, que este nombre hoy tiene, sucedió por décimosecundo Rey

Hespero, de nación italiano, hijo de Atlante y compañero del mismo Hércules. Este, pues, tuvo una hija tan hermosa cuanto discreta, y tan bella cuanto amable; pretendida de muchos y adorada de todos, cuya fama fué tan grande, que su abuelo pudo penetrar hasta los oidos de Apolo, é hizo en él tanta impresión, que al mismo paso que oyó su fama, á ese amor le abrasó con su flecha.

Parece que viniendo su acostumbrado curso del Oriente al Occidente, para más certificarse, paró el coche en medio de su carrera, cuando fué encumbrando por los términos de España para ver si la fama igualaba al dueño, mirando á la hermosa Rosinda, que así se llamaba, causó su vista amoroso efecto en el pecho de Apolo, que azotando sus caballos, apresuró su carrera para dar fin al dia, y por gozarse en la presencia de Rosinda.

Llegó la noche, soltando sus caba-

llos, salió de su carroza, dejándolos pacer en los campos Elíseos, mientras que él daba fin á su empresa. Llegó á las casas de su querida y deseada, y dejando su lucífero resplandor, tomó forma de una doncella hermosa que de ordinario asistía en el cuarto de Rosinda; llegó á ella al tiempo que se quisieron entrar á acostar, y despues de estar en el aposento volvió á vestirse sus ropajes brilladores y su diadema dorada sobre aquellas melenas fulminantes, colmadas de esplendor divino.

Finalmente, aunque se alborotó Rosinda, él la sosegó con una plática que le hizo, asegurándola de su mucho temor, de modo que aquella noche en lecho amoroso pasaron varios gustos.

Fuese Febo al tiempo que el alba rasgaba sus cortinas, para que él con sus rayos alumbrase la tierra, quedando ella preñada de aquella junta.

Fueron pasando dias no en balde,

porque con su huida le iba creciendo la barriga. Quisieron los hados que en este tiempo Atlas ó Atlante, hermano de Hespero, le moviese guerra, y tan venturosa para sí, que le compeliese á Hespero salir huyendo de España é irse á Italia, dejando hijos y mujer, entre los cuales, llegando Atlante y hallándola preñada, siendo tenida en reputación de doncella, mandó que viva la llevasen á un peñasco y desde allí la echasen donde se hiciese muchos pedazos.

Obedecieron la sentencia injusta, si rigurosa, llevando á la pobre cuanto hermosa Rosinda, cumpliéndola con general llanto de todos; echáronla del peñasco, y al caer, Febo echó muchos rayos para que entrando en la barriga de Rosinda influyesen vida en la criatura y en ella. Acabó él su carrera, vino á ver el espectáculo funesto, que con lastimosas endechas lamentara si muriera.

Parió al fin á ti, bella Manilva, y pareciéndole llevarla á criar á parte fértil, y adonde más se profesase la sinceridad, te trajo á esta pequeña aldea y dejó colgada en las ramas de aquel laurel consagrado á su deidad, y por eso más humano para tí. Y aquello de la gama y ruido del valle, invención mia fué, como claramente se vió por lo que sucedió entonces, quedándose en aquel lugar Rosinda en hábito de pastora.

Esta es tu historia, y pues esto es así, bien puedes desechar la melancolía y cuidado que tienes acerca de tu oculta progenie.

Acabó de hablar Periardo, y á sus últimas razones la bella Manilva se arrodilló delante de él dándole en albricias de tan buena nueva mil abrazos aparentes y mil intrínsecos parabienes.

Levantóla Periardo, y ella volviendo de nuevo, le dijo:

—Padre mío, el cielo aumente en largos años tu vida, y de el pago que tan singular bien como el que me has hecho merece; mis fuerzas son pocas al presente, al cielo ruego me las acreciente, para que veas que pago lo que debo.

—Hija mia, le dijo él, muy pagado está el servicio que te he hecho; solo resta saber ahora para lo que has sido llamada. Felisio, de su generación, basta decirte que es hijo del gran Iove, y que está guardado para tu esposo, y mi estado aquí es para eso, que sabiendo lo uno, puedes entender que sabré lo otro; no hay sino aprestarte para el viaje, que los que estamos aquí hemos de ir dentro de ocho dias en una nave á donde los vientos nos guiaren y tu padre nos encaminare; tenerlo secreto y encomendarlo á los dioses, que ellos lo encaminarán lo mejor que les pareciere y mejor que nos estuviere.

A estas razones respondió Manilva:

—Como humilde obedeceré á tu mandato y lo que tú me ordenares, èstando muy pronta á tu gusto siempre; pero una cosa te quiero pedir, y es, que llevemos con nosotros á los padres qne adoptivos han sido mios, para pagarles el mucho regalo que me han hecho y yo recibido.

—No sé, dijo Periardo, si podrá ser aqueso; unos pocos dias tienes de plazo para que con ellos te huelgues y regocijes, que lo que te han regalado bien hay con que pagarles.

En estas cosas pasaron gran parte del dia, y despues salió Manilva y Felisio acompañándola, diciéndola mil tiernos requiebros á que ella agradecida correspondía con otros tantos. Viniéronse á despedir en la parte que le había aguardado, yéndose Manilva hácia su aldea, y el otro hácia su cueva.

Llegó á su casa, donde sus padres la recibieron alegremente, haciéndola mil regalos y caricias; ella anduvo al-

go pensativa desde aquel dia, no dejándose de ver con Felisio. Por una parte sentía el dejar á sus padres, y por otra se alegraba con ver que había de venir á tan alto lugar, y que los hados lo tenían ordenado así.

Andaba tan melancólica, que un día la cogió su madre y padre, y la dijeron:

—Hija mia, por tu vida, que si contigo pueden algo los regalos que de hija te hemos hecho, y si acaso nos quieres algo y nuestra voluntad te obliga, que nos digas qué tienes, que andas inquieta, sin gusto, sin alegría; si es amor, dinos con quién, que aquí está nuestra hacienda para cumplir tu deseo.

Fueron tan eficaces estas razones que le dijeron á Manílva, que no pudiendo detener las lágrimas comenzó á llorar; halagáronla ellos, y despues dijo Manilva:

—Verdaderamente es amor lo que

tengo, pero no es, padres mios, tan humilde como vosotros pensais, es el no poderos llevar conmigo, donde la fortuna me llevare.

—Cómo te llevare, dijo el padre. ¿No estás en mi casa? ¿Temes algo? O qué es lo que dices?

—Es, padre mio, dijo ella, esto, contándole todo lo que Periardo le había dicho.

Sintiéronlo con extremo, pero consoláronse con pensar, que teniendo á su hija encerrada, se evitaría lo que decia.

En este tiempo andaba un pastor rico enamorado de Manilva, de tal manera, que clara y evidente era su pasión, sin que encubrirla pudiese; éste pidióla por mujer á sus padres algunas veces, y como ella no quería por tener el amor puesto en Felisio, no le daban el sí los padres.

Al fin, determináronse de casarla, aunque fuese algo forzada; llegó el dia

de hacerlo (que por evitar prolijidad, no digo las circunstancias que pasaron en medio) salieron hácia el campo ó el prado con mucha solemnidad para holgarse y que se celebrase con más regocijo.

Alcanzó á saber Periardo el estado de las cosas de Manilva, y hallando tan buena ocasión, teniendo ya aprestada la nave en el puerto; como es cerca, vino él y Fèlisio, y en forma de nube arrebataron, delante de todos los que allí estaban, á M anilva, llevándosela á la nave.

Pensaron todos los pastores, que acudiendo juntos la quitarían ó cogerían, mas saliόles en balde, que corrió la nube como nube, entrando en la nave al tiempo que ellos llegaban á la orilla del mar. El desposado, lleno de amor y de pasión, comenzó á decir:

—¿A dónde, 'Manilva mia, vuelas con tan ligera carrera, dejando este miserable amante sin alma y sin vida?

Deten, deten, señora mia, el curso presuroso que mi muerte acerca; mas, ¡ay de mí! que ni me oyes ni respondes, mas yo te alcanzaré, nadando ó muriendo; quizás te dolerás de mi desdicha.

Diciendo aquesto, se arrojó en el mar, donde nadó tanto, que cuando quiso valerse no pudo ni llegar á la nave, porque viento en popa caminaba ligera, y se ahogó, quedando por este trágico suceso el nombre de Manilva á todo el distrito. ¿No os parece que tiene extrañeza?

—Por cierto, dijo Senicio, que tienes mucha razón de llamarla extrañeza, pues en todo la tiene, así en el nacimiento de ella como en la aparecida de Felisio y su maestro.

—Grandísima, dijo Felino, y que puede admirar y mucho, aquello de poner la niña colgada del laurel, y luego enviar la gama hermosa y ligera, para que trajese hasta allí al pastor que la crió.

—Por lo menos, dijo Senicio, aunque las nubes quisierau llover, y el cielo tronar, no le haria daño á la niña, porque la cubría sombra de ramos tan dichosos. Y así dicen del Emperador Tiberio César, que cuando tronaba se ponía en la cabeza una guirnalda de laurel para guardarse de los rayos.

—Grande virtud, dijo Laureano, es la del laurel; entre otras muchas que tiene, es ser contra la pestilencia y contra serpientes ponzoñosas. Tambien si juntas dos palos de laurel secos y los refriegas al rayo del sol, se enciende fuego, y si te pones las hojas en la cabeza, para dormir, soñarás cosas de verdad, y era tan estimado entre los antiguos, que para triunfar los grandes capitanes, se ponían coronas de laurel.

—En una he reparado yo, dijo Amarilis, como sentirían y con razón Balonio y Merope la ausencia de su hija, pues era fuerza, habiéndola criado tanto y con tanto regalo, y más viendo

tan súbita partida sin poderse abrazar unos con otros, porque esto de apartarse los que bien se quieren, y más tanto como estos querían á su hija, no hay duda que fuera de gran sentimiento.

—Ha dicho bien Amarilis, dijo Arsindo, aunque parece que lo dice con ternura, como si hubiera pasado por ella, pero como de tanto entendimiento, juzga lo que es verdad. Pero lo que ahora se podrá hacer es ir juntando el ganado, que es tarde, y tanto que me parece faltará una hora de dia hasta que llegue la noche y descubra su manto tan lleno de oscuridad como de silencio.

—Vamos, dijo Laureano, Arselio, tú y yo, mientras que los demás se ponen en órden, á juntarle.

—Vamos, respondió Arselio; aliviaremos el cansancio de todos.

Levantáronse, y caminando hácia las faldas del monte, en breve espacio

le trajeron y llegaron dónde los demás les aguardaban, que alegrándose con su venida ordenaron de que por entretener el camino, fuesen cantando Amarilis y Grisalda, diciendo una y respondiendo otra, las cuales condescendiendo con lo que les decian los pastores, comenzaron de esta manera:

Grisalda.

La noche llega con su oscuro manto
encapotando el orbe, cuyo velo
si al prado llena de temor y espanto
funesta pena comunica al suelo;
pasa veloz, y presurosa tanto
que sus pisadas sigue el ancho cielo,
viniendo luego con clarín de salva
guarnecida de flores bella el alba.

Amarilis.

La blanca aurora sus guirnaldas muestra
coronando los montes y sus faldas,
á la naturaleza, aunque maestra,
prestándole zafiros y esmeraldas;
luego sus rayos de su roja diestra,
si Apolo esparce entre amarillas gualdas,

entre prados floridos dando olores,
cantándole alabanzas ruiseñores.

Grisalda.

La noche, el alba, aurora, el sol y el dia,
unos siguiendo á otros sin distancia,
apresurados pasan su porfía,
teniendo el tiempo en ellos su ganancia;
todo el tiempo lo vence, y su osadía
tiene contra las gentes tal constancia,
que al grande, al chico, al necio y al discreto
les lleva por un filo á un mismo efeto.

Amarilis.

Crece el pimpollo de la palma hermosa
con principio agradable y fin altivo,
muestra Mayo el jazmin y fresca rosa,
con olor agradable, nunca esquivo;
presta el Otoño fruta, si sabrosa,
regada con remanso fugitivo,
mas todo el tiempo al fin lo vuelve en calma.
jazmin, la rosa, fruta y aun la palma.

Grisalda.

Mármoles duros, en la tierra fria

se engendran solo para estátuas bellas,
cuya pompa sublime bien se fía
en la perpetuación que tienen ellas;
la edad levanta muros, si á porfía,
que sus penachos toquen las estrellas,
dando al tiempo lugar, y luego al punto
lo deshace con fuerza todo junto.

Amarilis.

A la puericia dulce y más gustosa,
florida adolecencia luego sigue;
la juventud á aquesta más dichosa,
sin que de varios gustos desobligue;
la cuarta edad se allega presurosa
á do el descanso amable se consigue,
más todo el tiempo vário lo consume
porque de ser voraz, siempre presume.

Grisalda.

Levanta Babilonia la alta torre
para darle á su patria insigne gloria
vagante por el mundo libre corre
la del coloso Rodio en amplia historia,
de la memoria al fin quien hay que borre
las egipcias pirámides, notoria
su fama al mundo, y la fatal ruina

que siempre con el tiempo se avecina.

Amarilis.

El artemisio Manseolo, ejemplo
del firme amor, si celebrado en Caria,
de la efesa Diana el sacro templo,
obra de la del sol casi contraria,
el simulacro Acayco, que contemplo
de Júpiter, si puesto en piedra Paria,
de Alejandría el Faros, ya en ceniza,
por el tiempo feroz que el fuego atiza.

Grisalda.

Qué cosa en esta vida artificiosa
de gran valor y de belleza rica
hay á que el tiempo por razón forzosa
no llegue á ver y el daño pronostica;
todo lo cubre con funesta losa,
y todo al fin con su rigor lo aplica;
no hay cosa que no acabe, que no anegue
y á total destrucción todo lo allegue.

Amarilis.

Todo lo que él florece lo derriba;
tiempo le sigue al tiempo presuroso,
y con el tiempo el tiempo siempre estriba

en dar á lo sublime fin lloroso;
memoria el tiempo deja y ella aviva
del tiempo la memoria, que envidioso
del edificio insigne y levantado
lo dejó á eterno olvido condenado.

Grisalda.

Y con ser esto así, no hay quien explique
que instancia tenga el tiempo ó cosa sea
que jamás le tenemos, aunque aplique,
el pecho á recoger lo que desea;
el pasado no es ya, porque fué á pique,
lo que es futuro por llegar pelea,
el presente consiste en un instante
indivisible, y por jamás constante.

Amarilis.

Lo que pasó y no es, puede olvidarse
nunca del todo, ni tornar de nuevo
á ser, que es imposible el transformarse
en la pueril edad el que es mancebo;
al fin el tiempo pasa y no ha de hallarse
aunque se busque su engañoso cebo;
procurar la ocasión es alcanzarla,
y asirla del copete hasta gozarla.

Acabando estos últimos versos, se

hallaron dentro de las casas de su aldea, que alegrándose todos y con nuevas fiestas de regocijo despidiéndose, fueron á sus albergues, y el sol al salir con su luz por los antípodas, dándoles el alegria, que por nuestros horizontes faltaba, con la ausencia de su fulminante rostro, cubriendo la región etérea un oscuro velo por su opaco espacio, que dejando al suelo con funesto luto, repartía un amable sueño á los mortales, para gozar del querido descanso en que estuvieron hasta la venida del dia siguiente.





LIBRO CUARTO.

Del Premio de la Constancia y Pastores de Sierra Bermeja.



En dias tan deleitosos y horas tan apacibles pasaron en igual gusto y regalo los referidos pastores, y el apasionado Arsindo, que aunque le alegraban presentes bienes, ausencias desabridas le maltrataban, trayéndole á la memoria breves alegrías y largos tormentos que como hombre de poca ventura, tenía estables las desdichas y mudables los contentos; propio patrimonio de los que se inclinan al amor, y á seguir sus sendas y caminos.

¡Oh, bien felice aquel que exento y libre de sus enredos, goza en paz y

quietud la vida, aunque en humildes bienes, en sobradas riquezas, por la tranquilidad que de ordinario posee!

Pasaron algunos dias, en que estuvo gozando de la amada soledad en compañía tan amable, nunca olvidándose de sus obligaciones ni las que dejaba en su patria, aunque la aldea en que estaba lo era ya suya, por lo mucho que generalmente todos le querían y amaban tanto, por su noble proceder, cuanto por su persona y discreto lenguaje que con todos igualmente usaba y tenía, habiendo corrido por todos les lugares de aquel distrito la fama de Arsindo con que se había hecho amable; cuando un mártes, que parecía desdicha ó desgracia, basta decir que este dia amaneció enlutado, de negras nubes, haciendo por esa región del aire una circunferencia de lugar, llena de un capote negro de tanta tristeza, que sin duda era presagio triste de lo que sucedió para eterno lloro y tristes la-

mentos de los que conocían al enamorado y melancólico Arsindo (si el cielo no les fuera más propicio) que ignorante de tan súbita é impensada borrasca, salió con su querido Felino á dar el acostumbrado pasto á su agreste ganado, que ya fuera de las cercas y rediles había comenzado á rumiar las verdes yerbezuelas de aquellos pradillos cercanos.

Salieron más afuera un poco, al mismo paso que las ovejuelas iban gustando de su manjar y regalada comida, cuando de improviso sobrevino tan grande tempestad y temeraria pluvia, que les obligó á que, recogiendo el ganado, se volviesen hácia su aldea, no pudiéndolo hacer tan á su salvo Felino que no llegase muy mojado y con un temerario sobresalto, y fué, que ya que estuvieron juntas las ovejas, les cayó una niebla tan densa, que de ningun modo se veian ellas, ni los bultos de los pastores, arrebatando una nube

que gruesa se había bajado á la tierra á Arsindo, llevándole por encima de aquella inmensidad nubífera que había parecido, pasando cerros y bajando collados, atónito de verse sobre tan grande altura, que despreciaba muchas veces las cimas y los picachos más sublimes de los erizados y riscosos montes, y despues de aquesto, cuando entendió que amainaba el viento que la nube llevaba, fué caminando por encima de unos campos, que desde arriba, segun las nubes que intervenían enmedio, parecían pardos y funestos, á la entrada fáciles y en el medio dificultosos, por las altas sierras que á trechos hacían, cuyo reino, segun que despues pareció, era el del humilde Neptuno, en cuyo centro y lúgubres cavernas, tenía su escamada habitación, tan llenas de ramos de coral, cuanto abundantes de verdes ovas, segun que el que iba en la nube se la mostraba.

Pasaron aquel indómito piélago y

salado charco, llegando á otras tierras estrañas y no vistas de Arsindo, en cuya consideración estendió el pensamiento, aunque con algun género de miedo por no saber el fin de aquel suceso.

Al fin, despues de atravesado el mar y haber visto las costas africanas, se abatió la nube á un prado que ameno estaba en un collado muy apacible, que entre dos sierras hacía, donde casi como vieron la nube estaban abajo algunos moros vestidos gallardamente para el recibimiento del afortunado mozo, que viéndolos él casi le dió alguna tristeza; mas cuando la nube se quitó y conoció al Morabito que del encantamiento había librado, y á los demás moros que con el rey Celimo estaban, le dió un grandísimo gusto y mas como todos se le allegaron y abrazaron, dándole mil parabienes, haciendo muchas fiestas y regocijos con su venida, formando al son de las algaza-

ras, á su usanza, varias danzas y saraos, con que le llevaron á un alcázar que á la vista parecía muy lleno de chapiteles y soberbias torres, pintados por fuera y por dentro, con diversos follajes de colores, que al mismo compás que alegraban miradas, deleitaban contemplados; llevábale al lado derecho el Morabito con la alegría que generalmente todos gozaban.

Llegaron á las puertas, entraron dentro, y por una sala baja que al remate de ella estaba sentado el rey Celímo con su acostumbrada severidad y régia pompa. Llegó Arsindo á él, é hincando la rodilla en tierra, comenzó á hablar de esta manera:

—Aunque inmensos disgustos, sobresaltos y temores, hasta la presente hora me hubieran cercado, y fuesen tan crueles que para siempre agravando mi cuerpo atormentasen mi alma con solo haber llegado, ¡oh gran señor! á besar vuestros reales pies, disminu-

yéndolos, los estimara en nada, pero imagino fueran como serán de eterna alegría y felicidad para mí, olvidándome ellos y acordándome solo de los favores que presentes haceis á este tan humilde cuanto siervo vuestro, que viniendo de tan reales manos, quién duda serán muy conformes á vuestra grandeza, que con interior gusto procura así el honrarme como favorecerme, y yo estimarme en algo, siendo querido de tan gran príncipe, de cuya fama la redondez de el orbe está llena.

Hasta aquí llegaba con su razonamiento, cuando levantándole el rey, le dijo:

—Basta, amado Arsindo, no más; donde tan manifiesta está la fé y lealtad tuya, de que siempre has dado claro y evidente indicio, y cuya ostentación desde el dia que te conozco has mostrado en igual grado, mas no es mucho procedas de esta manera, siendo tan honrado y bien nacido, que de

ordinario los que lo son traen carta de recomendación en su trato y noble proceder; y siéndolo tú tanto, y yo tan aficionado tuyo, he tenido particular cuidado contigo, preguntándole muchas veces á nuestro Morabito y mágico que me dijese lo que habías hecho desde que nos ausentamos de tu persona, ó en que entendías ó si te habías aprovechado de las riquezas que para tí diputadas dejamos.

Alzando figura últimamente, me contó todos los disgustos que te habian sucedido y cómo habías salido de Munda tàn lleno de fatigas y congojas, aportando entre ásperas sierras, aunque cerca de tu patria, donde había algunos dias que estabas miserablemente, no conforme al merecimiento tuyo, pero á las mudanzas y vaivenes de los tiempos, cuya mayor firmeza es el pasar pesado por los males y ligero por los bienes y disgustos, y así pesante de esto, cuanto agradecido de la li-

bertad que te debemos, mandé traerte del modo que has visto aquí, donde podré así regalarte como favorecerte, que será paga debida á tu noble pecho y persona; por tanto, vete alegrando y desechando tristezas con el nuevo gusto que te prometo.

Agradecido Arsindo del favor que el rey Celimo le había hecho, se volvió á echar á sus pies, humillándose de nuevo, como semejante ocasión lo pedía, volviéndose á besar las manos. Al fin, levantóle haciéndole sentar, y despues de estar sentado, dijo:

—No sé como, señor, ni con qué pueda pagar al cielo la merced que me ha concedido y lo mucho que me es propicio, pues para alivio de mis penas y aumento de mi vida, me ha traido á merecer tales favores, que enriquecido de ellos espero fin venturoso en todos mis infortunios; mas ¡ay, señor! perdone vuestra alteza, que no puedo dejar de tener algun género de disgusto, aun-

que no tan poco que no me deje de dar gran tormento, por venirme á la memoria en este punto lo que han de sentir mi pérdida aquellos pastores que tan humanamente me albergaron, acariciándome como al estraño y estimándome como á natural, pues es fuerza ha de igualar el sentimiento al amor con que todos apacibles se me mostraban.

A aquestas razones, respondió el Morabito, diciendo:

—No te dé cuidado aquese pensamiento, que todo vendrá á felice fin; que pues yo te traje para alegría nuestra, yo te volveré para descanso suyo y sosiego de todos.

—Nunca, respondió Arsindo, pudiste hablar palabra que á mis oidos mejor sonase como aquesta, Plegue al cielo de aumentarte la vida largos años para honra de Africa y gusto del rey mi señor.

En estas y otras razones pasaron

hasta el tiempo que vino la hora de comer, en que se sentaron despacio mientras los otros pastores andaban alborotados con la pérdida de Arsindo, viendo el repentino estruendo del agua que había caido, mientras las densas nieblas duraron en el inter que se abatió la nube del mágico para llevarse á Arsindo, y luego dentro de una hora, huyendo todas, dejaron todo aquel horizonte tan hermoso y bello como si nunca hubiera habido señal de pluvias, reverberando el sol con sus lucientes rayos por los altos riscos de aquellos lugares amenos y odoríferos prados.

Llegó Felino á la aldea, comenzando á llamar á Arsindo, para que guardándose de las aguas se metiesen debajo de sus chozas, mas como no le respondia atribuíalo á las oscuridades que hacía y ruido de los vientos; mas cuando aclaró el dia y llamándole de nuevo vió que no respondía tampoco,

volvió hácia el campo, llamando á grandes voces y aprisa:

—Arsindo, Arsindo, Arsindo, ¿dónde estás? ¿Dónde el rigor de tu desdicha, la ingratitud de mi fortuna te ha llevado y desaparecido de mi vista, para que no deje de llorar hasta que tú solo seas el remedio á mis ojos? ¿Dónde el horrible hado ha guiado tus pasos para que los mios no cesen de andar en tu busca? Hermano amado, ¿dónde estás? Oye los suspiros que forma este leal amigo tuyo, pues sin tí no tengo quien me consuele ni aconseje en mis tormentos. Ingratas nubes, que no en balde salísteis tan negras y ofuscadas, ¿dónde me llevásteis al descanso de mi pena y al alivio de mis pensamientos? Mas ¡oh parca rigurosa! no pretendas dejarme á mí y llevar á mi Arsindo; pies mios, calzaos de aire y buscadle aprisa por todas las concavidades de este monte, sin que por descuido dejeis el más mínimo resquicio.

En estas lástimas tristes estuvo Felino gran rato hasta el tiempo que Arselio, Laurencio y Senicio, Grisalda y Amarilis salían hácia los amenos prados de la fuente del Acebuche, que llegando á los últimos acentos de las voces referidas, admirados todos de tan estraño caso, se fueron llegando hácia él, y con cuidado estraño, y más Grisalda como persona que más tiernamente le amaba; mas como vieron que apresuraba el paso, comenzaron todos á correr, y á pocos pasos, como iba descuidado, le alcanzaron, llegando primero que todos Grisalda, y asiéndole del brazo le dijo:

—¿Qué locura es esta, que con tan disformes voces acrecientas, Felino mio, qué desgracia te ha sucedido, que no nos cuentas, para que siendo participantes de ella, lo seamos tambien en el sentimiento. Desata, mi bien, la lengua que muda está, y rompiendo el hilo á tanto silencio, sácanos de aques-

te laberinto en que á todos nos tienes.

Oyendo las palabras Felino de su querido dueño, casi elevado de estotra no menos repentina representación, le dijo:

—Ninguna persona hoy en este mundo, querida Grisalda, pudiera ser parte para detenerme en este trance donde pierdo mi sosiego y mi quietud, y la vida, si el cielo no muestra su acostumbrada clemencia conmigo en darme á mi Arsindo; por tanto, todos venid y ayudádmele á buscar por entre aqueste monte, que luego os contaré la mayor estrañeza que en este distrito se ha visto.

Acabando esto, volvió las espaldas, regando con sus ojos los pasos que presurosos llevaban sus pensamientos, y todos detrás de él fueron por el collado del monte sin dejar el más inútil ramo, ni el menor hoyo.

Subiendo despues por el monte arriba hasta llegar á su cumbre y más

empinados picachos, volviendo despues hácia abajo hasta llegar á los prados que cerca del monte, y bañados de los remansos de la fuente, estaban.

Llegaron cansados á la orilla, y dejándose caer Felino, dijo:

—Ya no espero tener más consuelo en esta vida, ni que mi ventura pueda durar una hora, sino siglos y eternidades de llanto. Ya no confío en la fortuna, que gozosas dichas me prometía. Ya no aguardo más regalo, pues un tan solo amigo que tenía, me ha faltado en la ocasión que más le había menester.

Espantados todos de las quejas de Felino, le comenzaron á procurar é inquirir con instancia les declarase aquel enigma que ellos no entendían, que dónde estaba Arsindo, que aquella noche no se había quedado en su casa, que qué era lo que decía.

El compelido de lo que le decían, y él estaba oyendo, aunque embebecido

en su tristeza, sentándose y los demás al rededor, les contó lo que habia sucedido, diciendo: que saliendo aquella mañana hácia el campo, al tiempo que vieron que comenzó la lluvia, les cayó una neblina muy espesa y que juntando el ganado se habian vuelto hácia la aldea, donde así como llegó comenzó á llamar á Arsindo, y que no le respondió, de que se alborotó mucho; y despues como aclaró tan de presto, miró por él y no viéndole se salió hácia el campo, por ver si se había quedado debajo de algún árbol por guarecerse del agua, pero no hallándolo, comenzó á dar las voces, cuyos fines habían oido, que no sabía si alguna bestia fiera se le había llevado y comídole ó si las nubes se le tragaron, que aquella era la causa de sus lamentos, que si querian darle placer le ayudasen á llorar pérdida tan grande y caso tan atroz del tiempo.

Aquí paró Felino y llegaron sus úl-

timas razones, cuando oyeron que por entre un montecillo circunvecino salían unas tiernas y dolorosas voces, que formaban á los oidos de los pastores unos lamentables ecos, con que les obligó á que se levantasen, y en veloz carrera fuesen guiando hácia la parte y lugar donde las habían oido, llevando por el camino los tristes dejos que confusamente oian.

Acercáronse tanto que las últimas razones que oyeron fueron estas:

—¡Oh, ingratos y aleves salteadores de mi honra! ¿Cómo es posible que podais á una pobre, cuanto desdichada mujer, forzar y condescender á vuestros inhumanos deseos? Antes os ruego deis fin á mi vida, que será ufana muerte, más que la de la prenda más estimada de mi persona. ¡Cielos, justicia, pues, que estos traidores fementidos no se duelen de quejas tan apasionadas y con tanta razón!

Apresuraron más, oyendo aquesto,

los pasos, que llegando á buen tiempo vieron dos hombres que á porfía estaban uno teniendo y otro desnudando una pobre mujer en el traje de hombre; así que les vieron, desembarazando las hondas, todos comenzaron una batalla ó espeso granizo de piedras sobre los dos hombres, que viendo el impensado suceso, dieron á huir, desamparando la mujer, la cual llegándose á los pastores, les agradeció el socorro tan súbito que el cielo en aquel instante le habia enviado.

Al fin, como vieron que huían á tan largo paso, dejándoles la presa, se detuvieron, y cogiéndola en medio, se volvieron sin hablarle palabra por la parte donde antes estaban, la cual así que vieron con las pastoras que en pié estaban, se cercaron de ella todos para descansar, y al cabo de un rato que estuvieron suspensos, alzando el rostro Felino, con un grande suspiro interrumpió el silencio que juntos tenían,

espantados de las cosas que aquel dia habían visto, y dijo:

—¡Cuán varios son los acontecimientos de la fortuna, y cuán impensados! Ya quiso el cielo mostrar esta segunda trajedia, para que comunicada con la mia, se tome algun género de consuelo y creo no ser ya solo el desdichado que en este funesto dia le hayan venido los infortunios que de presente tengo. Por tantò, bellísima señora, bien podeis fiaros así de nuestra sencillez, como del humilde alojamiento que os prometemos, bien rico de obras, aunque no conformes á lo que parece mereceis.

A aquestas palabras, la hermosa peregrina respondió con tanta gravedad y suavidad, que las flores de aquellas márgenes, vencidas con el aliento de su boca, despidiendo su propio olor, atraian hácia sí aquel odorífero aroma; descubriendo cada vez que movía los lábios un Oriente de perlas preciosas

tan iguales y sobrenaturales, que asi con esto, como con las demás perfecciones de su rostro, aficionaba y elevaban á los presentes, diciendo:

—No sé con qué pagaros el beneficio que de vosotros, amados pastores, he recibido, sino es con humillarme delante cada uno, besando la tierra que pisan esos pies que fueron mi remedio. Holgárame mucho poderos dar cuenta de mi infelice historia, porque me lo impide un juramento que al salir de mi patria hice, hasta dar á una empresa fin; solo lo que os diré es, que mi nombre es Peregrina, y que estos hombres que vísteis eran unos en cuya compañía desde que salí de mi tierra hasta aquí me acompañaron, creyendo que fuese hombre, sirviéndome de amparo con traerme á ratos caballera sobre sus cabalgaduras; pero como soy desdichada, quiso la fortuna dar al traste de presto conmigo (y sin duda lo hicieran sino fuera por vosotras) que

conociendo que era mujer y no hombre, apartándome del camino me quisieron forzar y despojarme de algunas joyas que aquí traigo; serviros de ellas, que no es mucho yo os ofrezca esta pequeñez á quien tanto debo.

Diciendo aquesto, sacó de la faltriquera un cofrecito mediano para dársele, pero atajóle luego Senicio, diciendo:

—Vuélvele adonde estaba, Peregrina hermosa, y guarda lo que es tuyo, que gloria á Dios, si los que estamos aquí somos pobres, no hemos menester nada de nadie. El hospedaje que se te promete, merecídolo tienes por tu gentil talle y tu gracioso donaire, y aunque teniamos bastante causa con Felino todos para estar tristes y mucho, por no acrecentar tu pesar nos aliviaremos con poco, y aquesto en nombre de todos te lo ruego á tí, amado Felino, y pues que ya es hora de darle al cuerpo lo que es suyo, pon la mesa,

Amarilis, para que satisfagamos el hambre que nos aqueja.

—Felino mio, dijo Grisalda, desecha esa tristeza ahora, pues con ella no se puede remediar nada ni alcanzar alivio alguno. Esto siquiera porque yo te lo ruego.

—Ay de mí! respondió Felino, aunque bastaba con tus ojos, bella Grisalda, para darme alegría, la pasión que me aqueja es tanta, que no me concede lugar para lo que me obliga; pero porque no entiendas que no hago lo que me mandas, divirtiéndome algún tanto, acudiré á tu gusto.

Al tiempo que acabó aquesto, estaban ya puestas las mesas, á que llegandose todos y haciendo llegar la Peregrina, comieron en compañía su rústica comida, con quieto y pacífico descanso, aunque en el medio de ella, llevando á la boca un bocado que de gusto le pareció á Felino, dijo dando bien muestras de su amor:

—Ay, amado Arsindo, con cuán diferente gusto comíamos estos dias pasados, que por tu ausencia presentes estarán en mi memoria; ¡quién fuera tan dichoso que pudiera darte aqueste bocado para que comiéndolo tú le diese á mi pecho la sustancia, más pues la fortuna lo ha ordenado de este modo, ruégole que me dé paciencia para que pueda llevar esta ausencia tan desabrida para mí.

A estas palabras, que atenta había estado la Peregrina, colorándosele el rostro de un purpurado color á trechos nacarado, se la cayó el que tenía en la mano, quedando suspensa, los ojos en tierra y aun dándole algunos temblores que, alborotándole el cuerpo, le hacían casi derramar unas blancas perlas por las canales de sus ojos, á que mirando Grisalda, le dijo:

—¿Qué nuevo accidente es el que te ha sobrevenido con las palabras que has oido á Felino? ¿Qué tiemblas? Sin

duda sientes algún nuevo afecto en tu pecho?

—No es, respondió la Peregrina, sino una memoria que en aqueste instante me vino, causa de mi pena, de mi tormento y mortal desasosiego, y aun de mi muerte lo será tambien por la estabilidad que ha de tener en mí.

—De esa manera, dijo Arselio, todos debemos estar tristes, cada uno por su camino, tú por tu causa, nosotros por la nuestra. Pues hoy ha sido todo desdicha, séanlo los demás dias, hasta que volvamos á tener alguna alegría y consuelo. ¡Qué cierto es aquel adagio ó proverbio que dice, que los estremos del contento ocupa el llanto, que clara y evidentemente se echa de ver por lo que nosotros pasamos ahora! pues el silencio y tristeza que nos ocupa son presagios de la alegria sobrada que antes hemos tenido. ¿Quién dijera que había de pasar por nosotros

el sentimiento presente, y que había de ser por causa tan legítima? Aires que habeis arrojado ya esas funestas nubes, restituidnos á nuestro querido Arsindo; si es por darnos grandísimo tormento, basta el que hasta aquí hemos tenido.

—La Peregrina, que oyó segunda vez nombrar á Arsindo y lo referido, dándole otro temblor, no pudo resistir el llanto que ya con larga corriente de la represa de su pecho, se aprestaba para salir á dar verdadera muestra de su intrínseco amor.

Acabóse la comida, y alzados los rústicos paños que por mesa tenían, dijo Amarilis:

—En nombre de todos, ruego á Senicio y á Felino no se trate por hoy más de nuestras desdichas, pues no tan solamente á nosotros se acrecienta la pena, pero aquesta bella forastera, que muestras de tanto sentimiento hace, y siendo esto así, ordénese de hacer al-

gún entretenimiento para que todos nos divertamos.

Pareció muy bien esto que dijo Amarilis, y así tomó á su cargo el entretenimiento, Senicio, pero alzando el rostro vió qne venía muy despacio una pastora acercándose hácia donde ellos estaban, y cantando muy suavemente y con grande melodia, trayendo delante de sí unos blancos cisnes, y avisando á los demás que viesen la gala con que venía, y oyesen la dulzura de la música, la conocieron ser la graciosa Fenicia, que así cantaba:

No sé pensamiento mio
hasta cuando volareis,
porque veo que caeis
cuando mas en vos confío;
siempre á seguiros porfío,
aunque más mi daño veo;
si os mira, teme el deseo,
porque remontado vais,
que si al cielo os levantais
bien vuestra ruina creo.

Déjoos salir tan sin rienda,
porque vino la esperanza,
mas viendo vuestra mudanza
juzgo que hay quien os ofenda;
mudar quiero esta contienda,
y apenas hacerlo pienso,
cuando el dolor es inmenso,
causándome tal rigor,
que me hace darle á amor
lágrimas por paria y censo.
Y así viendo aqueste mal,
tengo por mejor morir
por haberos de seguir
sufriendo violencia igual;
vengo con este á estar tal,
que á la memoria enemiga
le sufro que me persiga,
con mostrarme acá en la idea,
gozando el bien que desea,
con que á más pena me obliga.
¡Oh, temerario accidente
de este mal que me provoca,
que me hace cuerda loca;
para que más me atormente,

mi contradicción consiente
que pene sin declararme,
y mucho quiere obligarme,
que haber de callar amando,
es fuego que va matando
y yelo que ha de abrasarme.
Al fin, pensamiento altivo,
quereis salir con la empresa
de seguiros, no me pesa,
pues con esa gloria vino;
mas si amor se muestra esquivo
qué importa que pretendais
si con eso os abrasais,
aunque para darme muerte
no habrá tormento más fuerte,
por la gloria que mostrais.
Del fuego la destemplanza
hace apresurar mi engaño,
queriendo pasar el daño
por ver si la gloria alcanza,
sentimiento es la tardanza,
más por alcanzar victoria,
sufrir puede la memoria,
y así en este laberinto

tengo mi gusto sucinto,
fin de mi amorosa historia.

Ya estaban los pastores levantados para recibir á Fenicia, al tiempo que acabó su canto. y encaminando sus cisnes á apacentar, llegaba á la fuente donde todos le ofrecieron muchos parabienes del gusto que les había dado la ya referida música, á que ella satisfaciendo con términos corteses y discretos, y agradeciendo el amable acogimiento que le hacía con su acostumbrada gala y donaire, les dijo así:

—Bien adivinaba yo que tanta hermosura como el sol mostrabá en los rutilantes rayos que á la tierra comunicaba y ella á las flores que fertilizados con ellos causan á la vista una suspensión y admiración infinita, no había de ser de menos efecto que el estar en estos prados tan bello coro de discretos pastores y hermosas zagalas, Mayos vistosos y Abriles dívinos de la

suprema naturaleza, que regalada con tales hijos, brotan, para que pisen en vez de arenas, tomillos y madreselvas. y para que les hagan dulce y regalada sombra, enlaza la siempre verde oliva con el florido y acopado almendro.

Mas quien es tan pródiga y franca, ¿cómo podrá negar á quien tanto le alaba y bendice cada hora lo necesario, para pasar la vida en quieto sosiego, si á los que están en las grandes ciudades sin acordarse de ella ni aun de la suya, les envía lo mismo y aun casi más? ¡Oh, que bien el corazón en la aldea me estaba diciendo el estremo gusto que se me esperaba! Por lo menos, ya sabeis que no os puedo pagar sino es con una voluntad tan grande como la mia, y tan acomodada siempre á serviros.

Calló Fenicia, y todos en igual grado la abrazaron, celebrando con grande risa y alegre fiesta la narración que había hecho y los hipérboles que había

dicho, aunque no grandes, por la amenidad que tenia aquel sitio, cuyos espacios gozaban los presentes.

Al fin de allí á un poco, dijo Arselio:

—Si no conociera el buen entendimiento de Fenicia, y todos juntos estuvieran satisfechos de ello, me atrevería yo á decir que traia estudiado lo que había de decir cuando nos viese.

—No concedo aqueso yo, dijo Laureano, porque bien se echa de ver que nunca estudia lo que dice Fenicia, por el buen natural que tiene y que Dios le dió, guiado y acomodado para todas las cosas que quiere, y siendo maestra en todo, y prometiendo mayores cosas que no esto su buen entendimiento, no se ha de presumir intervenir estudio donde todo sobra.

—Yo me doy por vencido, respondió Arselio, y aun por corrido me diera si claramente lo hubiera dicho.

—Yo por pagada. dijo Fenicia, y

aun me confieso por deudora y bien á tanta merced.

—A fé, dijo Felino, que aunque Laureano dijera mucho más en alabanza de Fenicia, creo y tengo por cierto fuera verdad, por lo mucho que en ella está conocido, así de virtudes como de todas las demás cosas; y aquesto no lo digo porque me lo agradezcas, Fenicia, que no voy por ese camino, ni tampoco me lleva el ser lisonjero, pues bien sabes tú y lo saben todos, que nunca yo lo pude ser; mas porque la fuerza de la verdad me llevó á que dijese con palabras lo que el pecho sentía.

—Todo está muy bien dicho, dijo Grisalda, y con razón, que como la lleva en todo y todos la profesamos, nos parece muy bien cuanto con ella se habla.

—Como es Grisalda, dijo Senicio, discreta, habla lo que todos juntos pudiéramos; contenta puede estar Feni-

cia con que todos conocen la verdad y la confiesan.

—Ya me parece, dijo Fenicia, que se pudiera mudar de práctica y acomodar de pasar lo restante de la tarde en algun entretenimiento que sea de placer para todos.

—Paréceme, dijo Amarilis, que viene por allí de hácia el monte un pastor, coronado con una guirnalda de blancas mosquetas ó alelies y yedra; miradle, y aun cantando.

—Tiene razón, dijo Felino, pero parece cosa nueva, por ser Roselio el que no ha muchos dias que andaba furioso; oidle mientras llega, que encaminando viene hácia acá.

Callaron todos, y oyeron á Roselio que venía al son de un rabel cantando así:

El agua despeñada
que corre presurosa
por estas faldas y erizados riscos
que libre y descuidada

cuanto clara y hermosa
va formando de yerbas, obeliscos,
intrincados lentiscos,
más que los pensamientos
su libertad arrasa,
si por entre ellos pasa
sin temor de contrarios movimientos,
y con líbre mudanza
su ligereza del viento alcanza.
El céfiro suave,
que con sonoro acento
corre prendiendo por entre estas ramas,
dando descanso al ave
más humilde, y que siento
que de pajizas hebras forma camas,
mitigando las llamas
de los rayos igníferos
del Delfico Timbreo,
mostrando por trofeo,
esmaltados los campos odoríferos
con libertad tan clara
que siempre vuela, ni un momento para.
Oh, libertad querida,
quien hay que no pretenda

gozar contigo de la vida humana,
si te tuve perdida
por darle á amor la rienda,
ya te vuelve á buscar el alma ufana;
de la flecha tirana
que mi pecho oprimía,
salí ya libre y suelto
á buscarte resuelto;
ya dió fin mi fantástica porfía,
en tu casa me acoje,
y á mi deseo en tu piedad recoje.
    Estaba en cárcel dura
ó en amorosa guerra
cautiva el alma, sin que entendimiento
su fuerte ligadura
echar pudiese en tierra,
ni librarme de pena ni tormento,
parecía elemento
de su curso quitado,
mi cuerpo que sin tino
ya seguía un camino,
ya otro, de mudanzas rodeado,
llevado del deseo
que ya en cenizas por mi dicha veo.

Todo era llanto eterno
mientras tuve en olvido
á la razón, por gusto de una ingrata;
desde pimpollo tierno
me ha tenido rendido
amor á un ángel que matarme trata,
pero ya se dilata
la pena, porque quiero
libertad que descarga
de tan pesada carga,
ya dulce vida con sosiego espero,
sin querer mas desvelos,
desdenes tristes, ni rabiosos celos.

Esta guirnalda hermosa
de cándidas mosquetas,
oh libertad, á tu clemencia ofrezco,
por ver que ya dichosa
el alma, en horas quietas
pasa el gusto feliz que no merezco,
como el que sale fresco
de la triste tormenta
que en el mar le llevaba
al fin que ya aguardaba,
y darle al cielo la alabanza intenta;

así yo semejante
mis dulces glorias quiere amor que cante.

Dió fin á su canto Roselio, y á todos los que le habían oido grande alegría de ver sosegado al que no muchos dias había le habían tenido por loco, siendo las muestras de tal; solo á Fenicia le dió en el pecho un género de cuidado al ver con cuanta libertad y desenvoltura había cantado aquel que tantas finezas había hecho por ella, trocando ya en sosiego y gusto las penas y fatigas que antes había pasado, y viniéndole en aquel instante á la memoria los amores que con él había tenido, lágrimas que había llorado y desdenes que le había hecho, ordenó interiormente volver á quererle y favorecerle como de primero.

Llegó Roselio á la junta, y saludándolos á todos, se sentó con un grandísimo donaire, diciendo:

—Dios os guarde tan largos años como hojas de árboles hay por todo

este circuito, y os deje gozar la vida en horas quietas y felices gustos, conforme siquiera á los que de dos ó tres dias á esta parte ya he gozado y gozaré libre de todo cuidado, exento de las fatigas que sobre mi cabeza formaba una carga pesadísima, privándome del juicio y entendimiento que el cielo me había concedido para gloria y regalo mio, como á cualquiera hombre lo dá para lo propio. Y á vosotras, hermosas zagalas, pimpollos bellos, plantas divinas de aqueste regalado y ameno jardin, estremo de naturaleza, Dios os guarde y deje gozar felices años en quieta y sosegada vida, con aumento de todo gusto y colmo de vuestros ganados, para fama y gloria de todos los naturales y envidia de los extranjeros.

A todas estas razones estaban mirando todos con mucha atención á Roselio, y apenas hubo acabado, cuando con grande disimulo, dijo Arselio:

—Por Dios que entendí que no aca-

baras en toda esta tarde, segun la corriente llevabas á tu oración. Parece que como libre y desapasionado has hablado, queriéndote pagar de la suspensión; poco á poco, que los dias atrás has tenido, ó por lo menos quieres dar ostentación de tu libre y desapasionado pecho.

—Qué tengo de hacer? respondió Roselio, sino acudir á la parte más acomodada para pasar la vida, si con andar pensativo y furioso me atormentó, y con atormentarme me voy consumiendo por puntos; ¿no os parece que hago bien? El cielo le aumente la vida á nuestro querido y discreto Arsindo, que él ha sido mi verdadero médico. ¿Dónde está, cómo no esta aquí?

—Ay de mí, respondió Felino, y cómo estás inocente de nuestra desdicha!

—¿Cómo desdicha? dijo Roselio. Arsindo no fué anoche contigo, y nos apartamos de este lugar los que aquí

estamos y él? ¿Qué nueva confusión ha venido?

Hasta ahora había estado pensativa la Peregrina, y oyendo estas razones, levantó el cuerpo algún tanto por oir lo que hablaban de Arsindo, y estando atenta oyó que en sucintas razones le contó el caso sucedido Felino á Roselio, con lo cual se levantó como desesperada, comenzando á rasgar sus vestidos y á hablar lo siguiente:

—¿Qué te queda ya, desdichada Celia, que esperar, si el último consuelo que en aquesta vida triste te quedaba, te le ha quitado ya la fortuna? ¿Dónde podré ir á dar con un tan miserable cuerpo, faltándome el alma, que para dar fin á tantos infortunios, por momentos aguardaba? ¿Hácia que parte podrán romper los lamentables ecos que de mis voces roncas han salido llamando á mi Arsindo? ¡Ay Arsindo de mi alma! ¿Dónde te pudo llevar el rigor de mi suerte, para que dándome

con rigor la muerte, perdiese con ella la honra y la fama que en tan varias opiniones dejé, y lenguas, ausentándome de las casas de mis padres, contrastando los émulos tiranos de gusto que tan caro me viene á costar? ¡Oh desdicha tan clara, por mejor decir! ¡Oh cielo inclemente! ¿es posible que donde tantas finezas se encierran, puedas dar tantas penas?

Yo soy, pastores, una mujer llamada Celia, centro de desdichas, abismo de tormentos, piélago de desgracias, mar de adversidades; y sobre todo soy la que esposa pretendía ser de aquese Arsindo, cuyo trágico fin yo triste he oido.

Espantados y casi absortos estaban los pastores de las referidas quejas y, Felino mucho más oyendo el nombre de Celia, tantas veces repetido en la boca de Arsindo; cuando levantándose ligeros como el mismo viento, y los demás, fueron á detener la triste Celia,

que precipitada iba corriendo ó huyendo de la vida, y llegando á ella le dijo Felino:

—Espera, espera, hermosa Celia, detén el paso que ligeramente apresuras, yendo en alcance antes de la muerte que de la amada vida; vuelve esos ojos divinos, y ya que ahora no veas con ellos á tu querido Arsindo, por lo menos verás un retrato suyo en amistad, y en servirte y regalarte mny acomodado y pronto. Detén, señora, esas plantas bellas, que servir pudieran al sol de rayos y al amor de flechas, con cuyas delicadas estampas haces cielo la tierra que pisas.

Como iba ligera, guiada solo de su temeraria pasión, que llegando Felino la detuvo y habló estas palabras ya dichas; fué tanta la pena que en su pecho se concibió, que dejándose caer sobre sus brazos, se quedó desmayada, cayéndosele al mismo tiempo una monterilla y un tocado que en la cabeza

traía, con que descubrió una cumbre rutilante de madejas de finísimo oro de Arabia, cuyos cabellos eran sutiles hebras que brillando con los reflejos del sol, deslumbraban los ojos que las miraban; las mejillas le quedaron como un bruñido y terso nácar, en cuyos remansos había entonces pintadas unas pintas de color de gualda; los lábios como violetas esmaltadas de púrpura, y no juntos del todo porque descubriesen los agraciados dientes que guardaban; las manos quedaron compitiendo con la nieve en color, aunque enmedio á trechos unas vetas cárdenas con que admiraba al mismo cielo que la crió y formó.

Cercáronla todos, espantándose y con razón de ver el raro milagro que la naturaleza había formado y estaba cifrado en aquel pequeño mundo.

Acudieron de presto por un poco de agua con que rociarla; trájolo Grisalda, y echándolo de presto con su

boca, cayó hecha perlas sobre la de Celia, la cual dando un profundo suspiro, volvió en sí, diciendo:

—¿Por qué, pastores amigos, quereis que viva una mujer tan desdichada? Antes usareis más piedad conmigo si me dejais, que como tan sin ventura, me vaya guiada del rigor de mi estrella, adonde la fortuna me quisiere echar y adonde más presto la parca ataje el hilo á mi vital curso.

Movieron á tan grande lástima estas razones á todos los circunstantes, que no pudiendo tener el caudal que de lágrimas se había llegado á los ojos desatándolas, fueron acompañando á la apasionada Celia, que hacía lo mismo. Al fin, confortándola lo mejor que pudieron, la trajeron hácia la fuente donde antes estaban, aunque ya el dia iba dando fin, y el sol acercándose hácia el Occidente; despues que estuvo algo sosegada, dijo Felino:

—Aunque con pasión justa, bellí-

sima Celia, has hecho los estremos que hemos visto, con todo eso no será razon que sueltes tanto la rienda al cuidado de modo que venga á llevarte al fin. Yo concedo que es verdad lo que de Arsindo nos has oido, pero tambien te sé decir, que no por eso he perdido la esperanza del todo en que no le he de ver, antes me ha dado un nuevo pensamiento en que tengo de ver dentro de pocos dias un agradable fin, porque no hay duda que encierre esto en sí algún secreto milagroso, porque tan súbitamente desaparecerse, fuerza es que de cualquiera manera ha de parecer, y con efecto alegre.

Si acaso fieras se le hubieran comido, la ropa no hay duda en que se hallara en algun lugar del monte ó del valle que hoy atravesamos. Las corrientes de las aguas no pudieron ser tantas que se le llevasen, y cuando lo fuesen, no había de quedar mĩ ganado tan salvo como quedó; así que ten con-

fianza en lo que te digo, y cree será cierto.

Estuvo atenta á toda esta oración Celia, y despues de haber acabado, dijo:

—Ya sé, discreto Felino, que todo aquesto es por consolarme; agradezco como es razon tu buen pecho y tu buena voluntad, mas cierto es que de tan buen entendimiento como el tuyo no había de salir menos que eso en favor mio. Confieso que llevas algun género de camino en lo que has dicho, mas te prometo que es la pasión que me aqueja tan pesada, que no me da lugar á que me alegre algun tanto.

—Bien puedes, dijo Grisalda, Celia mia, considerar lo que Felino te ha dicho, y si lo echas á buena parte, hallarás que tiene razón.

—A qué mal se alegra y consuela, dijo Celia, la persona que es desdichada? Aunque todo le venga en favor, cree de su suerte muy al contrario;

plegue al cielo de darme paciencia para que no me acaben tantas penas, que es lo que ahora he más menester.

En consolar esta nueva pasión y suceso se le pasó lo restante de la tarde, tratando solo de consolar á la triste Celia, la cual á todos oia y algo se consolaba, que es fácil á la persona muy enamorada con cualesquiera esperanzas consolarle.

Llegó la hora de venirse hácia la aldea, trayendo ordenado de que Celia se viniese con Grisalda, y levantándose todos y juntando su ganado, se vinieron acercando á sus albergues, y para entretener el camino le hicieron á Arselio que cantase unas canciones que el dia antes habia cantado en presencia de Arsindo, y templando su rabel, sin hacerse de rogar, comenzó así:

Detén fortuna el curso de tu rueda,
y no te canses tanto de mis bienes,
con el mal que previenes,
porque gozar mi gloria nunca pueda;

que envidiosa, si varía, vas mostrando
peña que dando
le va á mi suerte
la cruda muerte,
que como á triste
fuerte le enviste;
mas ¡ay de mí! que casi imaginaba
el mal que se acercaba,
que de ordinario siempre al desdichado
no le puede durar feliz estado.
Que te costaba ya, que el bien me diste
parar el eje, y que á Belisa bella
gozase sin querella,
tu variedad al fin mostrar quisiste;
que envidiosa de verme en tanta altura,
feroz procura
darme entre llanto
pena y quebranto,
trocando el gusto
en tal disgusto,
que no hay duda si dura al pecho mio
le falte el albedrío,
pues como podrá el cuerpo sin el alma,

gozar de vida una hora sino en calma.
Mal haya amen la lengua, que traidora
me despojó del bien y de mi gloria,
dándole á la memoria
un sobresalto, que ya triste llora;
ausente mi Belisa un solo dia,
temeraria osadía,
riguroso tormento,
volará el pensamiento
con temerosa pena,
mas si ya me condena,
la fortuna á este mal, ¡paciencia cielos!
mas como entre desvelos,
si adoro tiernamente, qué paciencia
podrá bastar para sufrir ausencia.
Ay Dios! qué nuevo, que tormento estraño,
ruego al cielo piadoso que me acabe,
antes que mal tan grave
acabe de llegar con tanto daño;
plegue á amor enemigo, que mi fuego
te abrase luego,
para que sientas
lo que atormentas

mi humilde pecho,
que está deshecho
en lágrimas de amor, en tierno lloro,
pues pierdo á quien adoro,
que es cuando solo de mi dueño quedo,
la pérdida mayor que tener puedo.
Aves ligeras, que volais apriesa
y armónicos acentos dais al viento,
sentid lo que yo siento;
fuentes, volved en llanto vuestra risa,
que si sabeis de amor por justo agravio,
como hombre sabio,
direis que tengo
este, en que vengo,
haciendo en tanto
funesto llanto,
vosotras, consolando mi desdicha,
porque en tan corta dicha,
endechándole á un triste, menos siente
aunque es terrible daño estar ausente.

Llegaron á la aldea, y despidiéndose unos de otros se fueron cada uno á su choza, Celia con Grisalda, y todos juntos á sentir la lastimosa trajedia de

Arsindo, y pena de su parecida esposa, si este nombre se le podia dar.

Acabaron de comer Arsindo, el rey Celimo, el Mágico, y los demás, con mucho placer y regocijo, y alzados los paños que sobre las alcatifas ponían, comenzaron á tañer diversidad de músicos con instrumentos con que alegraban y entretenían á todos los circunstantes, mas poco podían alegrar á Arsindo si tenía ausente el alma en su querida Celia, que en su patria imaginaba, y la imaginación en los pastores, y adivinando bien el sentimiento que por su ausencia tenían y había causado general entre ellos.

Al fin, como le vió Celimo tan melancólico, levantándose y tomándole de la mano, fué á un mismo punto, y con los demás se salieron hácia unos jardines que cerca de las casas estaban ó pegados á ellas, por mejor decir, entrando por una puerta de arco, que formada de arrayanes estaba muy ar-

tificiosamente puesta, y luego se les ofreció á la vista mucha diversidad de árboles llenos de frutas muy sabrosas; imaginaba ver á Abril vestido y adornado con tantas flores como produce, y á Mayo recostado en estrados de amenas yerbas, coronada la cabeza con guirnaldas de rosas y violetas, veia á la naturaleza pródiga en expender allí tantos colmos de ópimos frutos, echando por cada parte que caminaban una fragancia de un olor suavísimo; dieron vuelta al jardin, y despues de haber rodeado todo el sitio, se sentaron junto de una fuentecilla que en el suelo estaba; de un caño que hácia arriba subía, cuya agua caia en un cerco de mármol muy liso que al rededor estaba, bebieron de ella, y luego dijo el rey Celimo:

—Arsindo, notable es la pena que te aflige, pues con haber andado todo lo que has, y visto lo que rodea este valle que para mi regalo tengo, aun no

has dado vado ni lugar á que salgan esas penas que te fatigan ó son la causa ellas ó el mucho atormentarte tú de tenerlas, de cualquiera manera que sea, por tu vida que te alivies y te alegres, pues haciéndolo así se te aumentará la vida, tendrás más gusto, y á nosotros nos le darás tambien.

—Señor, respondiò Arsindo, bien creo que vuestra alteza tiene conocido cuanto estimo el favor que á una persona tan humilde como la mia se ha hecho, queriendo honrarme y favorecerme, como de tan régia persona se esperaba; supuesto esto bien, se debe conocer, que si yo tengo alguna tristeza, que no lo puedo negar, es de causa tan legítima como vuestra alteza sabe, pero no obstante aquesto, haré lo que se me manda como se verá, y siendo esto cierto, bien puede vuestra alteza desde luego ordenar y mandar lo que quisiere que yo haga, que por dificultoso que sea, aunque tuviera mil

vidas que aventurar, todo fuera poco para hacerlo en un punto.

Agradecióle Celimo á Arsindo esto que dijo, de tal modo, que echándole al cuello los brazos, le dijo:

—Bien, como siempre, tengo conocido así tu buena voluntad, como tu buen entendimiento, y bien sé el mucho valor que en tí se encierra. Descansa y ten gusto, que esto solo como mio puedes creer que estimaré y mucho. Sî quieres riquezas, prométote que las tendrás conmigo, y en todas estas tierras, si quieres gozar tu quietud y gusto en tu patria, no te faltará tampoco. Esto puedes creer y que será tan á medida de tu deseo, que no quieras en tu vida más alegría ni descanso.

¿Quién con estas esperanzas no se había de alegrar? ¿Quién no habia de menospreciar la melancolia que hasta allí le habia superado? Al fin, Arsindo, con tales nuevas se le quitó la tristeza

y vino á estar tan contento que á todos alegraba.

Pasó aquella tarde en muchos pasatiempos, y cuando fué hora de que se volviesen á cenar y dar reposo á los cuerpos, se volvieron á su alcázar, donde aquella noche y otras cinco pasaron y pasó Arsindo con sobrado gusto, así por los muchos regalos, como por las demás cosas que sobradas tenía.

Amaneció un domingo muy hermoso; el alba llena de arreboladas cortinas; la aurora vertiendo aljofar de los cristalinos estanques, cogidas donde Diana se había bañado. La mañana alegre con el sol, que salía vestido de gala y adornado de fiesta; el dia coronado con guirnaldas de varias y diferentes flores; todo muy alegre, muy regocijado, donde se levantó Arsindo muy alegre, con las esperanzas que tenía, la hora que los demás días acostumbraba, ya alto el dia, pero hácia el jardin solo, con intento de refrescarse

el rostro y las manos en la fuente de un caño que en el jardin estaba.

Llegó y de su espacio se comenzó á lavar, quedando tan á su gusto como había salido, y luego á limpiarse en una toalla que para aquel efecto había sacado, y despues de haber hecho esto se sentó en un pedazo de mármol que cerca de la fuente estaba, y dándole el sol la bienvenida, al son de las aves bue le llevaban el contrapunto, comenzó á cantar. Y esto al tiempo que el Morabito y otro moro salían en busca suya; mas como le oyeron cantar y tan dulcemente, detuvieron el paso y llamaron al rey para que lo oyese, que holgándose de lo que Arsindo decía, oyeron los siguientes versos:

Para dar luz á los prados,
y dar á los campos gloria,
salgas norabuena Febo,
tú que los cielos adornas.

Tú que á los montes más altos
das la hermosura que gozan,

solo para que te ofrezcan
entre sus frutos lisonjas.
Tú que á los mares soberbios
torres navales arrojas,
que surcan montes de nieve,
deslizados en sus olas.
Mas si sales tan galan
por entre azules alfombras,
á las que influyes tus rayos,
no serán menos costosas.
Los collados que te minan
con tan soberana pompa,
para dar muestras de gusto,
floridos jardines brotan.
Las músicas avecillas
sus consonancias entonan,
guiadas á tu alabanza
por entre las verdes hojas.
Las fuentes más apacibles
remansos de plata forman,
para que al pasar matices
de florecillas sus ondas.
Y á mí que en vez de estar triste
paso esperando las horas,

me llenas de dulces bienes,
me colmas de alegres honras.
Los presagios de mi dicha
parece que mis memorias
me acercan, viendo que sales
rico galan, como á bodas.
Mas ¡ay Celia! si te acuerdas
de mi firme amor á solas,
hallarás por el que paso
pensando en tu imagen propia.
Aire lleva mis quejas temerosas
sol, pues que sales bello, dilas todas.

Dió fin Arsindo á su música, y los moros que atentos habían estado á la armonía de la voz, y á la gala y donaire con que los dijo, salieron admirados cogiéndole de sobresalto, con que quedó casi corrido de ver que le habían oido, pero haciéndose de nuevas, se llegó al rey, diciendo:

—No en balde, señor, aquesta clara fuente corría con cristal más claro, y más dulce que nunca, si vuestra alteza había de salir á enriquecerla, y no en

balde todas las flores avivando sus colores han parecido tan bellos, y no en balde estaban estos prados y jardines pintados de hermosos y ricos cambiantes, admirando el cielo, que lleno de arreboles da noticia de la alegre fiesta que hoy se apercibe.

—Basta, basta, Arsíndo, dijo el rey, que me parece que estás muy lisonjero, pero quien lo ha estado con el sol, qué mucho es que lo esté conmigo.

—Señor, respondió Arsindo, mucho me agravia vuestra alteza en pensar que adulo á quien debo tanto, ó por lo menos á quien aunque más diga, quedaré siempre corto.

—Ahora bien, dijo el rey, Arsindo, ¿cual quieres más? estar conmigo y ser poderoso y rico, ó gozar de tu querida Celia, sin contradicción alguna, y en parte donde te sobrará el gusto?

—Dos cosas son, señor, respondió Arsindo, las que vuestra alteza me ha propuesto, que es menester estudiar-

las para dar la respuesta, porque con cualquiera de ellas vengo á poseer mucho bien y á tener sobrado el gusto. De estar en servicio de vuestra alteza, se me consigue que para el cuerpo siempre no me faltará nada; de estar con mi Celia, el alma y cuerpo me aprovechará, porque si al cielo sirvo con casarme con ella, y estando conformes las voluntades, que es lo principal, no será menester mayor riqueza, ni mayor gusto para pasar con él la vida; demás que para una mediana pasadía, señor, como en mi aldea se pasa bastantemente, le puedo agradecer al cielo la merced que me hizo. Y así, señor, si en alguna cosa he servido á vuestra alteza y he sido querido en algún tiempo, y ahora algo, suplico me cumpla vuestra alteza este deseo, que ni quiero más bien ni más vida, ni más gusto que estar con mi Celia.

Acabando de decir esto, y echándose á sus pies, todo fué uno, y lue-

go le levantó el rey y le dijo:

—Levanta, Arsindo, que yo te prometo antes de muchas horas goces lo que deseas, y con ello de una vida si tú quieres descansada; fía de mí, que todo aquesto te debo y lo haré como lo verás.

—Con este consuelo, quedó alegrísimo Arsindo, y el rey y los demás pagados de la cortesia, y haciendo varias alegrías se fueron rodeando el jardin, viniendo hácia la fuente á tiempo que era hora de comer, y estaba aliñada en el mismo sitio la comida.

Sentáronse á comer, estando con grande alegría y solemnidad comiendo, gastando largo tiempo en ello, y despues de haber acabado quisieron acostarse á dormir la siesta y reposar la comida, y antes se llegó el rey á Arsindo y le dijo:

—Dame un abrazo, Arsindo, antes que duermas.

—Paréceme, señor, respondió Ar-

sindo, que te despides de mí; no estoy ahora contigo, ¿qué novedad es esta?

—No repliques, dijo el rey, sino haz esto que te digo, que tù te acordarás de mi, y de todos según imagino muchas veces.

Abrazóle y luego recostóse sobre las alfombras que allí estaban, quedándose dormido, y como estaba ordenado, mandó el rey que le metiesen en la faltriquera ciertas joyas, é hiciese el Morabito lo que ya se había dicho, el cual haciendo los conjuros que solía, formó de presto una nube tan grande, que en su espacio cupiesen los dos con mucho gusto, y cogiendo á Arsindo, se levantó delante de todos como grueso vapor de la tierra.

Aunque de medio dia á aqueste tiempo, había salido hácia la fuente del Acebuche Celia bien descuidada, aunque como solía quejándose de la esperanza que larga se le hacía, y salió tan tarde porque como era fiesta, los zaga-

les y pastores se habían estado en la aldea por la observancia del dia, y así ella, despues de haber comido, parecióle que para poder reposar la comida y dormir algun poco, hacía mucho calor en la aldea, y así se salió al prado, y llegándose cerca de la fuente, debajo de una acopada oliva que allí estaba, se dejó caer y se quedó dormida.

Vino la nube del mágico, y al tiempo que llegaron encumbrando por aquel horizonte, se esparció una niebla muy oscura, de modo que con ella tuvo lugar el mágico de bajarse y dejar á Arsindo en la propia sombra donde estaba Celia, vueltos los rostros el uno al otro.

Luego se levantó por el aire arriba con un vientecillo que le ayudaba, favorable; y al mismo paso que ella se iba alejando, las nieblas se iban apartando de estotro sitio, dejando desocupado y claro todo aquel espacio.

Estaban los dos amantes durmien-

do, bien ignorantes el uno y el otro de sus dichas; parece que comenzaba á soñar su felicidad Arsindo, y la suya Celia, y en el sueño comenzó á hablar él y responderle ella de esta manera:

Arsindo.—Posible que la fortuna, tras de tantos infortunios y desdichas como hasta aquí me ha dado, ¿habia de llegar el fin de mi vida sin que me mostrase á la prenda querida que en mi pecho ha reinado y reinó Celia?

—No, Arsindo, fuerza es que amor á las finezas mías le había de dar un justo pago y un alegre fin, que aquí en tan tierno adora y guarda los preceptos tuyos, grande crueldad fuera é inhumanidad terrible desconsolar en los fines como en los principios.

—¿Es esto así, Celia?

—Sí, Arsindo. Siendo el juez en mi mi favor, la sentencia tambien lo será, no hay duda. Mas bien lo merece quien es roca en firmeza, quien es muro en estabilidad y lo será mientras viviere.

—¡Ay Celia mia! aguarda, aguarda mi fé, no te cansen los tiempos ni las esperanzas. Mira que soy tuyo, y que solo la muerte podrá hacer lo contrario. Mas perdona si pongo alguna mudanza en tu pecho, que como eres muger no te espantes, más bien creo que lo eres tú muy diferente de las demás. ¿Dura en tí el amor? Dímelo si quieres, que en sufrir tengo cordura.

Celia.—Dura.

Arsindo.—Oh, bien justa mi pena! oh bien llevado mi tormento! oh bien sufrida mi fatiga! ¿Qué más gloria puedo tener? ¿Qué más bien puedo asegurar? Si tú eres mia y te gozo, ni temo la muerte, el rigor ni el tiempo, oh querida Celia mia! ¿es posible que llegó ya el dia en que nos hemos visto? en que amor juntó los dos cuerpos y un alma.

Celia.—Ya, Arsindo mio, se humanó el cielo en oir mis ruegos y conceder mis bienes y mis deseos. Tuya soy,

no lo dudes; mi estrella me inclina á eso y así lo ordena mi ventura.

Arsindo.—Pues llego á oir tales palabras felices con mis oidos, mi querido dueño, en confirmación perpétua de esto, dame los brazos.

Celia.—Toma, querido mio.

Llegando á estas últimas palabras, alargando ambos los brazos y levantándose enlazados, todo fué uno, y abriendo los ojos, casi elevados se quedaron de la repentina vista, y luego Celia, apretándole más, le dijo:

—Ya te aprieto más, por sí eres sombra, que por alegrarme de mi querido Arsindo, vienes adonde estoy tan agena de alegría. No lo dudes de decírmelo, que Celia soy, el alma de su cuerpo, y así vendrá bien en que tú me dés parte de lo que te pído.

A todas estas razones, Arsindo no hacía sino mirar á una parte y á otra. Mirábase á sí y luego volvía á mirar á Celia; palpábala por ver si se enga-

ñaba; volvía á mirar al campo y la fuente, y reconocía el lugar.

Finalmente, estuvo de esta manera hasta que otra vez le volvió Celia á hacer las mismas preguntas, y él entonces derramando por sus ojos muchas lágrimas de alegría y contento, le dijo:

—Querida y amada Celia, estoy y hállome tan ignorante de tu venida á este lugar, que no sé si lo crea, ó si estoy en algún encanto ó laberinto; de que soy Arsindo, eso bien se puede creer, que esta es la fuente del Acebuche, tambien; de que tú seas Celia, ese dudo, pues de una muger delicada como tú, no sé qué determinación pueda ser esta.

—¿Eres tú, dijo Celia, verdaderamente Arsindo? Sácame de este engaño.

—Tan cierto, dijo Arsindo, como estos son prados, aquel monte, y ésta fuente, ¿no lo ves? ¿Y tù eres Celia?

—Persuádete, dijo Celia, el verme y háblarme, y pues tú eres mi bien, deja que te goce un siglo en mis brazos y que le dé al cielo infinitas gracias de tan venturoso hallazgo. ¿Cómo has parecido?

—Ay! dijo Arsindo, muchas cosas que contar; sentémonos y sabraslo despacio.

Sentáronse sobre la yerba, y en este mismo tiempo vieron que se venían acercando dos pastores y dos pastoras al lugar donde estaban, con cuidado buscando á Celia, porque con la contínua pasión qne aquejaba, andaba melancólica y sin gusto, y así temían no se hubiese alejado ó apartado de aquel lugar, aunque en hábito de serrana andaba, pareciendo á Diana cuando por los montes de Efeso andaba cazando; viéronla desde algo apartado, y tambien al que en hábito de pastor estaba con ella, desconociendo quieu fuese; mas como se fueron acercando, Ar-

selio que venía con Felino, le reconoció y dijo:

—Dame albricias, Felino, y te diré lo que más deseas saber.

—Si no es el hallazgo de Arsindo, respondió Felino, ¿qué cosa es la que tú puedes decir?

—Pues eso es, dijo Arselio, el que está con Celia es, sino me engaño; algún milagroso secreto se encierra en esto.

Alzaron entonces los rostros, y como estaban más cerca, acabáronle de reconocer, y apresurando más el paso, llegaron en un momento donde los dos venturosos amantes estaban, y derecho Felino fué con los brazos abiertos para Arsindo, que del mismo modo le esperaba. Abrazáronse muy estrechamente, y luego todos de la misma manera, diciendo Felino:

—¿Qué transformación, amigo mio y leal Arsindo es aquesta? ¿Cómo es posible que pudistes despareceros el

otro dia para dejarnos con tan contínua tristeza y tan eterno lloro? Y á mi más en particular que á ninguno de la aldea, por estar nuestra amistad atada con tan superiores y fuertes lazos. Cuanto fué aquel dia de tristeza para todos, séalo ahora de alegría y gusto. Vamos, vamos hácia la aldea, sean participantes todos de tan gustoso suceso.

—Qué de cosas, dijo Arsindo, tengo Felino mio, que contarte, y cuán contrarias de lo que tú piensas.

—Déjalas ahora, Arsindo, dijo Felino, y vámonos á la aldea, que es lo que importa, y allá nos las dirás y contarás con tu acostumbrada gracia.

Al fin, alegrísimos con el nuevo gusto, dadas las manos los unos y los otros, se fueron hácia la aldea, adonde fueron recibidos con igual gusto y en igual grado, juntándose en la choza de Felino todos, así á darle parabienes á Felino, como ofrecimientos á Arsindo.

Cundióse la fama del nuevo suceso,

y así todos los de la aldea y los que le conocían, vinieron de presto á alegrarse con su vista, dando albricias casi del hallazgo. Tanto como esto era amado y estimado de todos.

Fueron desocupando la choza, quedándose solo los de antes y que solían juntarse en la fuente del Acebuche, y así entonces contó todo lo que le había sucedido, como le habían cogido en la nube y le habían llevado, y las demás cosas que con el rey Celimo había pasado, y regalos que había hecho, y como quedándose dormido despues de comer, al recordar se había hallado cerca de la cosa que más amaba y quería, que era Celia, guiado todo de la suerte que cansado de serle contraria, le había dado la mayor paga que á grandes desdichas pudiera.

Estando en esto, metió al descuido la mano en la faltriquera, halló el cofrecito, que le habían metido por mandado del rey, y casi espantado lo sacó

fuera y abrió, y así que vió las joyas y que eran tan buenas, dijo:

—Prometóos que ignoro qué causa sea esto tampoco, ni quién me haya metido este cofrecito con esta riqueza en este lado. Mas ya me parece que imagino lo que puede ser. El rey Celimo me daba algunas cosas que trajera, y como yo no quise, estando durmiendo debió de mandar me las pusiesen aqui, y esto es sin duda porque estas no podían ser sino cosas de un tan gran príncipe.

Admiráronse todos de verlas y mirarlas una vez y otra.

Estando hablando y riendo, entreteniendo la tarde con alegres cuentos y dichos agudos, se levantó Felino y llamó á Arsindo, y se salieron ambos á dos solos fuera de las chozas, y desde que estuvieron solos, dije Felino á Arsindo las siguientes razones:

—Ya te acordarás, amigo Arsindo, cuantas veces te dije, que el último fin

de mis males, y principio de mis eternos gustos, habia de ser el casarme con Grisalda, pues de nuestros amores no hay quien pretenda ignorancia de lo que yo la quiero y ella me satisface en amor; algunas veces he propuesto y tú lo sabes, de hablar á Celonio, padre de Grisalda; para efectuar este intento y como tú me decías, lo dilaté hasta llegar á ocasión mejor; ninguna á mi parecer es más acomodada para ello que esta de ahora, pues queriéndote él á tí, por lo que generalmente todos te estiman, y tambien por las nuevas que de tí le ha dicho Grisalda, me parece que ambos pudiéramos ir á su choza ó cabaña y suplicarle me conceda este bien y me cumpla este deseo, pues es cosa que así á él como á mí nos está bien, y tú pues que sabes más que yo, con tu discreción se lo dirás, haciendo mis partes y acomodando las suyas.

—Bien me parece, respondió Arsindo, que quieras, caro Felino, hacer

pàra servir al cielo y pasar la vida en amada quietud, lo que todos los prudentes y discretos hacen, que es casarse. A mí te sé decir que me sienta muy bien, y pues tú lo quieres, no se dilate más, sino póngase luego por la obra; lleguémonos hácia su cabaña, quedará efectuado antes que venga la noche.

—Eso quiero decir, dijo Felino, porque luego al punto, llegada la mañana, ha de ser nuestro principio de bien.

Con esto se fueron andando algo aprisa en casa de Celonio, el cual hallaron, que como era hombre tan viejo estaba sentado á la puerta de su casa en un humilde asiento; llegaron ambos, saludándole con grandes cortesías, y el viejo tambien los recibió con otras tantas, diciéndoles:

—¿Dónde, buenos hijos mios, muy enhorabuena os veo yo, pues así con vuestras vistas, como con vuestras personas me habeis dado un grandísimo contento. Sentaos un poco.

—A eso venimos, respondió Arsindo; siéntate, Felino, que todavía es temprano.

Sentáronse, y despues dijo Arsindo:

—Señor, la causa de nuestra venida es á lo que diré en breves razones: ya sabreis y os constará, señor Celonio, de quien es Felino, que está presente, sus muchas partes, de donde desciende, los bienes temporales que alcanza y las demás cosas que vos mejor que yo sabreis, como quien siempre á él y á sus mayores ha conocido, pues siendo él esto que he dicho, y pimpollo tan esclarecido, suplícoos me hagais merced de que dándole en casamiento á la bella Grisalda, vuestra hija, vengan á hacer una junta que dando gloria á estas aldeas, su fama corra por las tierras estrañas. Pues yo confío han de hacer una dichosa generación para descanso vuestro y admiración de todos.

A estas cosas estuvo atento Celo-

nio, y así que acabó de hablar Arsindo, dijo:

—Siendo cosa con que yo tanto gano, y hasta ahora he deseado, claro está que tengo de condescender con lo que me mandais, y para eso no era menester anteponerme los méritos de Felino, quién es y su caudal, cosas que yo tengo sabidas muchos dias há; haced cuenta que si á eso veníais, que está hecho.

Apenas hubo acabado de pronunciar Celonio estas palabras últimas, cuando luego Felino se arrodilló delante de él, besándole las manos, diciendo:

—Plegue á Dios, padre mio, pues ya lo eres, que goces de vida muchos siglos y eternidades de años para regalo de Grisalda y mio. ¿Con qué podré pagar al cielo la merced que me ha hecho y el haberme concedido un don de tanta honra para mí? Pídanme albricias, mis amigos; pídanme albricias los

campos, los montes, los valles, las fuentes y los prados, que de la alegría que me sobra les podré prestar y aun dar para que se fertilicen; las aves, que escuadrones vuelan por el aire, cántenme la gala al son del dulce céfiro; los aires suaves lleven los acentos alegres por todo este distrito, publicando mi dicha.

Tantas cosas iba diciendo Felino, que obligó á que se levantase Celonio y abrazándole, le aquietase diciendo:

—Basta, hijo mio, no hagais estremos más de enamorado que de hombre cuerdo. Todas esas cosas á mí se deben, por lo que yo vengo á grangear y á ganar; testimonios bien claros son mis alegrias; si esto es así, y yo lo confieso por tal, cesen los encarecimientos y vamos á lo importante: ¿y cuándo quieres que se ponga por obra?

—¿Cómo cuándo? respondió Felino, luego, porque tan suprema ventura no se dilate dias ni aun horas, que para

mí serán años de tormento, dentro de cuatro dias, sin falta, ha de ser nuestra boda.

—¿Tan de improviso, dijo Celonio, sin estar apercíbido nada?

—Yo, dijo Felino, lo tengo todo acomodado. Nó os dé pena aqueso, padre y señor mio, y padrino tengo que será Arsindo, que honrándome como siempre, ahora lo hará.

—Mucho con eso, respondió Arsindo, me levantas; pero obedeceré como quien debe tanto, pues esto está ya concluido; bien podremos partirnos hácia vuestra choza, que tendrán cuidado de nosotros.

—Vamos, dijo Felino, como lo ordenáreis, Arsindo mio.

Despidiéronse de Celonio, acercándose hácia su choza, donde ya con grande cuidado les estaban aguardando; entraron dentro, y en alta voz dijo Arsindo:

—A todos los que están aquí les

convido para una boda dentro de cuatro dias, fiesta que para que todos se huelguen, será general, y donde se darán premios al que mejor (mostrando él alegría) sacare invención, y para que todos lo sepan quien son los desposados, es Felino y Grisalda, la más hermosa y más bella de todos estos lugares.

A aquestas razones, saliéndose á Grisalda la vergüenza del rostro, se le puso purpurado como el sol cuando sale por el Oriente, cubriéndoselo con las manos.

Al fin todos le fueron dando á Felino muchos parabienes, á que él fué satisfaciendo con igual cortesía y cordura.

Como era tarde ya, ó de noche casi, se fueron despidiendo todos con el cuidado de las invenciones, y las zagalas todas, acompañando á Grisalda, y Celia hasta su casa, donde la dejaron.

Pasó aquella noche toda en inquietudes, cada uno procurando lo que más le parecía acomodado para lo que pretendía, y en la choza de Felino en aliñar mucha abundancia de comida que el dia siguiente se gastó, y los demás, hasta que vino la mañana del desposorio mny bella y adornada de varias flores, como el caso requería, en la cual se levantó Felino, Arsindo y los demás pastores y zagalas con los vestidos que cada nno mejor tenía, viniendo algunos vaqueros de las aldeas circunvecinas al desposorio, y juntándose fueron en cása de Celonio, que ya en pié aguardaba con Grisalda y Celia.

Llegaron todos, y trayendo á las dos referidas zagalas, se vinieron hácia el albergue de Felino, que muy limpio y enramado estaba, que parecía un fresco y ameno jardin.

Venía la novia con una saya de paño verde, y sayuelo de lo mismo con girones de terciopelo azul, y al cuello

una sarta de gruesos corales, de donde pendían dos bellas y grandes patenas, un tocador de seda verde con unas orlas de plata, y tembladeras, unos corpiños del mismo terciopelo, tan hermosa, que sin duda juraran que salía á bodas, luciendo y haciendo ventajas á todas las zagalas, y aun casi haciendo competencia á la divina Celia que á su lado venía, con vestidos al uso del sitio y de la sierra; solamente lo más que traia eran los cabellos rubios y hermosos, hechos trenzas sobre la espalda y atados con una cinta verde, color de su esperanza.

Entraron en la choza de Felino, donde les aguardaban Felino, vestido un vaquero, de damasco blanco, con guarnición leonada, calzón blanco con unas grandes puntas, polainas de lo mismo que el vaquero, y la caperuza tambien; finalmente, muy galán, juntáronse los dos desposados, y dándose las manos, yendo tras de todos se fue-

ron á la iglesia, de donde dentro de poco espacio de tiempo, vinieron de modo que á muchos tirones no se desenlazaron.

Entraron en casa y sentáronse sobre las esteras que ya de estrados les servían en un patio grande, comenzando las zagalas á regocijar la fiesta con adufes, sonajas y bailes.

Los pastores se fueron, quedando solo Felino, Celonio y Senicio, y dentro de poco vinieron con mucho órden de uno en uno, con las invenciones siguientes:

Entró Arselio con una corona sobre la cabeza, de laurel, entretejida con muchas flores; en la boca una trompeta tenida con la mano derecha, y en la otra mano un lienzo, donde estaba pintado amor triunfante y glorioso; en las espaldas puestas unas alas, y debajo esta letra:

Venció amor junto dos ramas
que fruto echarán dichoso;

mi vuelo será glorioso
alabando tales famas.

Traia todo el cuerpo lleno de plumas diferentes, mostrando la velocidad que habia de tener en volar y llevar la fama de tales dos amantes por el mundo. Dió un paseo haciendo reverencia á los desposados, y luego se salió, quedando contentos todos.

A este siguió Laureano, puesta una cabellera blanca, con su barba larga, vestido de diversos colores; en la mano derecha un palo y de él pendiente un lienzo como de una vara, donde estaban pintados los cuatro tiempos del año, y encima un pastor y una pastora, á quien daban muestras de rendirse, ofreciendo cada uno lo que en su espacio de frutos y mieses les tocaba; venía caballero sobre una ligera yegua; traía delante una letra que en un papel estaba escrita, asida desde el remate del lienzo al pecho, que decía asi:

Rendiremos con instancia

frutos ópimos á quien
con sus ojos nos da el bien
con sus plantas la ganancia.

Dió vuelta por el patio, como Arselio, y á la vuelta vieron otra letra que en las espaldas traía, que decía así:

El tiempo soy: mas aunque tiempo vario
contra vosotros no he de ser contrario.

Salióse luego fuera alabando los circunstantes la invención de Laureano y aquello propio del tiempo que tiene el paso como el de la yegua, ligero para los gustos.

Estando en esto vieron que asomaba otro con no menos gala; conocieron que era Roselio que venía adornado y vestido con una ropa donde estaban pintadas muchas flores, los pies llenos de flores, la cabeza coronada con una guirnalda de violetas, claveles, junquillos, madreselvas y otras diferentes; una cabellera larga toda entretejida de rosas, en la mano derecha traia una

cornucopia por dentro llena de flores, con tanto artificio hecha, que desde que entró por la choza fué derramando flores. Traia una letra desde el brazo al pecho, que decia así:

Para tales desposados
esmalto y produzco flores,
pues me pagan con amores.

Fué dando vuelta, y al llegar cerca de ellos, se abrió el cuerno derramando grande abundancia de ellas, y luego en las espaldas vieron otra letra que decía:

Razón y fuerza me obliga.

Fuese con esto dejando á todos muy gustosos, y con grande alegría, por la suavidad de olores que las flores que había dejado daban.

Luego, dentro de un poco, vieron venir dos pastores tirando de uno como carro triunfal, donde en una silla venía sentada una pastora muy ricamente aderezada con unas ropas de tela de oro, con muchas estrellas y visos carmesíes, coronada con una guirnalda

de yedra. Y estaba la serrana Antandra, conocida por su hermosura y discreción; al lado derecho venía un pastor con un vaquero limonado, y la guarnición de pasamanos de oro; sentado en otra silla, un escalón más abajo, estaba Ismenio; al lado izquierdo, en lo más bajo de las gradas, venía sentado Arsindo, asiéndole á la pastora de la vestidura, como rogándola no se fuese. Entraron dentro, dieron paseo y vieron que las letras que traian eran estas; en las espaldas traia Artandra ésta:

La ventura soy, entienda
quien me pretende alcanzar,
que penas ha de pasar
sin que el tormento le ofenda.

Del pecho le pendía un letrero, que parando en la mano de Ismenio, le leyeron y vieron que decía así:

Yo te alcancé, porque fuí
quien tantas penas pasó,
ventura el amor me dió
lo que por tí merecí.

Otro letrero de otro papel mayor caia en el pecho de Arsindo, que en la mano izquierda tenía, porque con la derecha tenia asida la ropa de la Ventura, y decía estas palabras:

Vi, deseé, quiso amor
darme regalos amando,
comencé é querer, pensando
fuese la paga mayor,
tuve tormento y dolor,
perdí mi bien, gané luego
porque entre en segundo juego:
tuve azar, duróme poco,
y antes de volverme loco
á la ventura me allego.

De las gradas salían otros dos papeles á los que tiraban del carro; el de la mano derecha decía:

Ventura busco, sin hallarla peno,
que es el camino de peñasco lleno.

El letrero que tenia el de la mano izquierda, era éste:

Por gozar de mi dueño y la ventura.

Al fin, saliendo, dejaron regocijados á todos con el artificio é invención que Arsindo había fabricado, y aun casi le dieron los parabienes á Celia, de que ella algo ufana los regraciaba.

Entraron otras invenciones de los pastores y vaqueros, que á aquel caso habían venido, que por evitar prolijidad no los digo.

Volvieron todos hácia la choza de Felino, donde les estaban aguardando para la comida que ya tenían aliñada. Como fueron llegando los de las invenciones, les fueron dando parabienes y asientos en que se sentaron, y á todos los demás convidados, comiendo con alegre fiesta y regocijo, y general aplauso de todos espléndidamente, alegrándolo Arselio y Arsindo con algunas gracias y agudezas que de cuando en cuando decían.

Acabóse la comida, alzaron las mesas, haciendo despues un sarao muy concertado, al son de los rabeles y vio-

lines que se tañían, y en acabando se sentaron dentro Arsindo y otros dos pastores para representar ó decir una égloga, que dias había que había hecho Arsindo, á contemplación de un amigo suyo, que por venir apropósito de los sucesos, la hizo estudiar para entonces. Fuéronse todos acomodando, y cuando estuvieron sosegados, salió uno de los tres.

Jacinto, Bato, Arsindo.

Jacinto.—Cielo alegre y sereno,
cuyas alfombras de zafir divino,
le dan al prado ameno
flores de olor fragante y peregrino,
y en raudales ufanos
cristal hermoso hecho pasamanos.

¿Qué os ha hecho mi vida,
que la llevais al fin tan poco á poco?
Atrops atrevida,
tu cortedad me tiene casi loco,
mas porque te voceo
quieres que me consuma este deseo.

Si el disgusto me cerca

y con rigor terrible me amenaza,
es porque ya se acerca
la muerte fiera que mi vida emplaze,
mas soy tan desdichado
que por verme penar aun no ha llegado.
Oh pensamiento mio,
como vuelas ligero y presuroso,
donde triste te envío,
y envolviendo me causas fin lloroso,
que interpolas mis males
con gustos breves y horas liberales.
Intrinseco tormento,
melancólico, lúgubre, tirano,
en mis entrañas siento,
pues aunque veo hermoso aquí el verano
ausente de mi dueño
el mal es grande, y el favor pequeño.
Vientecillo ligero,
si vas do está mi bien, dile mis penas,
y que sin ella muero,
que lágrimas destilan estas venas,
díselo que es hermosa,
y en oyéndote es fuerza ser piadosa.

Sale Arsindo y Bato.

Arsindo

En estas vegas llenas de esperanza,
junto al raudal sonoro de esta fuente,
donde el trabajo y pena no se alcanza,
Bato, pasar podremos libremente
del calor destemplado que hoy envía
el astro fulminante que se siente.
El signo de Aries digo que á porfía
Apolo se entra en él, segun parece,
por los rayos que muestra aqueste dia.

Bato

Lleguémonos, Arsindo, pues se ofrece
el sitio acomodado, y tan sombrío
como tan grande fuego lo merece.
Mas oye por tu vida, Arsindo mio,
que quiero preguntarte, aunque ignorante,
una dificultad á mi albedrío.
Dices que sale el sol muy fulminante,
porque á la casa de Aries ya ha llegado,
y por eso se muestra tan pujante.
No dice quien lo entiende que es templado
en la influxión aquesta estrella ó signo,
y en la calor y sequedad mediado?

Según esto, parece desatino
decir que el sol abrasa porque allega
á aqueste astro, siendo tan benigno.
Con esta junta las riberas riega,
la tierra fructifica y aun las plantas
con fruto ópimo cada cual se anega.

Arsindo

Buena cuestion moviste, aunque levantas
el pensamiento mucho en grande vuelo,
mas aunque nunca aciertas no te espantas
¿No ves que en medio el curso está del cielo,
y su carroza de oro brilladora
camina menos grados ya del suelo?

Bato

Digo que dices, mas mira Aflora
orlando sus finísimos tapetes
con las perlas brotadas del Aurora.
Mira estos laberintos y retretes
de flores odoríferas y gualdas
que á estos pastores sirven de bufetes.
Estas alfombras mira en estas faldas
recamadas de visos carmesíes

sirviéndoles claveles de guirnaldas.
Estos engastes rojos de rubíes
que entre las rosas su color se emplea
rodeadas de blancos alelíes.

Arsindo

Bienpintas las pinturas de Amaltea,
mas vamos á beber de los cristales
cuya fuente este cerro lo rodea.
Las arboledas dan aquí señales
de que el favonio regalado y manso
retoza entre sus hojas y frutales.
Alquería de Ceres, y descanso
es este sitio, de primor archivo,
mas pues lo sabes para qué me canso.

Bato

Mira un pastor, Arsindo, pensativo,
los ojos fijos en la tierra fria
junto de aquel arroyo fugitivo.
Melancólico está por vida mia,
¿qué tendrá? si de amor está tocado,
grandes gustos encierra en su porfía.
Ni quiere ver las flores de este prado,
ni mira al cielo, ni del agua gusta,
sino solo en el risco está sentado.

Arsindo

Mucho el verlo del modo me disgusta,
lleguemos á alegrarle, ó dar consuelo
para aliviarle su pasión robusta.
Mas mira que suspira hácia el cielo,
y á quejarse con ronca voz comienza
segun que le aniquila su desvelo.
Sirvamos de dosel aquesta trenza
de enmarañadas zarzas y lentiscos,
y antes que triste la pasión le venza,
le oiremos, pues se queja entre los riscos.

Jacinto

Oh cuán dichoso y bienaventurado
aquel puede llamarse justamente:
que de amor no ha gustado,
ni está abrasado de su flecha ardiente
como mi pecho siente
temeroso, encogido,
al infortunio triste que ha venido.
Tirano al fin que á las supremas basas
acomete y derriba como fuerte,
y á las humildes casas
teniendo el poder mismo que la muerte,
y aun mayor si se advierte,

pues ella acaba al punto,
y él da la vida y muerte todo junto.
Que imperios por mayores que hayan sido;
que pirámides altos y encumbrados
no has acometido,
que montes más remotos y apartados
no son atravesados
de tu crueldad tirana,
que allana el Reino y al cayado allana?
En mi aldea contento proseguía
como soldado tuyo tu bandera:
ay, enemiga mia,
ausencia triste, rigurosa y fiera,
que quiere amor que muera
entre este cuerpo pobre
por sepultura el tronco de este robre.
Guardaba mis ovejas con cuidado,
sin saber de la ausencia el mal terrible,
gozaba alegre estado;
mas todo al fin me pareció invisible,
pues solo fué visible
mi pena y mi tormento,
verdugos todos del dolor que siento.

Para vivir ausente de mi dueño
el morir es mejor, cesará el daño,
y el mal será pequeño;
afuera amor tirano, afuera engaño,
ya huyó tu rebaño,
y entre estas aguas frias
daréles fin á las pasiones mias.

Arsindo

Tente pastor, furioso desatino,
loco estás, imagino, ¿qué pretendes?
no ves que el cielo ofendes y te engañas;
tu alma y vida dañas, y aborreces
lo que ya no mereces, que es la vida.

Jacinto

Mas vale estar perdida, y no penando
sinrazones llorando siempre y penas.

Bato

Mira que te enagenas en ausencia
de la amada paciencia tan querida,
tenla siempre cumplida y no te acabes
entregando las llaves de tu pecho
al mal que yo sospecho se acercaba
á tu locura brava, y desconcierto.

Arsindo

Vuelve en tí, no estés muerto, qué te aflijes,
oh tormento que rijes mi cuidado.

Jacinto

Hasta aquí me ha estorbado mi desdicha,
el morir fuera dicha, pero acaso
quién os trajo á este paso nunca visto,
pero el morir resisto ó cruda muerte.

Bato

Jacinto, tente fuerte, que está loco,

Jacinto

Si estoy, pues que no toco los umbrales
de mis terribles males, fin extremo,
la parca que no temo, ya soltadme,
y en mi llanto dejadme que me queje.

Bato

Arsindo, que le deje? *Ar.* No, ignorante,
no ves que está pujante en su locura?

Jacinto

En mí esta desventura direis cierto,
que quien de amor despierto sigue antojos
que le caiga en los ojos, justa cosa;

dejad que ya reposa mi sentido,
yo os lo agradezco y pido algun consuelo.

Arsindo

Déjale, que recelo, Bato mio,
que vuelve en su albedrío, jóven, tierno,
di qué disgusto eterno te acobarda,
siéntate en esta parda y chica pecha,
y nos harás reseñas de tus males.

Jacinto

Son tan grandes y tales, que no puede
hacer amor que quede con la vida,
si cuento la caida de mi gozo,
ya de llanto reboso, oh triste suerte,
y qué rigor tan fuerte me amenaza.

Arsindo

Por Dios que busques traza de alegrarte,
porque será acabarte sin remedio.

Jacinto

Pastores, no habrá medio, mas cojamos
destos árboles ramos, y haremos
á mis tristes estremos un engaño
tejiendo al desengaño una guirnalda
que rendiré á su falda sin disgusto.

Bato

Danos aqueste gusto, y dí la causa
que le puso la pausa á tu alegría
y á tu melancolia da de mano.

Arsindo

Ea, bello serrano peregrino.

Jacinto

A vuestro gusto inclino ya mis lábios,
oid y oireis agravios, que poseo
crueldad de amor y fin de mi deseo.

Donde la hermosa Amaltea
campos adorna floridos
argentados casi á trechos
de esmeraldas y zafiros.

Donde alfombra de escarlata
se guarnecen de los mirtos,
que el invierno riguroso
guarda apesar de los frios.

Donde madreselvas bellas,
rosas, claveles y lirios,
componen sitios risueños
y olorosos laberintos.

(Ya sabreis por estas cosas
que es Málaga la que digo),

nací pastor, pero noble
para quien yo soy no rico.
Que los bienes de fortuna
los reparte, no al más digno,
sino al que es mas ignorante,
y más desagradecido.
Pluguiera á Dios no naciera,
que para andar como vivo
mejor me fuera no ver
estas desdichas del siglo.
Quisiéronme bien mis padres
en las edades de niños,
que es la niñez agradable
y sus gustos peregrinos.
Fueron creciendo mis años,
y mis ansias y martirios,
de modo que desde luego
fui de desgracias abismo.
Comencé á gustar regalos,
mas no duraron contínuo,
porque siempre al desdichado
son los contentos de vidrio.
Salí un día hácia el valle
espacioso, sí sombrío,

guiando al pasto mis cabras,
y ellas á sus propios hijos.
Llegué al cristal de una fuente
donde entre nieve y armiño
bebí el fuego en que me abraso,
y el engaño que prosigo.
Despues de beber el agua,
hallando el rostro Cupido,
flechó una vira, é hirióme
salida de un basilisco.
Oh que bien le doy el nombre,
pues fué su efecto prodigio
que me humilló desde entonces
á celebrarle sus ritos.
Estaba una niña hermosa
sentada en un obelisco,
llenando el campo de flores
y de envidia al bello sitio.
Rindióme, amela, adorela,
seguila, y á mis suspiros
se mostró grata y cortés,
hizo de piadosa oficio.
Gocela al fin, mas fué sombra
pues pasó tan de improviso,

aunque no sentí mis males
hasta que ausente me he visto.
Súpolo mi padre luego,
temerario desatino,
que ausentó el cuerpo, y el alma
se quedó en su centro mismo.
Mandome ausentar del valle,
y envíome á aqueste sitio
donde me entretengo ahora
guardando unos cabritillos.
Mi pena nace de ausencia,
mi tormento de su indicio,
y desto mi triste historia,
sentidla y llorad conmigo.

Arsindo

Justa causa de llanto y de tristeza
tienes, pastor amigo, mas no es justo
que con rigor prosigas, y aspereza,
si estás cargado de tan gran disgusto
por eso tienes tal entendimiento
para aliviar el mal, gozar el gusto
que segun lo has mostrado este momento
parece que Mercurio y aun Apolo
te dictan ó te prestan dulce aliento.

Pensarás que en sentir eres tú solo,
tambien yo siento mal y no lo muestro,
por ver que algun engaño así interpolo.
El hombre que en trabajos esya diestro
y sabe relatar eficazmente
tormento, de que es tan buen maestro.
no se ha de deslizar tras la corriente
del mal que le aquejare que es locura
dejar que con estremo le atormente.

Jacinto

Bien dices, oh pastor, ¿mas por ventura
este mal que me aqueja es tan mediano,
que deje de sentirlo sin cordura?
Tras esto se me allega otro tirano
tormento que me aflige y martiriza
sinque á vedarlo baste ingenio humano.
Tras del uno ó del otro se desliza
mi pensamiento, y aun está tan hecho
que la desdicha y mal le fertiliza.
La memoria me tiene ya deshecho,
tan sin vigor y lleno de cuidado
que se allega mi fin fatal sospecho.
¡Oh quién siempre gozara de un estado
sin conocer á amor, y qué dichoso

me hiciera la fortuna y qué envidiado!
Siempre el que ama anda receloso,
sin gusto, sin razón y sin sosiego,
lleno de sobresalto y temeroso.
Nunca come con paz, conmigo alego,
que andaba de este modo de ordinario,
sin llegarme en mi casa á ver el fuego.
Piensa que cada cual es su adversario
que le quiere quitar su amada prenda,
si era afable, se hace temerario.
No hay quien las cosas deste amor entienda;
mas como es niño influye variedades
sin que el más sabio amante se defienda.

Arsindo

Tú vas diciendo solo las verdades,
como esperimentado en estas penas,
sabiendo ya sus más dificultades.
Mas contando estas cosas te enagenas
del consuelo que pide tu tormento,
y de melancolías bien te llenas.
No digo que no sientas, que yo siento;
mas que desheches de tu mal extraño
alguna parte, y baste el sentimiento.

Por tu vida que hagas un engaño
al amor que te ofende y te lastima,
quizás con esto aliviarás tu daño.
Finge ya que tu pecho desestima
aquel enamorado sufrimiento,
que es justo en tu memoria se reprima.
O que te hallas libre como el viento,
ó que nunca has amado y deste modo
aliviarás el curso tan violento.

Jacinto

Bien de aquesta manera me acomodo,
pocas veces me rio, muchas lloro,
mas de ordinario vengo hacerlo todo.
Amor es mi tormento y mi tesoro,
amor mi pena, amor mi dulce gloria
y al fin de todo, nunca nada ignoro.
Con serme esta dicha tan notoria,
conservo mi esperanza en estos males,
y tengo á amor presente en la memoria.
De alegría quisiera dar señales,
para pasar en vuestra compañía,
mientras mitiga el sol rayos mortales.

Bato

Nos dará, te prometo el alegría

que se requiere en caso semejante,
y servirá de gloria aqueste dia.
Junto deste arroyuelo murmurante
si te parece, Arsindo, cantaremos
todos tres, cada cual con buen semblante.
Saquemos los rabeles, templaremos
sus cuerdas, y con voces sonoras,
á nuestro modo acá comenzaremos.

Arsindo

Serán aquestas horas bien sabrosas
para mi gusto, y tú serrano hermoso
tambien nos las harás muy bien dichosas.

Jacinto

Prometo amigos que os estoy envidioso
del bien que me haceis, y que quisiera
poder cantar, aunque algo vergonzoso,
pues falta el instrumento mio, y fuera
por él, si tan remota la cabaña
deste agradable sitio no estuviera.

Arsindo

Pues con oiros tu pasion engaña,
servirás de juez á nuestro canto,
premiando á quien cantare con más maña

Bato

Pues una prenda pon, que no me espanto
de tu destreza ni saber profundo,
pongo el cordero yo que está en el canto.

Arsindo

Pues yo que de ganado siempre abundo
quiero poner aquel becerro armado,
que ya ha diez meses que salió á este
mundo;
va pues de canto, pues que ya has tem-
plado.

Oh monte más ameno
de jardines y flores
que el Pindo sacro ó Elicon divino,
cuyo sitio está lleno
de dulces ruiseñores,
formando alegre campo y peregrino,
así del cristalino
arroyo murmurante
que os baña y os esmalta,
nunca sintais la falta,
antes en vuestra falda esté vagante,
que á este pastor estraño
le apacenteis alegre su rebaño.

Bato

Oh prado bien hermoso
de esperanza vestido,
gironado de amarillas gualdas,
más bello y más vistoso
que el propio Abril florido
á quien la primavera da guirnaldas;
así de aquestas faldas
nunca Febo se aparte,
mas con rostro risueño
se te muestre halagüeño
dándote luz y rayos para honrarte,
que á este pastor estraño
le apacientes alegre su rebaño.

Arsindo

Así de pasto abunde,
oh selva hermosa y bella,
tu tapete de flores esmaltado,
y así el sol te circunde
causándole querella
á la enemiga sombra deste prado,
que ostentes el ganado
deste garzón discreto,
verde y nuevo retoño

que envidie, si el retoño,
el hermoso pastor que fué de Admeto,
y el helado arroyuelo
para que beba, forme estanque el suelo.

Bato

Asi' de sacras ninfas
con dulces instrumentos
te veas hollado, oh monte hecho coro,
y con sabrosas limphas
regados tus asientos
brotando en verdes yerbas minas de oro
y con canto sonoro
Ceres, Diana y Palas,
haciéndote Museo
te gocen por trofeo,
teniendo en tus asientos cultas salas,
que á este noble serrano
le ofrezcas flores con alegre mano.

Arsindo

Euterpe, Urania, Erato,
Polimnia, Melpómene,
Terpsícore, Caliope, Talía,
quién pone duda, Bato,
que cada cual previene

menos dones que darle en este dia,
y con grande alegría,
Náyades y Napeas,
Nereydas y Eniadas,
Oreadas y Driadas,
de prados fuentes, y de montes Deas,
de rosas y amarantos
para darle previenen otros tantos.

Bato

Del Olimpo y del Pindo
Mercurio, Marte, Apolo,
con voces cordes y el divino Orpheo;
quién pone duda, Arsindo,
que en minas del Pactolo
interpolen guirnaldas de algeo.
Y por sublime empleo
con canora armonía
de dulcísona avena,
de sacro furor llena,
cada cual se la ofrezca aqueste dia,
pues su ingenio divino
es si profundo, en ciencia peregrino.

Jacinto

La articular armonía

que en vuestro canto habeis hecho,
que me ha apartado sospecho
la intensa melancolía,
pues sin oculta Talía
Pinceles de manos son,
accidentes de Amphion,
dignos de eterna memoria
aunque muevan á más gloria
con su divina invención.

Son vuestros ecos suaves
tan melífluos y divinos,
que destos copados pinos
oyen su canto las aves,
y las consonancias graves
rimbomban en este monte
tan dulces, que al Aqueronte
tendrán el triste confiicto,
y al lamentable Cocito,
ó al presuroso Faetonte.

Y si el reino del espanto
oyera vuestro instrumento,
suspendiérais en su asiento
á Minos y Radamanto,
y de su perpétuo llanto

á Ixion triste, y á Ticio,
y á Sísifo de su oficio,
y á Prometeo en cadena,
y al hijo de Equina en pena,
y á Tántalo por su vicio.
El compás de vuestro acento
llevaba el céfiro blando,
mil olores aspirando
al eco del instrumento,
pues el dulce movimiento
es tan suave y subido
que dejaba suspendido
el arroyo y arboleda,
y á su consonancia leda
se transformaba el sentido.
Que siendo música tal,
y siendo las voces tales,
ellas servirán de iguales,
y ella servirá de igual;
pues en aquese sayal
se encierra tanto valor,
que pago os dará un pastor
que á tanto bien condescienda,
sino es daros en ofrenda

persona, vida y honor.
El cielo siempre os aumente
el pasto para el ganado,
y os suba de aqueste estado
al más alto y eminente;
y de cada cual la frente
ciña guirnalda de yedra,
pues en su templo así medra,
Apolo que bien seguro,
hace del uno su muro,
y del otro angular piedra.
Cantásteis con igualdad
sin exceder en dulzura,
todo para mi ventura
de gloria y felicidad;
si Orpheo con suavidad
las piedras duras movía,
más ganais en este dia,
pues que vais á mover
un pecho que puede ser
igual ya á la tierra fria.

Arsíndo

Si una humilde voluntad
honrais de aquesa manera,

y le dais tal calidad,
mayor quilate se espera
de tan suprema 'amistad.
Mas vuestra nobleza y talle,
galan serrano, en el valle
aprisionar puede solo,
que si le tuviera Apolo,
Daphne pudiera esperalle.

Bato

Vuestro proceder dívino,
bello serrano merece,
que os sirva el más peregrino
título en quien bien parece
la razon con que me inclino.

Jacinto

Suplícoos que no ofendais,
si mi gusto procurais,
mi intento con cortesías,
que de ordinario las mias
será amar lo que me honrais.

Arsindo

Ya Delio se va escondiendo
en el campo de Neptuno,
nuestro Emispheno perdiendo

para que se muestre Juno
con Júpiter compitiendo.
Y ya de Elicie las hojas
se muestran tristes y flojas,
porque noche se descubre,
y sus melenas encubre
el Delfico Apolo rojas.
Vamos juntando el ganado
por el campo desparcido,
con un poco de cuidado.

Bato

Arsindo, ya se ha venido
á juntarse en este prado.
Que como está de costumbre,
al encubrirse la lumbre,
irnos hácia la cabaña,
nunca yerba les engaña
ni estorba su mansedumbre.

Jacinto

Pues vámonos poco á poco,
y en el camino por mí
cantad pastores un poco,
porque pierda por aquí
el mal que me torna loco.

Arsindo

Bato, apresta tu rabel,
diremos ambos en él
la letra contra el amor.

Bato

¿El tuyo no está mejor?

Arsindo

No quiero tañer con él.
Quien fía en el amor
estremos de esperanza,
ó no tiene disgustos,
ó la razon le falta.
Quien en su mar de penas
su pensamiento embarca,
no es mucho le fatiguen
termentas y borrascas.
Quien camina ligero
sobre sus ondas vanas,
¿qué duda es que le aneguen
sus propias confianzas?
Quien en su triste piélago
la vela libre amaina,
si grangeare penas,
no llore su desgracia.

Es amor cual sirena,
que con amor halaga,
y con encanto dulce
la muerte les emplaza.
Es mar tempestuoso,
que mirado en la playa
sereno se aparece,
y navegado cansa.
Es cocodrilo aleve,
que con lamentos llama,
y apenas le posee
cuando al momento mata.
Es amor como niño
que siempre vario anda
en dar el bien ligero,
y firme en la mudanza.
Malaya amen quien sigue,
oh niño tus pisadas,
pues nunca bien cumplido
de tu rigor se alcanza.
La tarde con disgustos,
con penas la mañana,
la noche con fatigas,
con tormentos el alba.

Para un minuto alegre,
das horas tristes tantas,
que más barato fuera
el no gozarlo nada.
Desdichas eres todo,
llantos tristes, infamas,
y si quieres oirnos,
oye tus alabanzas.
Hiciste á Marco Antonio
gozar de su Cleopatra,
y duróle su gusto
en gloria una semana.
A Paris le hiciste
robase á la Tebana,
haciéndole este hurto
ser muerte de su casa.
Entrégase á Teseo
la hermosa Ariadna,
y para agradecerlo
dejósela burlada.
Sale la bella Olimpa
con Vireno en las aguas,
y en la primera selva
sola quedó y sin alma.

Aqueste bien ofreces
amor, y aquesto causas,
cuando alcanzado el gusto
la afrenta más cercana.
Sigue á Aretusa, Alfeo
por selvas y montañas,
y al cabo se le huye
hecha cristal y plata.
Mirad que dulces fines
no veis que bien les paga
glorias bien merecidas
tras de penas tan largas.
Al fin es más felice
quien nunca amor te tráta,
y el que tus pasos sigue
siempre en los fines anda.

Acabaron su égloga, entrándose cantando con sus rabeles, dejando á todos muy gustosos de ver con cuanto donaire y aplauso habian dado fin á su entretenimiento, alabando el artificio que Arsindo tuvo en la obra.

Llamáronlos luego Celonio y Senicio para dar los premios de las inven-

ciones, y así que estuvieron juntos, llamaron á Arselio que había sido el primero, y diéronle un cayado de ébano labrado muy curiosamente, que tenía un vaso en lo alto de la vuelta que hacía, en pago de la invención de la fama que había hecho. Luego al segundo, que fué Laureano, le dieron un vaquero y caperuza de paño blanco con ribetes amarillos, cabos casi de su desesperación contra la esperanza que de Fenicia tenía, por la invención del tiempo. Al tercero, que fué Roselio, le dieron cuatro albornias, muy bien labradas de pinabete, labrado en medio la fábula de Aleón, salida de su ciudad, entrada en la caza, llegada á la fuente donde estaba Diana, y despedazamiento de los perros. Al cuarto, que fué Arsindo con Ismenio, y Artandra, por no haber premios que igualasen á su gala é invención que habían sacado, les dieron muchos parabienes, abrazos y honras de la fiesta, con que que-

daron todos contentos y ellos pagados.

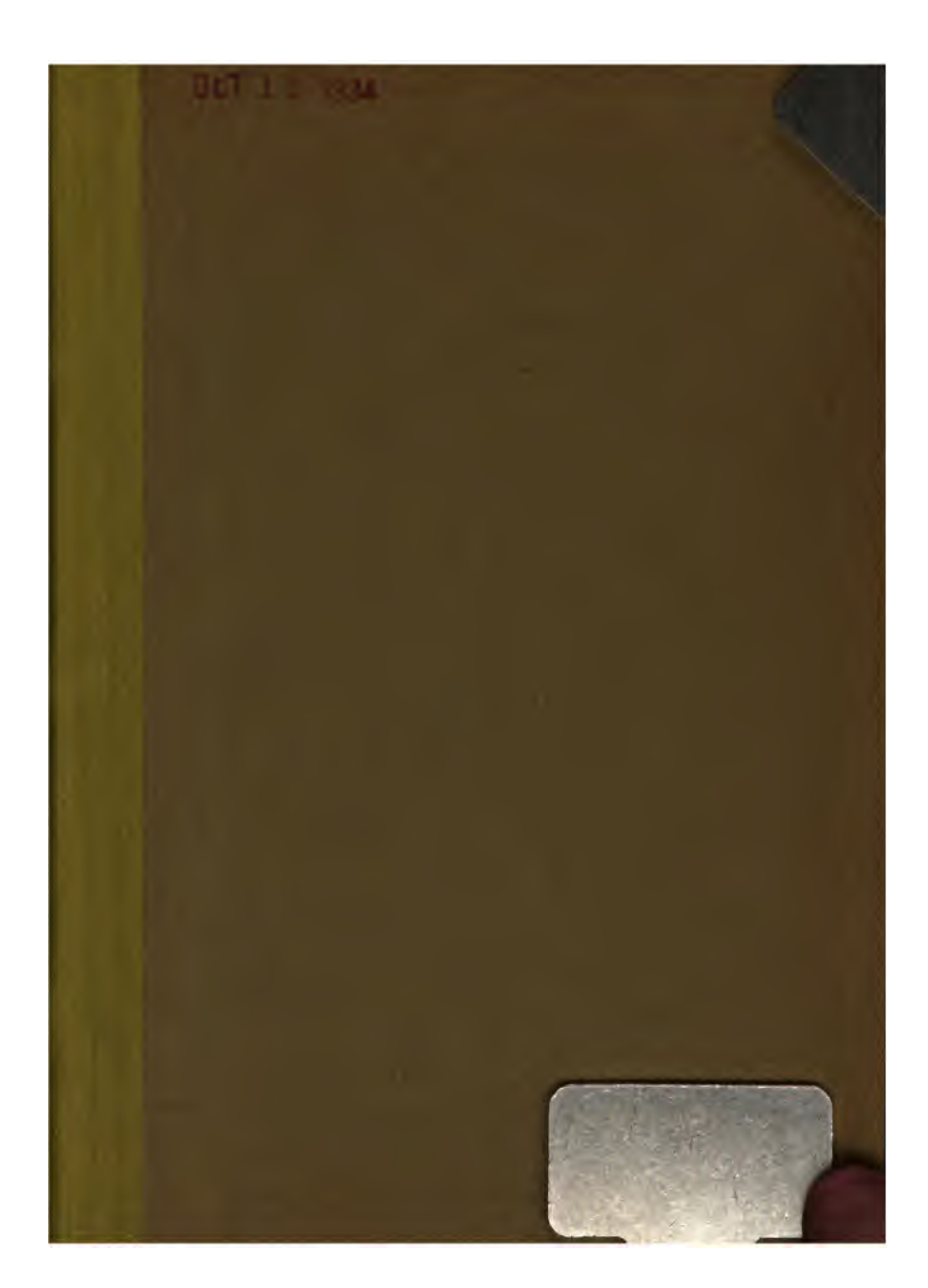
Llegó en esto la noche, por faltar muy poco de ella, en la cual poniéndose las mesas, cenaron con el gusto que el caso requería, teniendo despues muchos bailes y músicas entretenidas.

Con que haciéndose hora de acostar, se despidieron unos de otros, llevando á su deseada hora Arsindo y Celia á los desposados, teniendo para ello prevenida Venus el regalado lecho, y todas las demás cosas, yéndose los demás á descansar del cansancio que que por gusto y entretenimiento de los desposados habían tenido.

LAUS DEO.






OCT 1




OCT 1 1 1934

